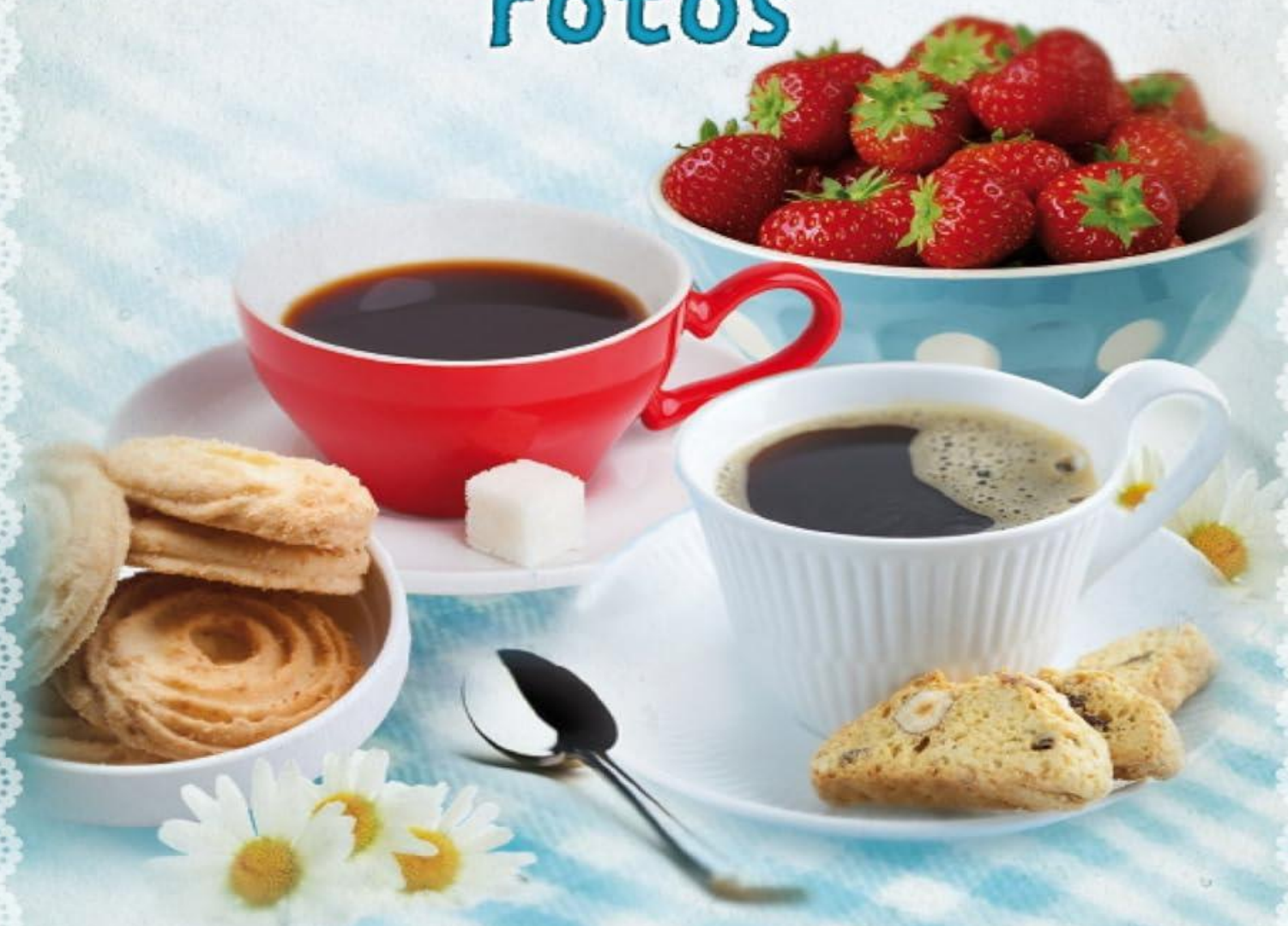


Regreso al café de los corazones rotos



Penelope Stokes

Veintitrés años atrás, la reina de belleza Peach Rondell había dejado Misisipí a sus espaldas y jurado que no regresaría nunca más. Ahora está de vuelta, divorciada y con el corazón roto, e intenta entender por qué la vida le ha ido tan mal.

Para escapar de la mirada acechante de su madre, pasa el día en el pequeño Heartbreak Cafe, sentada a una de cuyas mesas va escribiendo en su diario, a la espera de algo que la ilumine.

En lugar de eso, Peach conseguirá algo incluso mejor: la amistad inesperada de un insólito grupo de personas que le enseñarán que averiguar adónde vas suele implicar aceptar de dónde vienes.

Penelope Stokes

Regreso al café de los corazones rotos

Preámbulo

Que quede claro; me educaron para que fuera una dama sureña. Cuidado, no una chica sureña. Las chicas sureñas son fruto de la casualidad de haber nacido en un determinado punto geográfico. Las damas sureñas son intencionadas obras de artesanía a las que se da forma durante sus años maleables hasta que están perfectamente moldeadas sin defecto alguno, a punto para endurecerse.

Contrariamente a lo que la mayoría de gente cree y a las imágenes de Hollywood, en el sur todo el mundo sabe que la riqueza no es lo principal para ser una dama sureña. Ni tampoco la belleza. Ni el carácter, la integridad, el honor, la elegancia, el encanto, ni ninguna de las otras virtudes que los sureños aseguran venerar.

Lo que importa es el apellido.

Una chica puede ser más fea que un cardo borriquero y más corta que las mangas de un chaleco, y no digamos ser más artera que un zorro, pero si tiene el apellido adecuado y el legado adecuado, se las apañará sin problemas.

Se casará bien, llevará ropa de diseñador, tendrá una tarjeta de oro y todos los camareros del club de campo la reconocerán a cien metros de distancia.

Será, en resumen, una dama sureña.

Todo depende del apellido.

Al principio, Dios encomendó a Adán la labor de poner nombre a todos los animales de la creación. Pero antes de que se diera cuenta, Eva había asumido esa tarea, y las mujeres se han encargado de ella desde entonces. Poner nombres se ha ido refinando a lo largo de los siglos, desde que nuestra primera madre se planteó el de la jirafa, pero sigue siendo un legado que las madres de las aspirantes a dama sureña conservan y atesoran.

Yo me crié en Misisipí, en una población recóndita llamada Chulahatchie, a orillas del río Tombigbee. Ahora bien, como mamá se apresura a recordarme, no soy hija de Misisipí. Mi dorado linaje se remonta varias generaciones hasta una remota rama de la familia Bell, una de las mejores de Tennessee, originaria de los alrededores de Clarksville.

Después de que los oportunistas se hubieran dado un banquete con el botín de guerra una vez finalizada la guerra de Secesión, los Bell ya no tenían blanca ni dónde caerse muertos. Pero tenían un par de cosas que les permitían conservar el lugar que ocupaban en la sociedad: un buen apellido y una casa ancestral.

El buen apellido, por descontado, no tenía nada que ver con el honor ni con la integridad, y con el cambio de siglo, la casa ancestral se estaba desmoronando sobre las cabezas patricias de

los Bell. Pero la familia seguía siendo propietaria de las tierras, y seguía dando esperanza a las generaciones futuras. Esperanza que adoptaba la forma del apellido que se transmitiría de padres a hijos. El apellido: la base, la argamasa que une entre sí las distintas piedras de la cultura tambaleante del sur.

Como el legado de los Bell provenía del lado materno de la familia, el apellido podría haberse perdido fácilmente debido a los estragos del tiempo y de las costumbres sociales. Al fin y al cabo, las sureñas comulgan con esa actitud anticuada de que las mujeres tienen que adoptar el apellido de sus maridos en el altar. Pero las mujeres Bell no estaban dispuestas a perder su conexión con el linaje de los Bell. Si no podían conservar el apellido cuando se casaban, por Dios que iban a aferrarse a él en otra parte.

El tronco femenino de mi árbol genealógico iba más o menos del siguiente modo: mi abuela GiGi, la madre de mi madre, se llamaba Georgia Bell Posner Barclay. Mi madre era Donna Bell Barclay Rondell. Mi hermana mayor, que tenía trece años y sufrió una humillación cuando yo llegué al mundo, fue bautizada como Melanie Bell Barclay Rondell. Y yo, como con mi boquita de bebé era incapaz de protestar, tuve que cargar con Priscilla Bell Posner Rondell.

Peach, para mis amigos y para la mayoría de mi familia.

Mamá, por supuesto, se negó a aceptar este apodo y siempre me llamó Priscilla. O, cuando estaba muy enojada, «¡Priscilla Bell!». Todavía ahora me llama la atención. Cuando hacía algo mal, mi madre me recordaba que era una Bell y que más me valía aprender a comportarme como tal.

Se rumoreaba, y sospecho que mi familia alimentó la llama de la suposición y reavivó sus rescoldos, que mis antepasados entroncaban con los Bell originales de Tennessee, anfitriones y víctimas de la famosa bruja de los Bell. Estuve toda la infancia y la juventud oyendo historias sobre la bruja de los Bell; relatos destinados a inculcarme un respeto sano por mis ascendientes femeninas y a hacerme venerar el apellido que me había sido transmitido. Mi mente pervertida y rebelde se divertía mucho con este asunto. Me pasé años entreteniéndome con la idea de que todas las Bell eran unas brujas, y mi propia madre, naturalmente, me confirmaba esa creencia a cada paso. Como cuando aprendí la palabra prohibida creí, en mi inocencia infantil, que era sinónimo de «bruja» en su acepción despectiva, empecé a usar mentalmente la expresión «la puta de los Bell».

Sabía que «puta» era una palabra soez, una palabra que no usaría una dama sureña, ni en presencia de gente educada ni en ninguna parte, lo que hacía que me gustara todavía más. Mientras practicaba durante horas delante de un espejo de cuerpo entero para aprender a «comportarme», articulaba la palabra una y otra vez por lo bajini; puta, puta, puta. La decía a espaldas de mi madre cuando me corregía la postura, y la repetía como un conjuro para aislarme de los sermones constantes sobre qué era y qué no era un comportamiento digno de una dama sureña.

Nunca me pilló, ni siquiera cuando la dije sobre su cabeza mientras me tomaba el dobladillo del vestido para el concurso de *Miss Misisipí*.

Fue una victoria invisible, una fisura estrechísima en la escayola de mi molde. Pero fue un comienzo. Un presagio de lo que estaba por venir.

El día después de graduarme en la universidad, me sacudí la arcilla roja de Misisipí de los zapatos de salón y me juré que no regresaría jamás.

De eso hace veintitrés años.
Ahora he vuelto. Que Dios se apiade de mí.

PRIMERA PARTE

Antecedentes

* * *

*Borrar elimina las palabras,
pero su huella permanece en la
página.*

*Desaprender es la lección
más difícil de todas.*

Capítulo 1

Mi psiquiatra tiene la culpa de todo.

El punto de inflexión se produjo la semana que cumplí cuarenta y cinco años. Un viernes por la tarde del mes de octubre celebraba mi cumpleaños con mi marido, Robert; mi mejor amiga, Julia, y su actual novio, Kenneth. Era una de esas tardes mágicas de otoño de Asheville: un glorioso crepúsculo teñido de rosa y púrpura mientras el sol se ocultaba tras las montañas, seguido de un cielo azul oscuro incrustado de diamantes que acompañaban al arco plateado de la luna. Champán a la luz de las velas en el Grove Park Inn, cena con música y la brisa fresca de la noche en la Sunset Terrace. Perfecto.

El siguiente lunes por la tarde, cuando estaba en el Grove Park Spa dándome un masaje con el vale regalo con el que Julia me había obsequiado por mi cumpleaños, Robert me dejó un mensaje en el buzón de voz en el que me informaba de que había dejado de quererme y se había enamorado de otra.

Irónicamente, lo que más me afectó fue cumplir años. Sí, me afectó más incluso que la marcha brusca e inesperada de Robert. A los cuarenta, podía seguir afirmando que estaba más cerca de los treinta que de los cincuenta. Ni siquiera a los cuarenta y cuatro había coronado todavía totalmente la cima.

Pero al cumplir cuarenta y cinco, me encontré de repente al borde del precipicio vertiginoso de la mediana edad, contemplando el valle oscuro de la decrepitud a mis pies. A un pasito de ser una auténtica matrona. Una vieja.

Más aún, cuando echaba la vista atrás, no veía demasiadas cumbres hermosas bañadas por la luz dorada del sol, sino más bien un laberinto de caminos sin rumbo y de callejones sin salida, y una cantidad considerable de ruinas humeantes, entre las cuales, la más reciente era la del fin de mi matrimonio tras veinte años de convivencia.

Me llevó todo el otoño, todo el invierno y una primera parte de la primavera llegar a comprender todo esto. A finales de febrero cometí el error de confesar mis inseguridades a mi psicoterapeuta.

Sollocé y lloriqué, y se lo conté todo:

—No sé qué voy a hacer —me lamenté—. Se me ha acabado el dinero. Robert se quedará con la casa porque yo no me puedo permitir mantenerla. No tengo dónde ir, ni trabajo, ni perspectivas. Tengo cuarenta y cinco años, y no tengo opciones.

—Siempre hay opciones —replicó el viejo idiota—. Siempre se puede elegir. —Me miró atentamente con los ojitos brillantes tras una nariz aguileña—. El pasado nos aporta información

y, a la vez, transforma nuestro futuro. A lo mejor podría pasar un tiempo en casa. Un mes o dos, o más, si le apetece. Recupere la estabilidad personal. Decida qué le gustaría hacer con su vida. Repase algunos aspectos de la forma en que la criaron.

Levanté la cabeza de golpe.

—¿Criaron? —solté—. Se crían vacas. Se crían vinos. A las damas sureñas se las educa.

«Coño —pensé—. Estoy hablando por boca de mi madre».

Se inclinó hacia mí y puso una manaza huesuda en el brazo de mi sillón.

—A veces la única forma de saber dónde vamos es averiguar de dónde venimos —comentó—. Vaya a casa. Hable con ella. Está sola en aquella mansión; seguro que agradecerá una visita larga de su hija. —Me dedicó una sonrisa que dejó al descubierto una dentadura irregular antes de añadir—: Además, siempre soñó con ser escritora. Considere que se está documentando. Lleve un diario. Escuche lo que le diga su corazón.

Un diario. Un relato de mi vida, de mi relación con mamá, de lo que me había hecho sentir el rechazo de Robert, de los declives vertiginosos y de los fracasos estrepitosos que me habían llevado hasta allí. Un enfrentamiento crudo, valiente y corajudo conmigo misma. Un intento de aprender de la experiencia y encontrar una forma de volver a centrarme.

Aterrador. Totalmente aterrador.

La psicoterapia no es un recorrido por un camino ligeramente empinado, ni siquiera un ascenso precario por una escala de cuerda enredada. Es una escalada libre. Tienes que encontrar grietas minúsculas donde aferrarte con las manos y donde apoyar los pies para no perder la vida, y recordarte a ti mismo en cada penoso centímetro que no puedes quedarte donde estás ni volver a bajar. Sin equipo de escalada, sin ganchos de seguridad ni cuerdas de rápel. Nada. Sólo la montaña y tú, y un viejo idiota canoso que, desde abajo, lanza gritos de ánimo al viento variable.

No es una experiencia para timoratos. Se necesita ser fuerte para escudriñar las partes más oscuras de uno mismo y aportarles algo de luz. En mis sueños y pesadillas, e incluso cuando estoy totalmente despierta, me he encontrado con cosas que harían que los alienígenas o los monstruos, en comparación, parecieran inofensivos. He combatido esas bestias incendiarias que se despiertan tras el ocaso y he tenido que batirme en retirada con las cejas chamuscadas.

Y ahora me está enviando de nuevo a la guarida del dragón.

A casa de mi madre.

¡Dios mío, cómo detesto ser un estereotipo!

Capítulo 2

La casa de mamá, la casa que papá había comprado y restaurado para ella, era una mansión de estilo neogriego de quinientos sesenta metros cuadrados, construida con ladrillos rojos hechos por los esclavos, con una amplia veranda delantera y seis enormes columnas cuadradas. La plantación original, llamada en su día Mabry, se extendía cuatrocientas hectáreas a cada lado del río.

Hacía mucho tiempo que se había vendido la mayoría del terreno y las dependencias de los esclavos estaban derruidas. Ahora la ciudad de Chulahatchie invadía la finca como el kudzu, y lo único que quedaba de la antigua plantación era la mansión, la pequeña cocina de ladrillo y la cochera. El edificio, situado a la orilla del río, estaba rodeado de una hectárea y media de vegetación exuberante y de un amplio camino de entrada flanqueado por un puñado de viejos robles de los que colgaban largas hebras de barba de palo.

Con gran ingenio, papá había hecho un juego de palabras con el apellido de mamá y había llamado a la finca Belladonna.

Mamá creía que había elegido este nombre en homenaje a ella, su «hermosa esposa». Yo sospecho que lo que realmente tenía en mente era la mortífera belladona. El veneno que tanto se utilizaba en la antigüedad.

Papá.

Al pensar en él se me hizo un nudo enorme en la garganta. La última vez que había estado en casa había sido para asistir a su funeral hacía un año, en enero, y antes de eso, sólo la había visitado un puñado de veces en los veintitantos años en que Robert y yo estuvimos casados.

Mi hermano y mi hermana también acudieron al funeral, obligados por el deber filial pero claramente a regañadientes. Harry, como siempre, se mantuvo frío y distante. Melanie se encerró en sí misma ante el dolor de haber perdido a papá. Yo me pasé aturdida toda la visita, incluida la ceremonia, vagamente consciente de las idas y venidas de los vecinos de Chulahatchie, pero sin lograr verles la cara ni oír las palabras de consuelo que decían. Lo único que recuerdo es a papá, metido en el ataúd abierto, con la cara pálida y amarillenta, y dos manchas de colorete que la maquilladora de la funeraria le había puesto en las mejillas para que pareciera estar «vivo».

Cuando estuve junto a él, observándolo, sentí el peso de mil sinsabores, de mil preguntas, de mil pesares. Jamás se me había ocurrido pensar cómo había sido la vida de mi padre con mi madre. Si la amaba de verdad, y por qué. Si, cuando estaban a solas, alguna vez reían juntos, o lloraban, o se tocaban. Si sabía por qué los hijos que tanto adoraba se habían ido de casa y rara vez regresaban, ni tan solo para hacer una brevísima visita.

Ahora ya no estaba, y la amplia entrada de Belladonna me pareció de repente marchita, vacía y abandonada.

En toda mi vida jamás había pillado desprevenida a mi madre. Cuando llegaba a casa de dondequiera que hubiese estado, una tarde de compras, mi baile de promoción o las vacaciones de Semana Santa en mi primer año de estudios universitarios, parecía saber instintivamente el momento exacto de mi llegada. Cómo lo hacía será siempre un enigma, pero incluso ahora, después de tantos años, en cuanto enfilé el camino de entrada la vi ya en el porche, agitando un pañuelo en mi dirección. Me detuve un momento entre los dos primeros robles y al mirarla desde esa distancia, me vino a la cabeza la casa de muñecas que ocupaba una cuarta parte de mi habitación cuando era pequeña. Belladonna en miniatura, incluida una muñequita que representaba a mamá con un vestido camisero azul y unos zapatos de salón planos a juego.

Se veía diminuta. Pero era yo la que se estaba empequeñeciendo. Hasta podía sentir la regresión: de cuarenta y cinco a treinta y cinco... veinte... quince... diez... cinco. A medida que iba dejando atrás los robles recubiertos de vegetación iba perdiendo años. Cuando detuve el coche en la curva que conducía a la cochera, volvía a ser una niña, y mi madre, con su metro cincuenta y cinco de altura, descollaba sobre mí.

—Hola, cielo —me dijo desde el peldaño superior—. ¡Gracias a Dios que estás aquí!

Aguardé a que me lanzara alguna frase acusadora, y no me decepcionó:

—Hace tanto tiempo que no venías... —Me miró arriba y abajo, y observó con sus gélidos ojos azules los vaqueros, la camiseta de algodón y las zapatillas deportivas que llevaba puestos—. Bueno, seguro que has traído más ropa, ¿verdad? Adelante, pasa. Te esperaba hace una hora y ya estaba fuera de mí.

«¡Qué horror! —pensé—. Ahora son dos».

—Instálate —dijo mamá—. Cuando termines, me encontrarás en la veranda trasera.

La veranda trasera. Un eufemismo como una casa.

Belladonna es una de esas casas de plantación sureñas que no tiene parte trasera, sino más bien dos delanteras: una que da a la calle y otra que da al río. Es una metáfora de cómo ve mamá la vida. ¡Qué Dios nos libre de no mostrar una imagen presentable, ni siquiera a nuestros propios traseros!

Detrás de la casa, más allá de la cocina de ladrillos donde tiempo atrás las esclavas cocinaban verduras, guisantes forrajeros, colinabos y pan de maíz para los residentes blancos de la Casa Grande, el césped descendía entre unos cuidadísimos parterres de azaleas hasta la orilla escarpada del río. La casa se alzaba majestuosa, muy por encima del nivel de inundación, y gozaba de una buena vista de las aguas amarronadas y mansas del Tombigbee.

Mamá sirvió limonada y galletas en la veranda trasera, y charlamos educadamente sobre tonterías. Comentamos que las azaleas estaban brotando y habrían florecido totalmente en una semana más o menos, y que los árboles de Judas ya lo estaban haciendo. Un cerezo llorón alargaba las ramas sobre el jardín y dejaba caer sus pétalos como si fueran copos de nieve rosados. A lo largo del camino crecía, con una simetría perfecta, una hilera de forsitias que asentían con sus rastas amarillas al sol de la mañana.

Ella no dijo una sola palabra sobre papá. Yo no dije una sola palabra sobre Robert. Finalmente dejó el vaso y fijó la mirada en un punto situado a la izquierda de mi hombro.

—¿Y cuánto tiempo, exactamente, voy a tener el placer de disfrutar de la compañía de mi

hija? —dijo.

Me pregunté vagamente cómo lograba, en una breve pregunta, culparme por mi ausencia y mostrarme su disgusto por mi presencia sin pararse siquiera a respirar. Pero no dediqué demasiado rato a dilucidar el dilema.

—No lo sé —respondí—. ¿Tenías otros planes?

—Claro que no —dijo tras dirigirme una sonrisa gélida—. Sólo lo pregunto para saberlo, nada más. Ya sabes que siempre que necesites un lugar donde hospedarte serás bienvenida. Al fin y al cabo, ésta es tu casa.

Belladonna no había sido mi casa desde hacía más de dos décadas, ¿pero de qué serviría hacérselo notar?

Nos quedamos en silencio. Una familia de ruidosas ardillas bajó por el tronco de un nogal pacanero persiguiéndose entre sí, y en el río, dos hombres negros que acababan de pescar un pez molestaron a mi madre al reírse demasiado fuerte.

Estaban anclados justo delante de nuestra orilla, con la proa de la barca verde orientada aguas abajo. Mamá no dijo nada. El río era público, y no podía controlar quién lo navegaba, aunque jamás necesitó decir una sola palabra para expresar su desagrado. Le bastaba con «la mirada».

Había aprendido a distinguir «la mirada» de muy niña, y me había esforzado por evitarla a toda costa. En vano, debería añadir. Daba igual lo que hiciera, daba igual lo mucho que me esmerara, jamás lograba del todo hacer las cosas como era debido. Ser como era debido. Hacía años que me había llevado las manos a la cabeza, desesperada, y lo había mandado todo a hacer puñetas, pero por más que me lo propusiera, no había nada en el mundo capaz de contener la asfixiante marea de desaprobación materna.

Ahora volvía a sentir aquella sensación de retroceder en el tiempo, de sufrir una regresión. Me remonté tambaleando cuarenta años y vi «la mirada» en los ojos de mi madre.

Alargó la mano para tirarme de la pernera de los vaqueros azules y soltó un suspiro. Sólo un suspiro. Nada más. Pero aquel suspiro, y el silencio que lo siguió, contenían la reprimenda de toda una vida: «Por el amor de Dios, Priscilla, aprende a ser una dama. Yo no te eduqué así de mal».

En el río, los hombres negros rieron de nuevo.

Capítulo 3

El principal objetivo de mi madre en la vida era «educarme como es debido». Para ello, se dedicó con afán a la tarea de modelar mi joven arcilla para darle la forma de una dama sureña.

Mi primer recuerdo del proceso de mi educación se produjo cuando tenía, quizá, dieciocho meses.

Los psicólogos, incluido el viejo idiota canoso que me envió de vuelta a casa, me han dicho más de una vez que un bebé tan pequeño es incapaz de formular recuerdos coherentes. Pero, aun así, tengo la imagen grabada en la cabeza. Los psicoterapeutas no lo saben todo, y además, yo era una niña muy inteligente.

Me detuve, eché un vistazo al diario, releí lo que había escrito y sonreí. Toma ya. El viejo idiota quería que explorara mi pasado, pues muy bien. Él se lo había buscado; se merecía el resultado, fuera cual fuera.

¿Y qué si sonaba un poco egocéntrico? Era una niña muy inteligente. Y tengo esos recuerdos, digan lo que digan los demás.

Mi madre, una mujer menuda, perfectamente vestida, sin el menor instinto maternal, intentaba darme de comer una papilla de espinacas de un tarro de potitos. La cuchara plateada vaciló sólo un instante antes de que yo la lanzara por el aire con el puñito. La mayoría fue a parar al pelo de mi madre y el resto salpicó ruidosamente la pared que tenía tras la cabeza. La señalé con un rechoncho dedito infantil e hice lo impensable: me reí.

—Priscilla —me riñó mamá, intentando conservar la dignidad a pesar de tener el pelo recubierto de papilla de espinacas—, una damita como es debido no tira la comida. Se come lo que le ponen delante, tanto si le gusta como si no.

Mi reacción, o por lo menos eso es lo que me dijo mi padre, fue escupir la papilla que todavía tenía en la boca y usarla para pintar con el dedo la bandeja de la trona. Ya a tan temprana edad, tenía tendencias artísticas.

De acuerdo, tal vez no lo recuerdo, por lo menos el diálogo exacto. En mi propia defensa diré que tengo un vívido recuerdo de una mancha verde en la pared, situada a la izquierda de mi trona, más o menos a la altura de la cabeza de mi madre. Además, la historia me gusta, y por eso la cuento como cierta.

Dios mío, eso suena a algo que habría dicho papá: «Nunca dejes que la verdad estropee una buena historia».

Sólo que, a mi entender, es más exacto decir: «Nunca dejes que la realidad estropee una buena historia». Nada relata la verdad con tanta exactitud como una buena historia de ficción. Es la realidad lo que obstaculiza el proceso.

Tal vez éste sea uno de los principios en los que se basa la redacción de mi diario: no quedarme atrapada en la maraña de los detalles, en cómo sucedió algo o en las palabras exactas que se dijeron. Lo que importa es la nueva visión que se supone que voy a tener de las cosas al volver a la escena del crimen y recuperar todos esos viejos recuerdos, sentimientos y experiencias. Así que lo hilaré tal como me venga a la cabeza y ya veremos qué queda atrapado en la tela.

Aprendí las técnicas narrativas de mi padre; un cuentista de renombre entre nuestros familiares y amigos. Papá decía que eso era ser ameno. Mamá le daba otro nombre. Llegué a temer la cara que ponía cada vez que papá iniciaba uno de sus elaborados relatos. Evidentemente, no le divertían. En lo más mínimo.

Para cuando tuve cuatro o cinco años, papá ya había sido liberado de cualquier participación en mi educación. Para mi madre, «educarme como es debido» significaba inculcarme los buenos modales, los valores y las prioridades que iban unidas al apellido Bell.

Dada mi personalidad, yo no estaba nada por la labor. A los cuatro años aprendí a leer yo sola, usando el abecedario de mi hermano mayor y mi colección de cuentos y poemas infantiles. A los cuatro y medio, decidí que quería ser escritora. Me fascinaba la magia y el misterio de las palabras, cómo unos cuantos garabatos negros en una hoja blanca podían evocar mundos de ensueño y hacer volar la imaginación sin límites.

Pero cuando tuve cinco años, mis libros fueron a parar a la caja de los juguetes, y mi madre me apuntó a actividades más convenientes: lecciones de piano, de canto, clases de ballet, formación personal de porte y feminidad. A los seis años, participé en mi primer concurso de belleza.

Daba igual que fuera baja y rechoncha, careciera totalmente de equilibrio y no tuviera oído musical. También tenía predilección por ponerme ropa usada de mi hermano y jugar a béisbol con los chicos en el solar vacío, y madre estaba resuelta a cortar estos hábitos de raíz. Me embutía en vestidos rosas que picaban mucho con diversas enaguas, zapatos de charol y unos calcetines bajos con lacitos rosas en las vueltas. Asistí obedientemente a las clases de canto, piano y danza, y hasta traté de aprender a andar con un libro sobre la cabeza. De Shakespeare, creo que era. O de George Eliot.

Cuando estuve preparada para empezar a ir a la escuela, sabía que no había que sugerir siquiera llevar zapatos blancos después del Día del Trabajo o antes de Semana Santa. Sabía usar mis limitadas artimañas femeninas para encandilar a los jurados y lograr que olvidaran que era incapaz de cantar tres notas seguidas. Sabía hacer reverencias y sonreír cuando tenía ganas de escupir. Sabía, incluso, sacudir la cabeza para echar el pelo hacia atrás con coquetería.

Daba toda la impresión de que el régimen que mi madre había instaurado para que su

hija se ajustara a lo que se esperaba de una dama sureña estaba logrando su objetivo.

Hasta que fui a la escuela.

En cuanto me incorporé a las filas de las grandes multitudes no instruidas, la cantaleta de la dama sureña de mi madre cambió de tono. Ahora tenía entre manos una batalla distinta. No sólo tenía que «educarme como es debido», sino que también tenía que eliminar todas las malas costumbres que estaba adquiriendo de mis compañeros vulgares fuera del nido.

Una de las peores manías que me entró el primer año que fui a la escuela fue la inexplicable predilección por entablar amistad con quien no debía. Personas como Dorrie Meacham, una niña dulce, sensible y tímida, que llevaba un aparato ortopédico en las piernas como consecuencia de haber tenido la polio...

¡Dios mío! De eso hacía casi cuarenta años. Hasta este momento me había olvidado completamente de Dorrie Meacham. ¿Qué más iba a encontrar sepultado en mi cerebro, cubierto por cuatro décadas de polvo y telarañas?

Como Dorrie, una lectora precoz como yo, quería ver mi colección de libros, un día vino a casa conmigo en el autobús. Mamá nos recibió en la puerta con aquella sonrisa petrificada y fría que siempre presagiaba problemas, y no le quitó los ojos de encima a Dorrie mientras ésta recorría con gran esfuerzo y estrépito el vestíbulo delantero y el pasillo hasta mi habitación. Nos concedió exactamente dieciocho minutos de maravillosa privacidad antes de venir y quedarse en la puerta.

—¿No se te ha olvidado algo, Priscilla?

Por más que lo intenté, no caí en qué se me podía haber olvidado, pero me apresuré a levantarme y a ponerme en posición de firmes, rogando con todas mis fuerzas que alguna señal divina me revelara cuál había sido mi falta antes de que mamá tuviera ocasión de decírmela.

—¿Eh? —solté.

—Las damas no dicen «eh», Priscilla. —Carraspeó.

—Sí, mamá.

—A ver, ¿no te gustaría presentarme a tu amiguita?

Rebusqué mentalmente las palabras adecuadas para hacerlo:

—Mamá, me gustaría presentarte a mi amiga Dorrie Meacham. Dorrie, mi madre.

—Encantada de conocerla, señora Rondell —dijo educadamente Dorrie, que se levantó con gran dificultad y alargó una mano pálida y delgada a mi madre.

—Parece que te han educado muy bien, jovencita.

Me henchí de felicidad. Dorrie había superado la prueba. Había sido cortés, y muy prudente. Mamá había afirmado que la habían educado bien.

O eso creía yo.

—¿Por qué no vais a la cocina a tomar limonada y galletas? Creo que después será hora de que Dorrie se vaya a casa.

Nos sentamos a la mesa con la espalda muy erguida, incómodas, con el encanto de

nuestra incipiente amistad roto por la presencia palpable de mi madre, y el silencio interrumpido sólo por el tictac del reloj de la cocina y el clic, clic del aparato ortopédico de Dorrie al chocar con las patas de la silla. Cuando los vasos estuvieron vacíos, mi madre, con la misma sonrisa gélida en la cara, acompañó a Dorrie a la puerta y le dio las gracias por su visita. Me quedé observando por la ventana cómo mi amiga, mi única amiga, para ser sincera, cojeaba acera abajo hasta el final de la manzana y desaparecía detrás de la casa de los vecinos.

Cuando regresé a la cocina, mamá estaba arrodillada junto a la silla donde Dorrie se había sentado, aplicando reparador de muebles a las patas de madera. Una vez hubo terminado la tarea, dejó el trapo y señaló la silla.

—Siéntate, Priscilla —ordenó.

La obedecí, asustada por el tono de su voz y por lo que me esperaba.

—¿Qué sabes de Dorrie Meacham, Priscilla?

—No mucho, supongo —respondí, retorciéndome en el asiento—. Va a mi clase en la escuela, y le gusta leer, y es muy lista y divertida...

—Estate quieta, Priscilla. Una dama debe estarse quieta.

—Sí, mamá. —Inspiré hondo y junté las manos sobre la mesa para adoptar lo que esperaba que fuera una imagen de serenidad.

—¿Y dónde vive?

—Tres manzanas más allá, en la calle Duncan. Su padre es...

—Howard Meacham, el farmacéutico. Ya lo sé. Y su madre es Elsie, la que lleva la caja registradora en el supermercado.

—Sí, mamá.

Mamá sacudió la cabeza y entrecerró los ojos.

—Priscilla, estoy segura de que Dorrie te da pena e intentabas ayudarla. Pero tienes que buscarte amigas que sean más... bueno, gente como nosotros.

No tenía demasiado claro a qué se refería con eso, pero no me atreví a preguntárselo, y estaba bastante segura de que tampoco quería saberlo. En mi cabecita infantil, Dorrie era como yo. Le encantaban los libros, leía casi mejor que yo y me hacía reír. Era mi primera amiga. Mi mejor amiga.

—No hay duda de que los Meacham son una familia muy agradable, a su manera —decía mi madre—. Pero una dama sureña tiene que vigilar mucho con quién se relaciona. Tu padre y yo hemos invitado al doctor Thornton y a su esposa a cenar este viernes. El doctor Thornton es un cliente importante del bufete de tu padre. Su hija Sarah tiene más o menos tu edad, y es una niña encantadora. Procura llevarte bien con ella, ¿de acuerdo, Priscilla? Hazlo por mí, si no quieres hacerlo por ti.

—Sí, mamá.

Había dado la respuesta esperada, pero había sido de boquilla. Conocía a Sarah Thornton, y podía decirse que era la niña más prepotente y más mala de la escuela. Se pavoneaba agitando los rizos rubios y mirando a todo el mundo por encima del hombro, incluyéndome a mí. El mismo día antes, en el patio, se había puesto a jugar con malas artes al balón prisionero y después de golpear a Dorrie tan fuerte que la había tirado al suelo, se rió de ella por no haber sido lo bastante rápida como para esquivarla. Quise

arrancarle los rizos de la cabeza a Sarah Thornton, retorcerle el pescuezo y enseñarle a no meterse con mi amiga. Pero no lo hice. Me limité a ayudar a Dorrie a levantarse, y me marché con la voz aguda de Sarah profiriendo palabras de escarnio resonándome en los oídos.

—Recuerda, Priscilla —dijo mi madre mientras se levantaba de la mesa—, una amistad no puede basarse en la lástima.

Esa noche, mientras yacía en la cama temiendo la noche del viernes, cuando tendría que soportar la compañía de Sarah Thornton y sus padres, quienes, según decía mamá, eran «gente como nosotros», oí una conversación entre mis padres sobre Dorrie Meacham.

—Los Meacham son gente obrera, sin apellido ni influencias —comentó mamá, levantando la voz—. No creo que sea la clase de relaciones que debemos favorecer. A la larga, a Priscilla le irá mucho mejor si aprende pronto en la vida a elegir compañías más adecuadas.

A través de la pared me llegó la débil protesta de papá:

—Es sólo una niña, Donna. ¿Qué importancia puede tener?

—Tiene muchísima importancia —respondió mamá—. Esa tal Dorrie es una infeliz. Es evidente que Priscilla necesita una amiga, pero...

Mamá bajó la voz, y ya no pude oír nada más. Pero sospeché que no era sólo el apellido y el origen de Dorrie Meacham lo que era fundamental.

También estaba el hecho de que Dorrie estaba lisiada.

Dorrie jamás regresó a mi casa, e incluso en la escuela fuimos dejando poco a poco de hablar hasta que cada una siguió su camino. Esa noche me dormí llorando porque la primera amiga que yo misma había elegido no era lo bastante buena.

Aquello me hizo sentir muy mal, frustrada, ansiosa, confundida. Me planteé si jamás lograría ser lo que mamá quería que fuera: una auténtica dama sureña con los valores adecuados. Después de todo, había elegido a Dorrie como amiga. Mi madre había seleccionado a Sarah Thornton para ese papel.

Pero yo era una Bell, de los Bell de Clarksville, y cargaba sobre las espaldas la responsabilidad de hacer que mi madre estuviera orgullosa de mí. Mi madre, y todas las generaciones de mujeres Bell cuyos nombres se mencionaban en nuestros bautizos y puestas de largo. Una dama sureña jamás podía abandonar toda precaución y hacer lo que le dictara el corazón. Hacía lo que se esperaba, como mínimo si la habían educado como es debido.

Fue la primera vez que fui remotamente consciente de cómo ser «educada como es debido» podría afectarme.

Capítulo 4

La mañana después de haber regresado a regañadientes a Chulahatchie, mamá fue a tomar un *brunch* con «las chicas» al club de campo. No me invitó a acompañarla.

Así que me tomé un Prozac, me instalé en la veranda con mi diario y releí lo que había escrito la noche anterior. Normalmente no oigo voces en mi cabeza, por lo menos no con regularidad. Pero no podía acallar la exhortación de mi psicoterapeuta, que me retumbaba dentro del cráneo dándome la lata para que siguiera explorando los matices de mi relación con mi madre.

Estupendo.

Pasé página y escribí las primeras palabras que me vinieron a la cabeza en la hoja en blanco:

Esto es una mierda. Una buena mierda.

Aparte del tema de usar una palabra malsonante, mamá diría que «buena mierda» es una mala metáfora, un oxímoron. Una analogía deplorablemente imprecisa, como «frío infernal».

Con el debido respeto, se equivoca. He visto muchas buenas mierdas en mi vida. Y un montón de mierdas superlativas también. La gente educada como es debido te las deja caer en el camino todos los días sin excepción, como elefantes despreocupados que avanzan pesadamente durante el desfile de un circo. Y los demás nos pasamos la vida siguiéndolos con la pala en la mano.

Me pregunté qué diría el viejo idiota de esta imagen mental.

Dios sabe que mi madre lo hizo lo mejor que pudo.

Y yo me esforcé, con verdadero ahínco, en ser lo que ella quería que fuera. Pero por más empeño que pusiera en ello, parecía estar destinada a ser un motivo constante de decepción para la mujer que me había dado la vida y que se había dedicado en cuerpo y alma a educarme como a una dama sureña.

Me quedé mirando las palabras de la página y me planteé si eran ciertas. ¿Me había esforzado lo suficiente? ¿Podría haber sido lo que ella quería que fuera si hubiera puesto más empeño en ello? Y si hubiera resultado ser esa niña perfecta, esa dama sureña, ¿habría sido realmente yo, o Peach Rondell habría simplemente desaparecido como un terrícola indefenso abducido por un alienígena con poderes ilimitados?

Durante el desayuno, mamá y yo habíamos pasado una hora tensa e incómoda mirando uno de los muchos álbumes familiares que ella había creado con tanto esmero. Había elegido el que

yo más aborrecía, aquel con el que podía proferir más exclamaciones de admiración al ver la linda muñequita que había sido yo de niña.

Mi reacción habitual ante este ritual era quedarme sentada en un silencio sepulcral, mientras en mi interior, mi corazón golpeaba los barrotes de mi jaula como un pajarillo atrapado. Toda mi vida he considerado los álbumes de mamá como una forma de tortura encubierta. He detestado las fotografías, la inmersión sentimental en el mundo de los recuerdos, la desaprobación de cómo soy ahora implícita en la forma efusiva y entusiasta con que habla sobre el pasado.

Esta mañana, sin embargo, he reaccionado de otra forma. Ha sido una inesperada revelación.

Hoy he tomado el álbum de la estantería de la sala y lo he depositado en la mesa de mimbre del porche. He dejado el álbum a mi izquierda, he puesto el diario a mi derecha, he abierto ambas cosas y he esperado.

Había visto estas fotos mil veces. Pero de repente tenían otro aspecto, como un código oculto que finalmente comprendía. Algo secreto, escondido a plena vista. Puedes pasarte años sin verlo y, una vez lo has visto, lo ves. Y una vez lo ves, no puedes entender cómo has estado tanto tiempo sin verlo.

Cuatro años. La fiesta de cumpleaños. En una foto descolorida, pardusca, una niña ocupa la presidencia de una mesa llena de niños de aspecto remilgado con sus madres, de aspecto igualmente remilgado, situadas detrás de ellos. Las velas de la tarta están encendidas. Todo el mundo sonríe; todo el mundo excepto la cumpleañera.

Me sorprende que mamá guardara esta foto. Seguramente fue mi padre quien insistió en incluirla en el álbum. A él le habría parecido graciosa. A mi madre, sin duda, la avergonzaría.

En esta foto, tengo un lado de la cara lleno de cardenales púrpura que lo distorsionan. El ojo está tan hinchado que no puedo abrirlo, y justo en el momento en que se abrió el obturador, me había levantado el vestido hasta el mentón para rascarme un punto de la tripa que me picaba. Como tengo la cinturilla de las bragas floreadas por debajo de la panza regordeta me queda el ombligo al descubierto.

No recuerdo gran cosa de ese día, y no me acordaría del picor si la cámara no hubiese captado mi gesto espontáneo. Lo que sí recuerdo es lo que sucedió tres días antes.

Mamá, que estaba atareada preparando la cena, nos envió a mi hermano, Harry, y a mí a jugar fuera, en el porche. Era antes de que nos hubiéramos trasladado a Belladonna, y nuestro «porche» era un recinto que abarcaba la parte posterior de la casa y que hacía las veces de despensa y de cuarto de juegos.

Las instrucciones de mamá eran claras: Harry tenía que guardar sus soldaditos de juguete en el baúl y yo tenía que entretenerme con mi cocinita, una colección de objetos en miniatura que mi abuelo Chick había tallado en contrachapado. Tenía un horno de color rosa con una puerta que realmente se abría, unos muebles rosas con un fregadero de cuyo grifo salía agua de verdad, y un refrigerador de juguete, también rosa, que medía metro veinte de altura y era lo bastante robusto como para subirse encima. Era la cocinita soñada de cualquier niña; de cualquier niña que tenga sueños color de rosa, por lo menos.

Era evidente que mi madre estaba detrás de este arranque de creatividad de mi abuelo. La cocinita había sido mi regalo navideño de aquel año. Recuerdo haberme esforzado

mucho por parecer contenta y no echarme a llorar cuando mi hermano desenvolvió el suyo, que también había construido mi abuelo: una camioneta roja, totalmente de madera, con un asiento de cuero, pedales y un volante de verdad.

Yo no quería mi cocinita rosa. Quería la camioneta roja de Harry. Pero estaba claro que mi madre anhelaba verme jugar a las casitas, así que fingía. Preparaba té que me tomaba con las muñecas que despreciaba, y cuando mamá no me veía, birlaba los soldaditos a Harry y los ahogaba en el fregadero. Una vez hasta metí una manzana silvestre en la boca de mi mejor muñeca y la asé en el horno en pelota picada, Mama jamás entendió por qué Harry la llamaba «Barbiecoa».

Aquella tarde, mientras mamá cocinaba la cena, procuré una vez más pasármelo bien jugando con mi cocinita. Cuando estaba a punto de llorar del aburrimiento, mi hermano tuvo una idea brillante.

—Venga, Peach, juguemos a Jack y las habichuelas mágicas —sugirió mientras señalaba mi refrigerador rosa—. Yo seré Jack, tú serás el gigante, y usaremos tu nevera como planta de las habichuelas.

Me pareció una idea estupenda, y mucho más interesante que tomar el té con las muñecas o cocinar una comida imaginaria para un marido imaginario que llegaría del trabajo, se comería su cena imaginaria y se iría al salón sin fingir siquiera estarme agradecido.

Me encaramé, no sin cierta dificultad, al horno, desde donde me subí al refrigerador de juguete con mi vestidito con volantes.

—¡Grrrr! ¡Huele a carne de niño! —grité, haciendo mi mejor imitación de la voz de un gigante. Me sabía la historia, así que tendría que haber estado preparada para lo que ocurrió a continuación.

Harry, que interpretaba a Jack, empezó a cortar la planta de las habichuelas. Lo hizo empujando con todas sus fuerzas el refrigerador de contrachapado hasta que éste empezó a balancearse precariamente sobre las baldosas del suelo del porche. Mis merceditas de charol, con las suelas resbaladizas y sin la menor adherencia, se deslizaron bajo mi peso. Tanto el refrigerador como yo caímos al suelo con un gran estrépito. Yo aterricé de cabeza, y todo se llenó de sangre. Mi hermano se me quedó mirando, gritando: «¡He ganado! ¡He ganado!».

No recuerdo demasiado después de aquello; sólo tengo imágenes vagas de cuando me recogieron y me llevaron corriendo al hospital. El médico dijo que tenía una conmoción cerebral, que no era grave, pero que me saldrían unos moretones considerables. Mi padre me estuvo aplicando una bolsa con hielo en la sien mientras me murmuraba palabras tranquilizadoras sobre lo mucho que me quería, lo contento que estaba de que fuera a ponerme bien y lo valiente que había sido porque no había llorado. Hasta mi hermana, Melanie, que tenía diecisiete años y estaba muy por encima de todos nosotros, se dignó a ser amable conmigo.

—Una dama no se sube a los electrodomésticos de la cocina —dijo mi madre—. Eso no se hace.

No lo había planeado así, no aposté, pero el resultado fue mejor de lo que podría haber esperado. Al día siguiente, mi padre llevó mi cocinita al garaje y la desmontó. El

perro del vecino, un pastor alemán llamado *Bullet*, se pasó años sufriendo avergonzado, en silencio, en una caseta de contrachapado rosa.

El pobre *Bullet* me daba mucha pena. Pero librarme de aquella cocinita rosa fue el mejor regalo de cumpleaños que recibí en toda mi vida.

Cinco años. La función de Navidad. En esta fotografía, estoy de pie, delante de la chimenea, vestida con una túnica blanca, unas alas tornasoladas ribeteadas en oro y una aureola brillante. Llevo el pelo, que tengo lacio como la cola de un caballo, horrorosamente rizado alrededor de las orejas como consecuencia de una permanente recién hecha. Parezco el adorno de Navidad que habría hecho un niño loco en catequesis, usando un estropajo de aluminio a modo de cabeza.

En este retrato mi expresión es debidamente angelical. Estoy sonriendo graciosamente con la mirada puesta a lo lejos, como si alguna visión celestial me abrumara. La verdad era que tenía un secreto.

Si uno se fija bien, se da cuenta de que debajo del dobladillo de la túnica del ángel, que llega hasta el suelo, asoma un par de botas negras. Unas botas de vaquero. Las botas de Harry. Como yo no podía tener unas, porque, por supuesto, no eran adecuadas para una damita, se las robé.

Recuerdo vívidamente aquella función de Navidad. Fue la vez que me lo pasé mejor en una función de la iglesia. Guardé celosamente mi secreto, y mi madre nunca supo lo que había hecho. Ni mi hermano encontró jamás sus botas.

Pero han pasado los años y mi madre sigue teniendo una copia enmarcada de esta fotografía sobre el gran piano de cola del salón delantero. Supongo que le recuerda lo orgullosa que estuvo en su día de su ángel, de su damita.

Tal vez algún día se lo cuente. Mientras tanto, cada vez que la veo, me hace sonreír.

Seis años. El recital de ballet. Esta fotografía es un modelo de contrastes: las tres gracias. O, mejor dicho, dos gracias y un volquete. Las dos niñas esbeltas y ágiles que posan encantadas ante la cámara son mis primas, Belinda y Cynthia. Están haciendo un *plié* perfecto. Yo doy la impresión de estar agachada para hacer pipí.

Había visto las fotografías de ballet de mi hermana Melanie. Coño, mis padres hasta tenían un tembloroso vídeo casero en blanco y negro de su recital. De modo que sabía el aspecto que tendría que tener: alta, esbelta, grácil, sonriente bajo los focos. Perfecta.

Melanie siempre fue perfecta.

Estaba claro que yo no era Melanie, pero mi madre era una mujer con una gran esperanza y con un objetivo. ¿Qué mejor forma tenía una jovencita sureña como es debido de aprender elegancia y delicadeza que ir a clases de ballet?

Tenía que admitir que mi madre había intentado, por lo menos, que esta tortura fuera más soportable. Me imagino que con la idea de que el sufrimiento compartido es más llevadero, apuntó a mis dos primas conmigo. Dos veces a la semana, al salir de clase, nos poníamos los leotardos y las zapatillas, y ocupábamos nuestro sitio en la barra. La profesora de danza, una mujer esquelética con unos huesos prominentes en las caderas y unas venas en el cuello del tamaño de cables de sesenta amperios, nos gritaba por encima de la música clásica a todo volumen.

La profesora me aterraba. Llevaba el largo cabello negro recogido en un moño tan

tirante que las cejas le llegaban al nacimiento del pelo. No recuerdo su nombre, pero una vez, en una galería de arte, vi su retrato: una obra expresionista titulada *El grito*. Todavía ahora la sigo considerando la personificación de un *lifting* mal hecho, y me pregunto si Edvard Munch tuvo la desgracia de conocerla.

Si en mis primeros años formativos sospechaba que podía ser incapaz de llegar a engrosar las filas de las auténticas damas sureñas, las clases de ballet me lo confirmaron más allá de cualquier duda. Belinda y Cynthia hacían sus arabescos y sus *chassés* a la perfección. Mi arabesco recordaba la postura inicial de una demostración de karate, y mi *chassé*, tal como lo veo ahora, me daba el aspecto de un hipopótamo con hemorroides.

Mientras ellas dos recibían elogios de la marquesa de Sade y se convertían rápidamente en las primeras de la clase, yo me esforzaba valientemente en evitar que los leotardos se me metieran en la raja del culo.

—¡No, no, no! —me chillaba, con las venas hinchadas y las cejas arqueadas aunque pareciera imposible que pudiera elevarlas más—. ¿Tiene nombre este movimiento, este sujetar de nalgas? ¿No? Pues entonces no se hace en ballet. Mirada al frente; una mano en la barra, la otra alargada... ¡Así!

El día que papá tomó la foto de las tres gracias fue el peor de todos, el día de nuestro recital de ballet, cuando los padres y amigos de todas aquellas lindas jovencitas acudían para vernos bailar embelesados. Belinda y Cynthia, por supuesto, tenían papeles destacados. Belinda era el cisne protagonista; Cynthia, más alta y todavía más grácil, con la larga cabellera rubia, había sido elegida para interpretar a la princesa.

Tendrían que haberlo llamado *El lago de los cerdos*. Cuando me llegó el turno (yo era el último cisne, el que estaba más alejado del centro del escenario y quedaba casi oculto por el telón de fondo), avancé como un pato para tener mis tres segundos de gloria bajo los focos. Era como un cerdo haciendo una pirueta, mientras mis piernas atocinadas se esforzaban frenéticamente por sostenerme.

Conseguí dar un salto bien, aunque apenas me elevé unos centímetros del suelo, pero en el segundo movimiento, un *glissade* que acababa en un *jeté*, perdí el equilibrio y caí sentada sobre el tutú. El público rió y aplaudió gentilmente, como si creyera que había tenido la intención de hacerlo así desde el principio.

La semana siguiente mi madre me borró de la clase de ballet. Cynthia y Belinda fueron a la Universidad de Misisipí con becas en artes interpretativas. Los planes de mi madre daban resultado, después de todo, siempre y cuando se le diera la clase adecuada de material con el que trabajar.

De mi debut en la danza sólo se conserva una única fotografía: este bodegón que muestra dos gráciles cisnes y un patito achaparrado. Me gusta pensar que mamá la conservó para recordarse a sí misma que aunque la cerdita se vista con un tutú de seda, cerdita se queda, por más que te esfuerces en educarla como es debido.

La historia, naturalmente, me asegura que no tuvo semejante revelación.

Capítulo 5

Cerré el álbum de fotografías y lo dejé en su sitio («un sitio para cada cosa, y cada cosa en su sitio», me decía siempre mamá). Me senté después un rato en el porche, contemplando sesgadamente el jardín, en dirección de la orilla del río. Había llovido por la noche, y ahora el sol, cuya luz se reflejaba en las gotas de agua, llenaba de diamantes cada hoja y cada brizna de hierba. Una de esas deslumbrantes mañanas de primavera que se dan en el sur, cuando la neblina se junta con el sol para crear un ambiente lleno de magia y misterio.

Cuando era pequeña, mi libro favorito era *El jardín secreto*, y el jardín trasero de Belladonna siempre me había recordado el jardín tapiado donde ocurren milagros y los niños huérfanos de madre encuentran curación y esperanza. Mi psicoterapeuta haría una montaña de este grano de arena, por supuesto, ya que encontraría toda clase de significados ocultos al hecho de que me identifique con huérfanos discapacitados y dominados por la angustia. Y puede que tuviera razón. Puede que en mi subconsciente más profundo me sintiera abandonada y sola en el mundo. Desde luego, jamás encajé en el mundo que mi madre había creado.

La pregunta que no me dejaba tranquila era: «¿Por qué me importaba tanto?». Tenía cuarenta y cinco años. Era una mujer adulta, una persona totalmente desarrollada y diferenciada. Y, aun así, en cuanto ponía un pie en esta casa, una clase extraña de hechizo materno me convertía de nuevo en una niña, en aquella niña, la que llevaba alas y aureola de angelito con unas botas robadas, la cerdita gordinflona que lucía un tutú que le quedaba fatal. La niña que siempre se esforzaba muchísimo y siempre decepcionaba.

Una vez hice exactamente esta pregunta a Robert. Fue al principio, cuando todavía intentábamos hablarnos, cuando él todavía intentaba interesarse por lo que yo sentía y, por lo menos, actuaba como si le importara que algo me lastimara o me disgustara.

A pesar mío, habíamos ido a Chulahatchie a pasar una de las muy elaboradas Navidades de mamá en Belladonna.

—Es Navidad —dijo Robert—. ¿Qué puede tener de malo reunirse con tu familia en Navidad?

Lo averiguó. La semana fue tensa y tirante, llena de falsa alegría, y la última noche, acostada entre los brazos de Robert en mi habitación de la infancia, lloré y lloré, y le pregunté por qué.

—Porque es tu madre —me respondió.

Le retorcí los pelos que le cubrían el pecho. Detestaba que lo hiciera, pero no parecía poder contenerme; era algo que me consolaba, como chuparse el dedo. Lo soportó un rato y, finalmente, me sujetó la mano.

—Las madres siempre hieren a sus hijas —prosiguió—. Creo que es una especie de vestigio del instinto evolutivo. Hay peces que se comen las crías, ¿sabes?

No dije nada. Presentí que estaba empezando a ponerse profundo, que estaba adoptando su pose de filósofo. Casi pude notar cómo la adrenalina le recorría el cuerpo bajo la mano que tenía apoyada en su pecho, y sabía que una vez arrancaba, era capaz de pasarse media noche divagando sobre casi cualquier tema. Lo poco que pudiera preocuparse por mis sentimientos se disiparía pronto en medio de la energía de sus procesos mentales.

¡Dios mío, había que ver cómo le gustaba a ese hombre oírse hablar a sí mismo!

—Tal vez el ombligo en sí sea la principal herida que nos infligen nuestras madres —comentó a continuación.

Cuando Robert empezaba a hablar así, adoptaba siempre una entonación que equivalía a una fanfarria de trompeta, a un redoble de tambor, a un sonido de platillos. Al «tachán» definitivo que reclamaba que todo el mundo prestara atención a su inteligencia.

—El cordón umbilical se corta, pero jamás llega a estar cortado del todo. Llegamos al mundo sangrando y llorando, y nos queda para siempre una cicatriz que va hacia nuestro interior hasta llegar al núcleo mismo de nuestro ser.

Con los años había llegado a aborrecer la manera de pensar filosófica de Robert y el tono de superioridad con que hablaba para expresarla, pero tenía que admitir que lo que decía tenía sentido. Y mucho. Todas las mujeres tenían problemas con sus madres. Todos los psicólogos que he visitado parecían opinar que las relaciones maternas eran el tema lógico por el que empezar la psicoterapia. Hasta mi actual psiquiatra, el viejo idiota, admitía que había una partícula de verdad a partir de la cual se había formado la perla de este estereotipo.

Por eso me envió a casa, a Chulahatchie.

Enojada conmigo misma, me levanté y traté de cambiar el chip para no sucumbir al desánimo. Hacía un día precioso. Debería salir y absorber algo de vitamina D; dejar de andar como alma en pena. Y debería hacerlo antes de que mamá regresara o me quedaría clavada en casa todo el día.

Corrí escaleras arriba, recogí las llaves de mi coche y huí hacia la libertad.

Estaba merodeando por el pasillo de frutas y verduras del supermercado Piggly Wiggly, comprando un melón para contrarrestar la pizza suprema de base gruesa y el helado de Bunny Tracks que ya tenía en el carrito, cuando oí una voz que me llegaba desde detrás.

—Yo no me quedaría ése.

—¿Perdón? —Me volví.

Un hombre me dirigía una sonrisa mayúscula, acentuada por un hoyuelo a modo de tilde en la comisura de los labios.

—El melón —aclaró—. No está maduro.

Se me acercó lo suficiente como para que notara el calor que emanaba su cuerpo y me llegara el olor de su colonia afrutada. Retrocedí, cohibida de repente, y contenta de que, para apaciguar a mamá, esa mañana había hecho el esfuerzo de maquillarme.

—Dame, ya verás. —Cuando tomó el melón, me rozó los dedos con los suyos. Tuve la impresión de que había sido aposta, pero podía ser cosa de mi imaginación o puras ilusiones—. Tienes que presionar aquí, en el ombligo, y si está blando, es que está maduro.

—¿Desde cuándo tienen ombligo los melones? —dije.

Soltó una carcajada agradable, grave y afable, y se encogió de hombros antes de responder:

—Es por donde estaba unido a la planta, como con un cordón umbilical. ¿No equivaldría eso a un ombligo? —Dejó el melón en el montón, eligió otro y me lo entregó—. Prueba con éste.

—De acuerdo, gracias.

Tomó una naranja del expositor adyacente y la hizo rodar entre sus manos como si fuera una pelota de béisbol.

—¿Te apetecería ir a tomar café conmigo algún día?

—¿Café? ¿Algún día? —repetí como un loro tonto. Tomó dos naranjas más y empezó a hacer malabarismos con ellas, allí mismo, en la sección de frutas y verduras del supermercado.

—Sí —dijo—. Café o té, almuerzo o cena, lo que sea. —Tenía la mirada puesta en las naranjas que volaban arriba, a un lado, a otro, cada vez más y más deprisa—. Di que sí para que pueda parar.

No pude evitar reírme.

—Muy bien, sí.

—Gracias a Dios. —Atrapó las naranjas, las dejó de nuevo en el expositor y se giró hacia mí para decirme—: Me llamo Charles.

—Yo soy Peach. —Nos miramos mutuamente. No sé qué vería él, pero a mi me gustó lo que tenía delante. Era alto, con una cara redonda, juvenil, con algo de entradas y unos ojos agradables. No era ningún monumento, ni ninguna estrella de cine. Simplemente era un hombre de mediana edad corriente, simpático y moderadamente atractivo que me miraba a los ojos y parecía estar interesado en conocerme.

Desvié la mirada hacia su mano izquierda. No llevaba alianza, pero...

Me pilló y alzó la mano para enseñármela bien. Me fijé en la señal en el dedo anular: la sombra de un aro.

—Divorciado —aclaró—. O, mejor dicho, en trámites para serlo.

Mientras él me esperaba, regresé a la sección de congelados para devolver a su sitio el Bunny Tracks y la pizza suprema de base gruesa con doble de queso. Para qué dejar que el embutido italiano se estropeará o que el chocolate y el caramelo se derritieran en el asiento trasero de mi coche si sabía con certeza que no iba a volver a casa en un buen rato.

Salí sola al estacionamiento del supermercado, me subí al coche y seguí su monovolumen hasta un restaurante de carretera. Podía tener los ojos bonitos y un hoyuelo muy gracioso, y saber hacer malabares con la fruta, pero yo no era tan tonta como para subirme al coche de un hombre al que acababa de conocer. Aunque no creyera que era un asesino en serie, había visto muchos capítulos de CSI en su momento, y no iba a correr ningún riesgo.

Mis amigas solteras me habían contado qué había que hacer en estos casos. Primero café, en un lugar público.

Como faltaba poco para mediodía, acabó siendo un almuerzo. Un sándwich caliente de pan de centeno con patatas fritas y una cola *light*. Comimos y charlamos sobre cosas sin importancia, y a la hora del café pasamos a la fase de «conocernos mejor».

—Háblame de ti —pidió con una tranquilidad forzada.

—No hay mucho que contar.

—No seas modesta —sonrió—. Conozco Chulahatchie. Eres lo más interesante que ha pasado por aquí desde hace años.

Era una frase estudiada, y yo lo sabía, pero me di cuenta de que me había ruborizado como una adolescente el primer año de secundaria. La ciudad era como un pequeño estanque, y tiempo atrás yo había sido un pez bastante grande. ¿Era posible que Charles no supiera quién era?

Caí entonces en la cuenta de lo absurda que era la pregunta. Salvo alguna que otra visita obligada y el funeral de mi padre, había estado fuera de allí más de veinte años. Me había marchado siendo una reina de belleza y había regresado siendo una divorciada arruinada de mediana edad. No tenía, ni remotamente, el aspecto de ser *Miss Universidad de Misisipí* ni la tercera clasificada en el concurso de *Miss Misisipí*.

Además, yo tampoco lo reconocía a él. Aunque hubiera vivido en Chulahatchie durante mis días de gloria, era unos diez años o más mayor que yo. Cuando eres adolescente, no prestas atención a la gente que tiene treinta o cuarenta. Pueden ser vecinos tuyos, pero si no están en la órbita de tu realidad, no existen.

Puede que no supiera quién era yo o quién había sido. Puede que sí. No me importaba demasiado. Lo que me importaba era que me trataba como si fuera el ser más fascinante y atractivo que hubiera visto jamás, y que me observaba como si fuera increíblemente hermosa.

Si fingía, lo hacía muy bien. Lo bastante bien para engañarme. Lo bastante bien para que no me importara si me estaba engañando.

Por lo menos de momento.

Debo decir, en mi defensa, que mi relación inicial con Charles Chase fue una mera cuestión de herencia. Y con eso me refiero a mis genes.

—Eres una Bell —me ha dicho mi madre en infinidad de ocasiones a lo largo de mi infancia y de mi adolescencia, y hasta bien entrada la edad adulta, la verdad sea dicha—. Recuerda tu legado; todo se lleva en la sangre.

Al escribir las palabras «todo se lleva en la sangre», un escalofrío involuntario me recorrió todo el cuerpo.

La primera vez que oí esta frase era una niña, y me evocó unas imágenes que distaban años luz de lo que había pretendido mi madre. Como ya he dicho, era una ávida lectora, y ya a muy temprana edad sabía, gracias a los libros, que siempre podías localizar al asesino a partir de las muestras de sangre obtenidas en la escena de un crimen.

Eso no era, por supuesto, lo que mamá había querido decir.

Lo que ella había querido decir era que la línea de sangre de una chica era su fuerza y su poder ocultos, su carta ganadora en el juego de la aceptación social. La «gente» de uno, la estirpe de la que uno procedía, determinaba la posición que uno ocupaba socialmente. Una dama sureña no sólo tenía la responsabilidad de conocer y reverenciar a sus antepasados, sino también de invocar el sagrado apellidado para conservar o mejorar su posición.

Como mi abuela GiGi, por ejemplo.

GiGi vivía en un entorno bastante modesto, gracias a que el abuelo Chick se había bebido y jugado la fortuna de la familia Barclay. Pero nunca importó que GiGi viviera en una casita blanca llena de muebles y objetos pasados de moda. Ella era una dama. Era una Bell. Era el centro de gravitación de su propio universo. Y jamás dejó que nadie lo olvidara.

Especialmente yo.

Todos los veranos pasábamos un par de semanas en casa de la abuela GiGi. Recuerdo, en concreto, una de aquellas largas tardes sureñas en las que hace tanto calor y tanta humedad. Yo tendría unos cinco años, o puede que estuviera a punto de cumplir seis. Fue antes de que empezara a ir a la escuela, en cualquier caso. GiGi vino cuando me estaba echando una siesta, me despertó, me hizo sentar en el salón y, mientras el viento del ventilador eléctrico agitaba las páginas de la historia, me mostró exhaustivamente el álbum familiar de los Bell. Cinco generaciones de mujeres Bell, seis incluida yo misma. Ciento setenta años de Bell.

Alberta Bell, mi trastarabuela, era la matriarca de la Plantación Bell. Cuando la miré, fue como si me observara desde las imágenes oscurecidas en sepia de las fotografías familiares para ver si era digna del apellido.

—Alberta se consiguió a alguien de nivel cuando pescó a Adolphus Bell. —Mi abuela repetía este pareado como si fuera un mantra, como un conjuro mágico que fuera a capacitarme para hacer lo mismo. Dolph, como todo el mundo lo llamaba, era el chico más rico de cinco condados, el único hijo de Langford Bell, del área de la bahía de Chesapeake, en Virginia. Alberta era... bueno, jamás averigüé quién era Alberta en realidad ni de dónde procedía. Su historia, por lo que a GiGi concernía, parecía empezar cuando se casó con Dolph. Sospecho que pudo haber sido una chica pobre de los barrios bajos.

Pobre, pero lista. Cuando el joven Dolph se estaba preparando para ir al oeste a utilizar el dinero de su padre para ganar todavía más cultivando algodón en Tennessee, Alberta lo convenció de que debería casarse con ella informándole de que estaba esperando un hijo suyo.

Según me contó mi abuela, sin el menor asomo de desaprobación, unas cuantas preciosidades más de los alrededores de la bahía de Chesapeake podrían haber reclamado lo mismo, pero Alberta fue la que lo hizo de un modo más convincente. No estaba embarazada, claro. Ni de Dolph ni de ningún otro hombre, de hecho. Pero la estratagema funcionó, y para cuando el desventurado Dolph descubrió la verdad, ya estaba fuera del agua con el anzuelo quitado, disecado y colocado encima de la chimenea de Alberta.

Lo que me sorprendió de la historia no fue que implicara que Alberta había tenido relaciones sexuales, sino que mi propia abuela me la contara con un orgullo tan evidente, como si Alberta hubiese ganado el Premio Nobel a la Manipulación al coaccionar a Adolphus Bell para que se casara con ella mediante un engaño.

GiGi dejó claro, por supuesto, que no recomendaba esta táctica concreta, pero que en el caso de Alberta había funcionado y, al parecer, el fin justifica los medios si el resultado es un éxito. Y ahí estaba Alberta, erguida y orgullosa en el centro de la familia feliz junto con Dolph y sus siete hijos, tres niños y cuatro niñas. GiGi me contó que los chicos compraron tierras colindantes a las de su padre y ampliaron enormemente los dominios de la Plantación Bell. Las chicas se casaron con los cotizados hijos de los colegas de su padre, y la familia extensa creó una especie de territorio feudal, un feudo gobernado por el poder de la familia Bell.

Quise preguntar a mi abuela por qué el apellido Bell se había convertido en la seña distintiva del legado de nuestra familia en lugar del apellido de soltera de Alberta, y si había otros descendientes o no de los Bell por la región de Tennessee, quizá con el pelo y la piel más oscuros que el clan de los Bell original, rubio y con ojos azules. Dado el éxito evidente de Adolphus Bell con las mujeres, sospeché que podría haber otra rama del árbol genealógico de los Bell de la que

nadie hablaba.

Pero no lo saqué a colación. Al fin y al cabo, ésa no era la cuestión. La cuestión era que las mujeres Bell, empezando por Alberta, se casaban con buenos partidos, por más sinuoso que fuera el camino que los conducía hasta el altar. Alberta se merecía a Dolph. Consiguió lo que quería, y después educó a sus hijas para que eligieran con inteligencia, como ella había hecho. El clan de los Bell prosperó, por lo menos hasta que los yanquis llegaron al sur de saqueo en saqueo. Pero incluso después de que la casa de la plantación se hubiera quedado sólo con las paredes desnudas, como un cráneo hueco en medio de los campos de algodón devastados, los Bell seguían conservando la dignidad, su lugar en la sociedad y el apellido.

Si todo se lleva en la sangre, parece que tengo una cantidad desproporcionada del ADN de la tristarabuela Alberta.

Pero no contaré ese secretito a mamá. Dejaré que piense que tardé mucho, pero que mucho rato, eligiendo un melón en el supermercado Piggly Wiggly.

Capítulo 6

Había prometido al idiota de mi psiquiatra que lo llamaría una vez a la semana para informarle sobre mis progresos. Le expliqué que estaba escribiendo un diario, le hablé de las nuevas percepciones que estaba adquiriendo sobre mi familia de origen y le conté el tiempo que pasaba con mamá y todos los sentimientos negativos que esta interacción me suscitaba. Eran básicamente paparruchas psicoterapéuticas, y seguro que se dio cuenta de ello en un nanosegundo si es que estaba medio despierto, pero todo este ritual nos hacía sentir mejor a ambos. Además, cobraba ochenta pavos la hora por fingir que me escuchaba, así que quería asegurarme de que se los ganara.

Lo que no le dije era que estaba mintiendo a mi madre diciéndole que iba a la biblioteca cuando, en realidad, me reunía y me acostaba con Charles Chase en una pequeña cabaña de pesca apartada a orillas del canal de Tennessee-Tombigbee.

La primera vez que habíamos ido a la cabaña del canal había sido por la tarde. Charles había ido en su coche y yo lo había seguido en el mío sin prestar demasiada atención, de modo que me costó mucho encontrar el sitio por mí misma a oscuras. Al final tuve que llamarlo al móvil tres veces y llegué frustrada, agotada y sintiéndome como una tonta desvalida.

Charles no pareció darse cuenta. Salió a buscarme al coche, me tomó la mano y subió conmigo los peldaños hasta un porche que daba al canal. Me sentí, aunque sólo por un instante, como Cenicienta en el baile.

Había visto la cabaña de día, y sabía que era rústica, pero esta noche parecía salida de un cuento de hadas, con velas encendidas en todas las superficies horizontales.

Charles me había puesto una mano en la zona lumbar para llevarme hacia el interior. Una vez dentro, me hizo sentar en un sofá combado y me puso una copa de vino blanco en la mano.

—He preparado la cena —anunció.

Oculté una sonrisa y fingí no ver la caja de comida preparada del supermercado en la encimera de la cocina.

Se sentó a mi lado con el brazo extendido con indiferencia sobre el respaldo del sofá de tal modo que el dedo pulgar me acariciaba el omoplateo como si fuera por casualidad. El contacto me agudizó todos los sentidos desde el cuello para abajo y me dejó el cerebro totalmente aturdido.

Nos bebimos el vino, abrimos una segunda botella y nos la llevamos fuera, al porche con mosquitera, donde una rosa solitaria adornaba una mesa puesta para dos personas. La noche nos envolvió como una colcha oscura, cálida y pesada. Al otro lado de la mosquitera pude ver el brillo de la luna flotando en la superficie del agua.

Tendría que haber sido romántico. Estaba planeado para que fuera romántico, hasta el último detalle.

Aun así, faltaba algo. Pero había tomado demasiado vino para poder deducir qué era o por qué hacer el amor con Charles Chase me había dejado triste y vacía por dentro.

Tal vez los genes de la trastarabuela Alberta no se habían diluido lo suficiente cuando llegaron a mis retorcidas cadenas de ADN, pero me daba bastante igual si era herencia suya, si era el destino o si era pura rebeldía.

Charles es irresistible. O, para ser más exacta, todo el asunto es irresistible. Tener que hacerlo a hurtadillas. Que sea algo prohibido. La subida de adrenalina. El atolondramiento. Charles hace que me sienta una mujer sexy, atractiva, apetecible, y me acerco irresistiblemente a él como un colibrí al agua azucarada.

Corrijo: me hacía sentir como una jovencita.

Del mismo modo que había retrocedido hasta mi infancia en cuanto empecé a recorrer el camino de entrada hacia Belladonna, ahora rebobinaba hasta la adolescencia con sólo pensar en Charles Chase. Cuando lo tenía cerca, se me activaba el sistema nervioso al completo, y cuando no estaba a mi lado, pensaba constantemente en él. Repetía mentalmente nuestras conversaciones. Imaginaba su voz, sus ojos y su sonrisa. Escribía su nombre en la parte posterior de mi diario y después arrancaba las páginas, las rompía en mil pedacitos y las tiraba a la basura. Fantaseaba sobre él por la mañana y soñaba con él por la noche.

Era una estupidez. A pesar de todo, en el fondo sabía que no estaba enamorada. Y cuando el vacío y la soledad me invadían después de nuestras citas secretas, tenía que alejar esos sentimientos de mí para no echarme a llorar.

Había roto el primer y único mandamiento de la escritura efectiva de un diario: no estaba contando la verdad. Estaba escribiendo lo que quería sentir, lo que quería que fuera cierto. Escribiendo palabras que me daban una dosis emocional en el momento de plasmarlas en un papel, pero que constituían un relato ficticio, una cortina de humo, a pesar de que sabía que la realidad estaba a la vuelta de la esquina, a la espera de que la aceptara.

Pero después del rechazo de Robert y de la consiguiente debacle de mi autoestima, la lujuria parecía un sustituto aceptable del amor, y la sensación de ser el objeto de la lujuria de otra persona era mejor todavía. Especialmente para una reina de belleza envejecida y venida a menos, cuya autoestima entera se cimentaba en las arenas movedizas del aspecto externo.

Tenía ojos en la cara; podía ver lo que Robert veía, lo que Charles veía ahora. No me pasaban desapercibidas las patas de gallo, la papada, las cartucheras y las arrugas de la risa. Puede que Charles me estuviera usando para subir un poco el ego alicaído, pero si tenía que ser totalmente sincera, era probable que yo también lo estuviera utilizando a él. La verdad pura y dura no me hacía sentir especialmente noble, pero por lo menos era transparente.

Más transparente que la trastarabuela Alberta.

Más transparente incluso que mi propia abuela GiGi.

Al terminar mi primer curso en la escuela en junio, mamá hizo las maletas y nos llevó

a casa de GiGi a pasar todo el verano. Siempre íbamos una o dos semanas, pero esta vez era diferente. Había cierta urgencia en ello, un propósito.

Todo el mundo fingía que esta visita prolongada estaba pensada para «dar un respiro a mamá», pero yo sabía la verdad. Desde el desastre de las clases de ballet, estaba más claro que el agua que mamá necesitaba ayuda si deseaba transformar a una niña recalcitrante como yo en la perfecta damita sureña. Sólo había una alternativa viable a la desesperación total: pedir refuerzos.

Al fin y al cabo, su propia madre lo había conseguido con ella. Y cuatro ojos ven más que dos.

Mi hermano, Harry, también vino, pero su presencia era meramente testimonial. Melanie tenía diecinueve años e iba a pasar el verano en el lago con unas amigas de la universidad. Papá tenía que encargarse de su bufete de abogados, y Harry, que sólo tenía nueve años aunque parecía pensar que tenía dieciocho, no podía quedarse solo en casa durante el día.

Como era varón, y por tanto no era susceptible de acogerse al programa formativo de mi madre, Harry podía hacer bastante lo que le diera la gana. Mis abuelos vivían en Waterford, una ciudad pequeña, limpia y segregada, situada en la zona septentrional de Misisipí. Waterford disponía de una piscina nueva, un muelle de pesca en el río y una plaza con un cine y una heladería, por lo que Harry estaba en la gloria. Durante dos meses vivió su sueño de libertad masculina, yendo dondequiera que le apeteciera y recreándose en la independencia que se le concedía exclusivamente con motivo de sus genitales.

La mujer cínica que hay en mí cree que hay cosas que nunca cambian.

Harry se pasó todo el verano haciendo nuevos amigos en el campo de béisbol y en la piscina, yendo a pescar con ellos, viendo películas como *Dos hombres y un destino* y *Ahí va ese bólico*, y sorbiendo batidos ruidosa y desenfrenadamente. Mientras que yo, en cambio, vivía como una prisionera, atrapada en un círculo inacabable de correcciones sociales con mamá en un lado y mi abuela en el otro.

Se acercaba mi séptimo cumpleaños, y la mayoría de la gente pensaría que era demasiado pequeña para estar sometida a semejantes rigores, demasiado inmadura para entender los principios que se me imponían. Pero la gente suele infravalorar la capacidad de comprensión de los niños. Además, mi madre se regía por la filosofía de que nunca era demasiado pronto para formar mi alma sensible y adecuarla al modelo de la dama sureña. Cuanto más fresca era la arcilla, más fácil era de moldear.

Aunque a esa temprana edad no tenía el vocabulario para articular todo lo que aprendí aquel verano, mi mente despierta e inquisitiva lo absorbió todo, mucho más, la verdad sea dicha, de lo que mi madre y mi abuela se imaginaban. Años después, cuando mi yo analítico pasó por el tamiz las capas acumuladas de experiencia infantil, salieron a la luz verdades que eran muy distintas a lo que mis antepasadas por vía materna habían querido enseñarme.

Los recuerdos me rebasaban. Brotaban como el agua de un embalse cuya presa se ha roto y me ahogaban, me dejaban exhausta y sin aire.

Fue un punto de inflexión. El verano en que tenía seis años cambió para siempre la forma en que veía a mi madre, a mi abuela y a mí misma.

Mi abuela, Georgia Bell Posner Barclay, a la que sus nietos llamaban GiGi, era el polo puesto de mi madre. GiGi era tan sumisa como mamá dominante. Cuando era pequeña, adoraba a GiGi y a mi abuelo, llamado Chick, precisamente porque no se parecían a los padres con los que compartía mi vida diaria. Pero aquel verano empecé a comprender que, mientras que mamá controlaba abiertamente, imponiendo su voluntad, GiGi lo hacía encubiertamente, sin que nadie se diera cuenta, mostrando una dulce pasividad.

Yo no era la única que adoraba a GiGi. Todo Waterford la adoraba, la veneraba en su altar, la consideraba el ejemplo de la perfecta dama sureña. Georgia Bell Posner Barclay no era una mujer, era una institución.

GiGi y Chick no tenían dinero que digamos; por lo menos, ya no. Tiempo atrás, según la leyenda familiar, el abuelo Chick había recibido una fortuna. Su padre, al que todo el mundo, Chick incluido, llamaba tío Bark, había logrado de algún modo sobrevivir a la Gran Depresión con su negocio maderero intacto. Había usado sus influencias con algún senador y se había hecho con un contrato para suministrar material al Works Projects Administration gubernamental para sus proyectos de obras públicas, así que cuando la Gran Depresión remitió, seguía llevando camisas de seda y contando con una bonita cantidad de dinero en el banco. Y sólo tenía un hijo: Clayton Barclay, mi abuelo. Cuando el tío Bark murió a los cincuenta y dos años de un infarto, Chick lo heredó todo: un legado económico que le debería haber permitido vivir por todo lo alto junto a mi abuela por el resto de sus días.

Pero Chick tenía talentos únicos. Si mi abuela GiGi era conocida en Waterford como la santa, Chick era el pecador. En menos de una década había logrado dilapidar su fortuna como consecuencia de inversiones absurdas, de una irresponsabilidad general y de bastantes viajes al canódromo, en West Memphis.

Para cuando Harry y yo llegamos, GiGi y Chick vivían en una modesta casita blanca en la esquina de las calles Third y Elm. Chick siempre hizo gran ostentación de ser el hombre de la casa; el señor del castillo que protegía a su mujercita. Pero entonces estaba empleado en el aserradero que todavía llevaba el apellido de su familia, y hacía veinticinco años que no tenía una camisa de seda.

El abuelo Chick lucía una estampa imponente, con la espalda ancha y abundante cabello cano en la cabeza. Siempre tuvo las mejillas rubicundas y una risa atronadora, y me sentaba en su regazo para hacerme cosquillas hasta que yo lloraba entre carcajadas y le suplicaba clemencia. Pero también lo había visto cuando olía a *whisky* y caminaba haciendo eses. Había estado despierta en la cama, en la habitación del desván, y había escuchado, sin respirar, cómo arrastraba las palabras con la voz cada vez más alta para gritar a GiGi. A pesar de lo mucho que lo quería, le tenía un poco de miedo.

En Waterford todo el mundo sabía a lo que GiGi había renunciado por Chick. Aseguraban que podría haber sido una mujer de fortuna, con una casa elegante y una herencia que transmitir a sus hijos. Podría haberse divorciado de él y haberse casado con alguien que fuera digno de ella. Dios sabía que tenía motivos suficientes, con todo lo que Chick bebía, apostaba e iba de juerga.

Pero se había quedado con él, fiel al compromiso matrimonial que había adquirido solemnemente treinta años antes. Había aceptado su suerte en la vida y, para bien o para mal, se

había dedicado a sacar algo de provecho de Chick. Santa Georgia se había martirizado ante el altar de la fidelidad matrimonial renunciando a su propia vida por la de su marido.

La dulce GiGi. La encantadora GiGi. La fiel, entregada y bendita GiGi, que hacía todo lo que podía para mantener a su réprobo marido por el buen camino. Yo también creía que era un genio y consideraba que era candidata a la canonización hasta que vi fugazmente cómo lo hacía.

Cooter Randolph, el productor local de *whisky* clandestino, era conocido por vender ilegalmente su licor a la mayoría de la población masculina de Waterford y de los tres condados circundantes. Mi abuelo no era ninguna excepción, y GiGi había decidido acabar con ello de una vez por otras.

Una tarde cálida de verano la seguí, evitando que me viera mientras recorría el bosque para ir a ver a Cooter. Llevaba una blusa y unas medias color azul lavanda pálido, unos guantes blancos y un sombrerito con unos pensamientos morados a un lado. Cuando llegó al alambique de Cooter, se encontró delante de una escopeta de caza de dos cañones, y me imaginé a mí misma interponiéndome en la línea de fuego para salvarle la vida.

Pero GiGi no pestañeó. Simplemente se sentó con cuidado en un tocón medio podrido, se puso bien los guantes y dijo en voz baja:

—Cooter, usted y yo tenemos que charlar un poco.

Yo había oído hablar de Cooter pero hasta ese momento nunca lo había visto. Corría el rumor que había cumplido sentencia en un centro penitenciario del estado por haber asesinado a un hombre que había entrado sin querer en sus tierras. Lo había matado de un disparo en el pecho sin preguntarle nada, según se contaba. Otra vez, al parecer, había cortado con un hacha la mano a un hombre que había intentado llevarse una caja de su licor sin pagarle nada por ella.

Se rumoreaba que Cooter Randolph era alguien con quien era mejor no meterse. Pero, visto de cerca, no tenía el aspecto de un asesino o de un monstruo. Tan sólo era un viejo triste y acabado, dominado por los temblores y alcoholizado. Era alto y larguirucho, con una barba de cuatro días y un puñado de dientes amarillentos. Miró a mi abuela con unos ojos llorosos y enrojecidos, y con una expresión patética y suplicante en la cara. Carraspeó y escupió un chorro de jugo de tabaco por el hueco que había entre sus dientes delanteros, y se sentó, tembloroso, en un tocón situado frente al que ocupaba ella.

—Supongo que esperaba su visita, doña Georgia —dijo.

Observé, detrás de él, las herramientas de su oficio: el alambique oxidado con su serpentín de cobre, el fuego lento bajo la caldera donde se destilaba el líquido, las hileras de jarras de arcilla y de frascos de cristal que esperaban recibir el licor casero que goteaba por el extremo de un tubo delgado. El aire del claro contenía las fragancias mezcladas del humo de madera y del alcohol de maíz.

GiGi lo miró fijamente con desdén.

—Si no me equivoco, Cooter, le ha estado vendiendo de nuevo *whisky* clandestino a Clayton, ¿verdad?

—Sí, señora —contestó Cooter con la cabeza gacha, como un niño al que están riñendo en clase por armar escándalo.

—Creía que habíamos llegado a un acuerdo al respecto.

—Sí, señora. Pero...

—¿Pero qué, Cooter? —La voz de mi abuela era suave, suplicante.

—Pero tengo que ganarme la vida, doña Georgia. Las cosas están muy mal y...

—Ya lo sé, Cooter —aseguró GiGi mientras le daba unas palmaditas en el mugriento brazo—. Y créame que lo comprendo. Pero ya sabe lo que opino sobre el *whisky* clandestino. Especialmente cuando llega a manos de mi marido.

Cooter empezó a estremecerse de pies a cabeza.

—No me denunciará al sheriff, ¿verdad, doña Georgia? —suplicó—. El médico dice que tengo mal el hígado, y si tuviera que ir a la cárcel, bueno, no lo resistiría, le juro por Dios que no.

—¿Está casado, Cooter? —preguntó la abuela tras reflexionar un instante.

—Lo estuve —gruñó Cooter.

—¿Y vive en esa cabaña de ahí? —GiGi señaló con un immaculado dedo enguantado una choza de la que el bosque prácticamente se había adueñado de nuevo.

Cooter asintió. Su mirada chocó con la de mi abuela y se desvió rápidamente.

—Muy bien —lo calmó—, le diré qué vamos a hacer. Usted dejará de vender su licor casero a mi marido y yo me encargaré de que usted coma caliente todos los días. Da la impresión de que le iría bien comer como es debido, ¿verdad, Cooter?

—Sí, señora —asintió el hombre con una sonrisa avergonzada—. Últimamente no como demasiado.

—Haré los preparativos. ¿Quedamos de acuerdo, entonces? —Le dirigió una sonrisa extraña, fría.

—Sí, supongo que sí.

—Me alegra que nos hayamos entendido. —GiGi se levantó y se alisó la falda—. Bueno, ya me tengo que marchar.

Cooter se puso de pie de un brinco.

—Le pido disculpas por haberla molestado, doña Georgia. No volverá a pasar.

—Estoy segura de que no, Cooter —dijo la abuela con soltura—. Muy segura.

—Iría con usted hasta la carretera, doña Georgia, pero tengo que vigilar el alambique —comentó Cooter tras despedirse caballerosamente con la cabeza casi a modo de reverencia.

—No hace falta que me acompañe —dijo GiGi como si se estuviera marchando de una fiesta. Y entonces, dio la espalda a Cooter Randolph, a su alambique y a su escopeta cargada y regresó a casa por donde había ido.

La seguí todo el camino hasta la ciudad y observé cómo andaba, con la cabeza muy alta, mientras los pensamientos del sombrero cabeceaban suavemente. Pensé que era una auténtica dama, que se preocupaba por los menos afortunados. Hasta había tratado a alguien como Cooter Randolph con respeto. Iba a proporcionarle comida para que no se muriera de hambre allí, en el bosque. Tenía una abuela de lo más humanitaria, que se ocupaba de las necesidades de un pobre alcoholico que producía *whisky* clandestino. Me sentí orgullosa y humilde por llevar los apellidos Bell y Posner.

La burbuja de euforia familiar en la que me había aislado estalló esa misma tarde. Estaba sentada en el porche trasero comiendo una rodaja de sandía, algo que GiGi no permitía dentro de la casa, y oí por casualidad cómo ella y mi madre hablaban sobre su encuentro con Cooter Randolph.

—¿Le dijiste que le suministrarías comida caliente todos los días? —La risa suave de mi madre contenía un tono de reprimenda burlona—. No me lo puedo creer, mamá. ¡Le mentiste!

—Una dama jamás miente —la corrigió GiGi con altanería—. Le dije que me encargaría de que comiera caliente todos los días. Y eso es exactamente lo que hice. En la cárcel estará bien alimentado.

¿La cárcel? ¿Estaba mi abuela, la dulce santa de Waterford, enviando a aquel pobre viejo enfermo a la cárcel?

—Clayton me llevó directamente donde Cooter —prosiguió GiGi—. Y no se dio ni cuenta de que lo estaba siguiendo. El sheriff Ketchum lleva meses buscando ese alambique. Ahora dispone de una información anónima que incluye indicaciones que le conducirán al sitio exacto mejor que un mapa de carreteras. Mañana, a esta hora, aquel trasto del demonio acabará hecho mil pedazos y quemado, y si también se incendia aquella vieja choza, mejor. Nadie sabrá jamás que yo tuve nada que ver en ello.

Pasiva. Siempre había creído que mi abuela era la clase de dama sureña pasiva. Jamás se me había ocurrido pensar que una dama pasiva pudiera lograr lo que quería y, aun así, encontrar la forma de conservar intacta su fama de dulzura. Años después, cuando estudié psicología y me crucé por primera vez con el término «pasivo-agresivo», me vino a la cabeza una imagen que aguardaba ser etiquetada: GiGi, delante de la escopeta de Cooter Randolph, con la espalda tiesa como un palo y una expresión sonriente, fría y calculadora en los ojos.

No me pude terminar la sandía. Con un nudo en la garganta y los ojos llenos de lágrimas me imaginé al tambaleante Cooter con el semblante triste y acabado. Estaba segura de que la cárcel iba a matarlo, y aunque no fuera así, ¿qué le quedaría cuando saliera? ¿Los restos calcinados de una cabaña que había sido su hogar tiempo atrás? ¿El recuerdo de que una dama sureña refinada y mañosa lo había engañado y le había arrebatado su patética vida?

En aquel momento, la adulación que sentía por mi abuela sufrió un daño irreparable. Su santidad. Su pasividad melosa. Todo había sido un engaño. Un engaño muy bueno, pero un engaño al fin y al cabo.

Cooter Randolph nunca vendió otra gota de licor al abuelo Chick. Ni a nadie más, en realidad. Murió a las seis semanas de su condena de tres meses, y fue enterrado sin ceremonias en tierra de nadie, entre el cementerio de los blancos y las parcelas reservadas a los negros. A partir de aquel día, el jefe del Aserradero Barclay entregaba la paga de mi abuelo personalmente a GiGi todos los viernes. Y el director del banco, el señor Longchamps, no le daba un centavo de su propia cuenta sin hacer antes una llamada telefónica a doña Georgia para que le diera el visto bueno.

El bosque, después de todo, estaba lleno de personajes como Cooter, y Chick los encontraría si tenía un dólar en el bolsillo. Según oí que GiGi decía a mamá, lo hacía todo por el bien del abuelo Chick.

Narré la historia con todos los detalles que pude recordar y me senté después un buen rato pensando en la manipulación de mi trastarabuela, en el engaño de mi abuela, en el control de mi madre. Pasado un rato, empecé a escribir de nuevo:

¿Es ésta la herencia de las mujeres Bell, el legado que estoy destinada a perpetuar?

Algunas mujeres, como mi madre, dominaban ejerciendo la considerable fuerza de su voluntad. Otras, como GiGi, lo hacían mediante la manipulación mientras conservaban una fachada de sumisión y de dulce feminidad. Pero el resultado era el mismo: una dama sureña siempre consigue lo que quiere. Y si se le da realmente bien, como a mi abuela, aparece como la sufrida víctima de la insensibilidad de otras personas. Un modelo de rectitud y honradez. Una mártir.

El día en que Cooter Randolph fue a la cárcel, la frágil red de mi inocencia infantil empezó a desenredarse. La aureola de santa Georgia empezó a perder el brillo. Y yo, a la temprana edad de seis años, empecé a recorrer un camino que acabaría llevándome a desbaratar los planes para convertirme en una dama sureña que tenía mi madre.

En ese momento inicial de simpatía por el pobre y enfermo Cooter Randolph, hice algo inimaginable, impensable.

Tomé partido por los desvalidos.

Capítulo 7

Una vez Harry se sumía en su rutina diaria, dividido entre la pesca, el béisbol, las películas y los batidos, mamá y GiGi se dedicaban a la tarea de «formarme».

Era una auténtica tortura, y lo más curioso de todo es que las dos parecían creer que tendría que gustarme, que tendría que pasármelo bien con ello. O que, si no me gustaba, por lo menos tendría que fingir que sí. Este arte del fingimiento fue una lección que me costó aprender.

Una de las principales directrices que rigen los actos de una dama sureña es que jamás, en ninguna circunstancia, debe permitir que los demás se sientan incómodos en su presencia. En su papel de anfitriona, sirve de catalizadora de la reunión, curando cualquier sentimiento herido, sonriendo, calmando las aguas entre sus invitados.

En los seis años y medio de mi corta vida había visto aquella expresión falsa en el rostro de mi propia madre, pero todavía carecía de la capacidad de articulación suficiente para explicarlo. La petrificada sonrisa forzada que no le llegaba a los ojos, la máscara de simpatía. La había llevado puesta el día que acompañó a mi amiga Dorrie a la puerta principal para que saliera para siempre de mi vida, y la llevaba puesta cada vez que tenía delante a alguien, en especial cuando ese alguien la irritaba. Al fin y al cabo, una dama sureña no cedía a las emociones negativas. Había que mantener las apariencias a toda costa.

Pero esta afabilidad refinada no parecía aplicarse a los miembros de la familia de una. Estaba conectada, de alguna forma metafísica y mística, con las bisagras de la puerta principal. Cuando ésta se cerraba después de marcharse el último invitado, la máscara se desvanecía y los sentimientos reales se reafirmaban. La traducción que hacía de esto mi mentalidad infantil a los seis años era: tienes que ser agradable con las personas que no te gustan, pero puedes ser lo desagradable que quieras con la gente a la que quieres.

Todo este fingimiento educado me confundía y me frustraba, especialmente porque mi madre era totalmente intratable con respecto a las mentiras. Ella no usaba la palabra «mentira», claro. Ella lo llamaba «tergiversación». Seguro que era la única niña de mi edad que sabía deletrear, definir y conjugar el verbo «tergiversar» sin pensárselo dos veces.

Y, para gran consternación de mi madre, yo tenía la costumbre de tergiversar. La adquirí de una forma bastante natural: como ya dije, mi padre era un cuentista consumado, y rara vez dejaba que una conciencia escrupulosa con la verdad se

interpusiera en una buena historia. Si era buena, con el drama, el patetismo o el humor suficiente, la contaba. Y después volvía a contarla con las elaboraciones y los cambios editoriales pertinentes, según quién le escuchara.

Mamá, sin embargo, no tenía paciencia para contar historias. Y cuando yo contaba una, cuando tergiversaba o adornaba la verdad siquiera un poquito para lograr un mayor efecto, me soltaba un sermón que me dejaba tambaleando.

Mi madre jamás me pegó. Sus sermones, o incluso sus miradas silenciosas de reproche, bastaban para que me encogiera, sumisa. Cuando carraspeaba, yo dejaba de hacer lo que estuviera haciendo y me ponía rígida, a la espera de ser corregida. Una vez, cuando tenía unos cinco años, estaba tumbada en la alfombra del salón, absorta en un libro, y ella entró en la habitación y tosió. Dos veces.

Me levanté de un brinco, con el corazón acelerado, intentando discernir qué había hecho mal para poder confesarlo, entre lágrimas si era preciso. Se me quedó mirando con dureza mientras yo esperaba mi castigo en posición de firmes, y por un instante su expresión se suavizó para mostrar algo parecido a la compasión.

En aquel fugaz momento, creí que iba a disculparse y a decirme que sentía haber sido tan dura conmigo.

Se llevó entonces una mano a la garganta y comentó:

—Creo que he pillado un resfriado. —Se metió en el cuarto de baño y rebuscó el jarabe para la tos en el botiquín. Jamás hablamos de este incidente, pero viví durante años con la esperanza de volver a ver aparecer aquel punto débil.

Nada provocaba tanto la ira de mi madre como la falsedad, pero no parecía ver la relación entre mentir y la clase de farsa social que ella y mi abuela intentaron inculcarme durante aquel largo y caluroso verano en Misisipí.

—Una dama sureña es siempre educada y gentil, Priscilla, sin importar lo que piense de una persona. —GiGi repitió estas palabras por enésima vez—. Sonríe y entabla conversación sobre temas banales, y muestra siempre interés por lo que están diciendo los demás.

Había visto la técnica de cerca en la interacción de mi abuela con Cooter Randolph. Y aunque en aquel momento había admirado su comportamiento, el resultado final de la farsa me provocaba una sensación extraña.

Aparentemente era una idea amable, plenamente sureña: ser educado con la gente aunque no puedas verla ni en pintura. Pero bajo esa capa superior circulaba una corriente subterránea de agua contaminada, y yo había observado personalmente el daño que podía hacer si salía a la superficie. Me recordaba el lobo disfrazado con el camisón de la abuela en el cuento de *Caperucita roja*. ¡Qué dientes tan grandes tenía esta costumbre de cordial duplicidad!

Aquel verano tuve muchas ocasiones de practicar las sonrisas y la conversación banal. Prácticamente cada día venían señoras a tomar el té o nosotras íbamos a sus casas. En su mayoría eran amigas de mi abuela, y aunque algunas de ellas rozaban ya la

senilidad, todas eran unas auténticas damas. Hasta la vieja Letitia Sutterfield, que no dejaba de insistir en que la prometida yanqui de su nieto era una espía soviética que había sido enviada allí para cargársela y robarle la herencia con objeto de expandir la causa del comunismo en el mundo libre.

—Ya lo sé, Tisha —dijo mi abuela mientras daba palmaditas en la mano a la anciana y le ofrecía pastitas de té—. Como Mata Hari. Pero no te preocupes, no te pasará nada.

Eran las palabras adecuadas, pero cuando doña Letitia no la veía, dirigió una mirada que lo decía todo a mi madre. Era una expresión que daba a entender que aquella viejecita tendría que estar encerrada. Por su propio bien, por supuesto.

Yo estaba ahí sentada, con la taza de té en la mano, dudando entre dos sentimientos contradictorios. Por una parte, tenía la tentación de reírme con ellas a costa de la vieja loca. Pero por otra parte, me daba pena. Podía estar un poco chiflada, pero era una viejecita encantadora que creía de verdad, aunque equivocadamente, que sus temores eran fundados.

Mi educación no me permitía contradecir a mi madre y a mi abuela en la cara, y mi conciencia no me dejaba convertir a la pobre Letitia Sutterfield en blanco de una broma cruel. Permanecí petrificada, con los labios paralizados formando la sonrisa de una dama sureña. Fue, según la expresión favorita de mi madre, «una experiencia didáctica».

Antes de que terminara el verano sabía esbozar a la perfección aquella sonrisa hueca. La conversación banal era más difícil de dominar.

Al parecer una de las características de una auténtica dama sureña es la capacidad de charlar un buen rato sin expresar una sola opinión que pueda ofender a alguien. Expresiones inofensivas como «¿De veras?», «¡Ay, caray!» o «No me digas» salpicaban el salón como servilletas abandonadas. Jamás oí una sola palabra que me pareciera interesante, salvo quizá la historia de doña Letitia sobre la espía. La mayoría de la conversación parecía pensada para atrofiar la imaginación más que para estimularla. Pero yo observaba fascinada y maravillada cómo mi madre y mi abuela jugaban a ese juego, siempre con aquella sonrisa en los labios, hasta que la puerta se cerraba con un crujido de finalidad y el té de la tarde había tocado a su fin.

Pero ese verano hubo una persona a la que encontré realmente interesante: la «chica» de mi abuela, Molly-Faith Johnston.

Molly, que tendría por lo menos sesenta años, era una mujer negra, corpulenta y pechugona con el cabello blanco y ondulado, y una piel lustrosa. Su marido, Stick, y ella trabajaban para GiGi y el abuelo Chick. Stick cuidaba del jardín y hacía arreglos en la casa, y Molly venía todos los días laborables a las nueve de la mañana para hacer la colada, limpiar y cocinar.

GiGi insistía en que Molly y Stick «formaban parte de la familia», pero incluso con seis años, yo sabía que no era así. La familia no se sentaba en el porche trasero a almorzar con el plato en el regazo mientras que todos los demás estaban en el comedor, alrededor de una gran mesa.

Yo adoraba a Molly, que me tenía fascinada. Se reía a carcajadas sonoras y

campechanas, su abrazo era suave y mullido, y no me hablaba con aires de superioridad ni se comportaba como si mis preguntas fueran estúpidas o carecieran de importancia. Mientras se dedicaba a sus quehaceres, cantaba espirituales negros con una voz grave y melodiosa, y cuando le pregunté qué significaban, me habló sobre sus antepasados que llegaron a Misisipí en las bodegas oscuras de un barco negrero para trabajar en las plantaciones. Me habló sobre la libertad y la esperanza, y sobre su precioso Jesús, que amaba a todas las personas, fuera cual fuera el color de su piel.

—Por Dios, chiquilla —me dijo un día después de que me hubiera pasado una hora sentada en un taburete a su lado—, ¿no te han contado nada sobre tu linaje? Con esos ojos castaños que tienes, seguro que tienes a alguien tirando a carbón en alguna parte.

Rió hasta que las lágrimas le resbalaron por la gruesa nariz negra y, a continuación, empezó a contarme cómo los amos blancos del sur habían engendrado a menudo niños mulatos con las bonitas chicas jóvenes que trabajaban en sus casas y en sus campos. Aquello era una novedad para mí; una novedad que me fascinó y que me alarmó. Sabía lo suficiente sobre los hombres y las mujeres para darme cuenta de que era posible, pero jamás me había planteado las ramificaciones. Siempre me habían enseñado que las razas jamás se mezclaban. Según mi madre y mi abuela, mi linaje Bell era blanco como la nieve e inmaculado.

Y ahora Molly se partía de risa y señalaba mis ojos castaños como prueba de que algunos de los Bell, incluida yo, al parecer, podríamos tener una o dos gotas de sangre africana en las venas.

La idea no me ofendió en absoluto; al contrario, me intrigó. Me dio un motivo que justificaba la conexión que tenía con Molly, y me llenó de una sensación de poder. Aquella posibilidad de que yo, una Bell-Posner y una dama sureña en ciernes pudiera ser portadora de alguna anomalía genética clandestina que mi familia había mantenido oculta a ojos de todo el mundo era deliciosamente subversiva.

Me habían enseñado la guerra de Secesión, naturalmente. Me habían contado cómo mis antepasados habían luchado valientemente, aunque en vano, para conservar sus plantaciones y sus vidas. Me habían explicado que los Bell trataban bien a sus «negras», que las querían y cuidaban de ellas como uno haría con una mascota muy apreciada por la familia. Pero nunca, hasta aquel momento, se me había ocurrido pensar en el otro lado de la historia.

Fue el segundo paso en mi descenso, la segunda oportunidad que tuve ese verano de identificarme con los intocables. No se lo conté a mi abuela ni a mi madre, por supuesto. Había aprendido la lección a raíz del incidente con Cooter Randolph, y no tenía la menor intención de ver cómo Molly se convertía en la siguiente víctima de las maquinaciones de mi abuela.

Me guardé mis pensamientos para mí, y los atesoré, ocultos a los demás, en lo más profundo de mi corazón. Mis conversaciones con Molly me provocaron una sensación que tardé años en identificar y comprender. Lo único que sabía entonces era que se trataba de una sensación buena, la sensación de estar enterada de un gran secreto vital que mi familia no sabía, o si lo sabía, se negaba a admitir.

Todo aquel verano, dividí mi tiempo entre las sesiones de formación que mamá y GiGi me habían organizado y esas horas preciosas en la cocina, absorbiendo la sabiduría, la esperanza y el amor de Molly. Y cuanto más tiempo pasaba con Molly, más vacíos y falsos me parecían los buenos modales que me estaban inculcando en mi cabecita infantil.

Mi madre creyó que el verano había sido una gran victoria, una idea brillante, un éxito apabullante. Había aprendido a poner una mesa estupenda y a comportarse con cierta apariencia de elegancia, o si no con elegancia, por lo menos con menos torpeza. Había dominado el arte de la sonrisa, de sostener una taza de té sin que tintineara, y de parecer estar interesada al oír una conversación insustancial. Me habían enseñado a pensar antes de hablar, a ser educada con gente detestable, a no levantar la voz.

Lo que mamá no sabía era que había aprendido otra lección, una que ella nunca se había planteado enseñarme. Esta lección, que Molly-Faith Johnston me enseñó con su ejemplo más que con preceptos, consistía en valorar mis opiniones personales y no dejar que nadie me convenciera para que actuara en contra de mi propio criterio.

Consistía en ser consecuente conmigo misma.

Capítulo 8

Lo estoy escribiendo todo en mi diario. Todos los recuerdos, todos los detalles de aquellos días de mi infancia con mamá y con GiGi en los que intentaron amoldarme a la imagen de la perfecta dama sureña y a prepararme para mi debut en el mundo de los concursos de belleza. Todos los sentimientos, todas las contradicciones. Páginas y páginas. Secuencias inéditas, sin editar, de mi educación, de mi renuente transformación de ángel que calzaba unas botas robadas en Reina de la Soja y *Miss* Universidad de Misisipí.

Por más que deteste admitirlo, puede que mi psicoterapeuta tuviera razón. Volver a casa para revivir los recuerdos familiares de mi infancia, como mamá, Belladonna o el mismo Chulahatchie, me trae a la memoria toda clase de cosas que creía que había olvidado para siempre. Dios sabe que no son recuerdos forzosamente felices, pero es lo que tiene ser un estereotipo psiquiátrico.

Me encantaría creer que la capacidad de aprender de las experiencias vividas aparece de forma innata e inevitable con la edad, como las hemorroides, las canas y las manchas de la vejez. Haría que todo este proceso fuera muchísimo más fácil. No tendría que esforzarme tanto; sólo tendría que esperar. Pero entonces miro a mamá y me doy cuenta de que si la sabiduría se obtiene automáticamente con la edad, ella tiene que haber encontrado la fuente de la inmadurez hacia los seis años, porque todavía sigue creyendo que el mundo gira a su alrededor.

Como mi psiquiatra me recuerda constantemente, no puedo controlar las elecciones de los demás. Sólo puedo elegir cómo reacciono ante ellas. Estoy intentando aprender a ser un termostato antes que un termómetro, pero incluso cuando llevas tu propio clima contigo, las madres saben cómo cambiar la previsión meteorológica y provocar tormentas sin avisar.

Como hoy.

—Priscilla —dijo mamá—. Me gustaría hablar contigo

Abrí los ojos de golpe, busqué a tientas el reloj de la mesita de noche, y miré qué hora era. Las siete menos cuarto. De la mañana.

Durante todo el tiempo que duraron mis dieciocho años de encarcelamiento bajo el techo de mamá, jamás necesité despertador. Cada bendita mañana de mi vida, se acercaba a la puerta de mi cuarto y me despertaba, normalmente dispuesta a soltarme alguna crítica que ya llevaba preparada, como si fuera un pecado mortal perder un solo segundo del día sin intentar corregir mi proceder descarriado.

—Por Dios —gruñí—. Dame un respiro, por favor. Ayer noche llegué tarde.

—Precisamente —respondió—. El desayuno se servirá en la veranda en quince minutos.

Café. Si no iba a dejarme dormir, necesitaba café. Quizá con un chorrito de alcohol para la resaca. Me levanté y me arrastré escaleras abajo, descalza, todavía con el pijama de rayas de algodón puesto.

Sabía que mamá tendría algo que decir sobre el pijama. No soporta esta prenda de ropa; no sólo este pijama concreto, sino ninguno. Insiste en que ninguna dama que se precie llevaría uno, y pone su colección de camisones y saltos de cama de raso a juego como ejemplo de la ropa de dormir adecuada. Hasta tiene zapatillas con una borlita que combinan con ellos.

Sospecho que está conectada con el fantasma de Loretta Young, pero no me atrevería a decirlo en voz alta.

El aroma a café y a beicon me llevó hacia la parte trasera de la casa, y me desvié hacia la cocina, donde la «chica» de mamá, Matilda, estaba delante de los fogones. Tildy, tal como la llamábamos, era una mujer de sesenta y tres años y algo más de metro noventa de altura, delgada como un fideo, que tenía el pelo ondulado lleno de canas, una espléndida piel morena y unos enormes pies planos. En cuanto me vio, apartó la sartén del fuego, la dejó a un lado y se secó las manos en el delantal.

—Hola, mi niña. —Tildy abrió los brazos y me dio un achuchón huesudo con el que me presionó toda la cabeza contra su pecho. Podía oír cómo le latía el corazón en la caja torácica tan nítidamente como si lo estuviera escuchando a través de un estetoscopio. Fuerte, regular y fiable, como la misma Matilda.

Olía a beicon y a magnolias. Tomé mentalmente nota de la interesante yuxtaposición para poder detallarla después en mi diario. Podría tratarse simplemente del lavavajillas con fragancia de limón, pero me gustaba muchísimo más la idea de las magnolias.

—¿Cómo está mi dulce Peach? —preguntó—. ¿Y cómo es que no hemos tenido tiempo de hablar desde que volviste a casa?

—Ya sabes cómo me va. Mamá te lo cuenta todo.

—Supongo que sí. —Tildy sonrió—. Me sabe muy mal lo de Robert y tú.

Noté que los ojos se me llenaban de lágrimas y pestañeeé para contenerlas.

—Estoy bien —aseguré.

—No lo estás —me contradijo—. Pero lo estarás. Tienes huevos.

—¿Tengo huevos? —dije con una carcajada—. Bueno, eso espero. Si son los que tú preparas para desayunar, quiero decir.

Tildy sacudió la cabeza, resignada.

—Revueltos con un poco de cebolleta, como a ti te gustan. Me imagino que querrás sémola de maíz con queso. En el horno hay galletas recién hechas.

—Perfecto —dije—. Después charlaremos. Tengo que tomar un café y enfrentarme al dragón.

—¿Está tu madre furiosa contigo por algo?

—¿Todavía respira? —pregunté, encogiéndome de hombros.

Tildy se rió como una niña pequeña y agachó la cabeza.

—¡Qué mala eres! Eres realmente mala.

—Puede que sí. Pero, por lo que veo, no me contradices.

Tildy me ahuyentó de la cocina hacia la veranda trasera, donde mamá me estaba esperando.

Como Belladonna está orientada al este, hacia la luz matutina, la veranda trasera está en la

sombra y se mantiene fresca hasta media tarde incluso en pleno verano. Mamá estaba sentada a la mesa de mimbre blanco totalmente maquillada, luciendo un camisón lavanda suelto, su correspondiente salto de cama y unas zapatillas a juego, puesta como si realmente se creyera una estrella cinematográfica susceptible de ser fotografiada en cualquier momento.

A esta hora de la mañana, el suelo de ladrillos estaba frío para ir descalza. Me serví una taza humeante de la cafetera que había en el aparador, me senté y escondí los pies bajo el trasero. Un vistazo al semblante de mamá y deseé poder ocultarme toda yo con la misma facilidad.

Mamá no se había guardado un pensamiento para sí misma en toda su vida, por lo menos en lo que a su familia se refería. En público, podía mostrarse gentil en todo momento y conservar una apariencia propia de una dama tanto si estaba aburrida como una ostra como si le hervía la sangre.

Pero con nosotros, aun cuando tuviera la boca cerrada, que no era nada a menudo, su cara reflejaba todo lo que le pasaba por la cabeza. Esta mañana tenía aquella expresión tan suya con el rostro demacrado y contraído con la que mostraba su desaprobación. Estoy segura de que si pudiera verse en el espejo y se diera cuenta de la clase de arrugas que le salían al ponerla, jamás llegaría a reponerse.

Sorbí el café y esperé. Ella también esperó. La tensión entre ambas se fue estirando como el caramelo hilado, y cuando estaba a punto de romperse, las dos hablamos a la vez:

—Priscilla, eres una mujer adulta y no es asunto mío, pero...

—Mira, mamá, soy una mujer adulta y no es asunto tuyo...

Si hubiera sido cualquier otra persona, nos habríamos echado a reír. Por lo menos estábamos de acuerdo en dos cosas: en que yo era una mujer adulta y en que mi vida no era asunto suyo.

Salvo por aquella inofensiva palabrita bisílaba: «pero».

«Pero» era la preposición que regía la vida de mi madre y estropeaba cualquier palabra de aliento que pudiera haber salido alguna vez de su boca.

«Estás preciosa, mi vida, pero...».

«Claro que me gusta tu novio, pero...».

«Naturalmente que quiero que seas feliz, pero...».

Nada ha sido jamás bastante bueno para ella. A los diez años, conseguí el papel de Glinda, la Bruja Buena, en la función escolar de *El mago de Oz* por encima de unas cuantas niñas que iban un par de cursos por delante de mí, pero ella estaba convencida de que tendría que haber sido Dorothy. Cuando pesaba cincuenta y cinco kilos, ella creía que podría soportar perder un par de kilos más. Después de que ganara el título de Reina de la Soja de Misisipí en la feria estatal, empezó a planear mi participación en el concurso de *Miss Universidad de Misisipí* antes de que la tiara perdiera su brillo. Y no hablemos de su reacción cuando sólo quedé tercera en el de *Miss Misisipí*.

A pesar de toda una vida llena de ejemplos que demostraban lo contrario, creí ingenuamente que comprometerme con Robert, una estrella en alza entre los jóvenes profesores de la Universidad de Carolina del Norte en Asheville, podría ser suficiente para ella. Pero no. Le parecía que me habría ido mejor casándome con un doctor de verdad que con un simple doctor en filosofía.

—Al fin y al cabo —afirmó—, no es la clase de doctor que pueda ayudar de verdad a nadie.

De modo que ahí estaba de nuevo mamá, haciendo gala de sus «peros»: «No es asunto mío,

pero...».

Suspiré y tomé un largo sorbo de café.

—¿Pero qué? —pregunté

—Sé que has estado saliendo con alguien; no lo niegues. Y sí, eres una mujer adulta que puede tomar sus propias decisiones, ¿pero no es un poco pronto para empezar otra relación? Todavía estás casada.

—Técnicamente —repliqué—. Estoy legalmente separada. Desde hace ya seis meses.

—Cinco —me corrigió—. Pero ésa no es la cuestión.

—De acuerdo, cinco meses y medio —dije—. ¿Cuál es la cuestión entonces?

—La cuestión es que Chulahatchie es una ciudad pequeña. Todo el mundo se conoce. Todo el mundo sabe lo que hacen los demás.

—La cuestión es que te preocupa lo que la gente pueda pensar de ti —concluí.

—Pues claro que sí —corroboró sin dudarle ni un segundo—. Soy tu madre. A ver, ¿de quién se trata? ¿Es alguien como nosotros? ¿Estás siendo discreta?

Estaba loca. No le importaba si tenía relaciones extramatrimoniales. Lo único que le importaba era si las estaba teniendo con alguien que tuviera un buen apellido y un buen linaje familiar.

La clase adecuada de adúltero, la clase que habría hecho sentir orgullosa a una madre.

La gente adecuada. Gente como nosotros.

Una distinción más difícil de lo que cabría pensar.

Muchos forasteros creen, erróneamente, que la sociedad sureña se divide en dos categorías: los blancos y los negros. Sin duda, mi familia creía y defendía el principio de separación de las razas; como le gustaba decir a mi madre, las plumas y las aletas pertenecen a dos especies distintas. (Las confusiones sobre los mamíferos son un argumento habitual para defender el racismo en el sur).

Debo decir en mi favor que, aunque la tentación era inmensa, especialmente durante mis años adolescentes, logré evitar mencionar que hay mamíferos marinos y animales terrestres peludos que son ovíparos.

Además, el racismo no era realmente el quid de la cuestión. Cuando el movimiento a favor de los derechos civiles empezó a ejercer su inexorable influencia sobre todas las áreas de la vida sureña, descubrí, para mi sorpresa, que mi madre podía aceptar la presencia de una familia negra en la iglesia siempre y cuando sus miembros fueran guapos, educados, se expresaran bien y se parecieran a los Obama. Siempre y cuando el marido fuera médico o abogado y llevara trajes hechos a medida; siempre y cuando la mujer fuera esbelta, de piel clara y elegante; siempre y cuando los hijos (dos como máximo) se portaran bien y no llevaran la cabeza llena de rastas. Y, por supuesto, siempre y cuando los susodichos hijos no desearan salir ni casarse con los hijos de los blancos.

Prejuicio clasista. La convicción de que los cristianos inteligentes, reflexivos, dedicados a profesiones liberales no manuales deberían mantener cerrado su círculo social.

Esto era, desde luego, mucho más fácil antes de la aparición de la cultura igualitaria

del siglo xx, con la que no siempre resulta fácil determinar quién es «gente adecuada» y quién no. Los negros, por lo general, no eran «gente adecuada», aunque se aceptaba que ocuparan su lugar en la sociedad, siempre y cuando supieran quedarse en él.

Los blancos eran un poco más difíciles de diferenciar, especialmente para un niño, incluso para una niña tan brillante como yo. Al fin y al cabo, el estado permitía a todo el mundo asistir a las escuelas públicas, fuera cual fuera su apellido o su legado. A menudo era cuestión de ir probando para descubrir qué amigos serían aceptables a ojos de mi madre.

A fuerza de errores, había aprendido que seguir mis instintos me hacía vulnerable a información que no era de fiar. Mi amiga Dorrie parecía cumplir todos los requisitos: era amable, cortés, respetuosa, inteligente y vestía ropa bonita; por lo menos llevaba colores y estampados que combinaban bien, lo que yo creía que lo decía todo si teníamos en cuenta la clase de conjuntos con que algunos de mis compañeros se presentaban a clase el primer año que fui a la escuela.

Pero como descubrí en el decepcionante desenlace de mi amistad con Dorrie, las apariencias engañan. Su familia no era de clase baja, ni mucho menos. Vivía a sólo unas manzanas de nosotros y era gente respetable y trabajadora. Pero no formaba del todo parte de nuestro círculo social. Si a ello le añadimos la discapacidad de Dorrie, que hacía que los demás se sintieran incómodos en su presencia, no había vuelta de hoja; mi madre jamás podría incluirla entre la «gente adecuada».

Poco a poco fui aprendiendo a distinguirla, y cuando llegué a la secundaria, podía detectar a la chusma blanca en cuestión de segundos. Los chicos que pertenecían a este grupo llevaban las uñas sucias, normalmente usaban malas construcciones gramaticales al hablar y llevaban la misma ropa todos los días. Los niños de clase obrera llevaban la misma ropa todas las semanas, iban en el autocar escolar y llevaban el almuerzo preparado de casa en bolsas de papel marrón a la cafetería. Los niños de clase media, en cuyo caso tanto el padre como la madre trabajaban, iban al colegio en bicicleta y tenían llave de su casa.

Ya lo creo que aprendí a distinguirlos. El problema era que no me importaba. Por más que quería complacer a mamá, hacerla sentir orgullosa, no dejaba de darle vueltas a la agobiante cuestión de la personalidad.

El colegio tenía la culpa. Ahí estaba yo, una Bell, de los Bell de Clarksville, rodeada de personas de todos los tipos y los orígenes imaginables. ¿Qué se suponía que tenía que pensar cuando conocía a una chica como Lorene Clay, de los barrios bajos, que era la más ingeniosa, divertida e inteligente de mi clase? ¿O a un chico como Jay-Jay Dickens, más pobre que una rata pero, aun así, un perfecto caballero, con alma de poeta, que defendió mi honor cuando un puñado de chicos con un buen apellido y un buen legado quisieron divertirse manoseándome en el pasillo entre clase y clase?

¿Cómo se suponía que tenía que reaccionar cuando la gente con la que conectaba, mental y sentimentalmente, no era la gente que haría sentirse orgullosa a mamá?

Después de que se fuera a la peluquería, escribí todo esto en mi diario. Otra pieza del puzle

de lo que significaba ser una mujer Bell.

Mi madre siempre decía que «todo se lleva en la sangre». Pues no sé que llevaría yo en la mía, pero lo cierto es que no quería tener nada que ver con los Thornton, los Van Buren, los McKenna y todos los demás cretinos cuyos apellidos los convertían en la clase de compañía adecuada para una chica que llevaba el honorable apellido Bell. En cambio, había encontrado mi sitio entre la multitudinaria plebe, cuya gente corriente no tenía apellido, ni influencias, ni acceso a ningún club de campo; ningún punto a favor salvo la nobleza de su alma y la integridad de su corazón.

Así, en las horas gloriosas y liberadas que iban de las ocho a las tres, vivía rodeada de un círculo de amigos que me hacía reír, me hacía pensar y, en el fondo, me obligaba a aceptarme a mí misma gracias a la fuerza irresistible de su aceptación incondicional, sin clases de por medio.

Había aprendido la lección de la debacle con Dorrie Meacham, pero no el precepto que mi madre había pretendido enseñarme. No evitaba hacer amistad con personas como Lorene Clay y Jay-Jay Dickens. De hecho, me entregaba a ellas con una vulnerabilidad emocional impropia de una dama sureña. Dejaba a un lado el poder de mi apellido, les contaba mis secretos sin ninguna vergüenza, y aprendía a querer y a dejarme querer sin reservas.

Simplemente, nunca las llevaba a casa.

Capítulo 9

Tampoco llevé nunca a casa a Charles Chase, pero por un motivo totalmente distinto.

En mejores circunstancias, Charles podría haber sido la clase de hombre que llevas a casa para presentárselo a tu madre. Era tierno, considerado y natural; estaba bien, pero no era lo bastante guapo como para levantar sospechas; y aunque casi no sabía nada de él, parecía un hombre bastante íntegro.

Pero no lo tenía claro.

La mayoría de veces nos encontrábamos en la cabaña del canal, cuya privacidad compensaba el ambiente que le faltaba.

Supuse que después de la separación de su mujer se había ido a vivir allí, pero podría estar equivocada. Nunca hablamos de ello.

Nunca hablamos de nada.

Nos limitábamos a... bueno, ya sabes.

Puede que sea por esto que a la gente le atrae la idea de tener aventuras. No hay complicaciones, ninguna de esas cosas cotidianas y aburridas que se inmiscuyen en la relación. Nada de calcetines tirados en el suelo, ni de rollos de papel higiénico acabados, ni de cestos de la ropa sucia ni de pantalones de gimnasia apestosos.

Sólo puro (o más bien impuro) sexo. El atolondramiento de un idilio sin la carga pesada de la realidad.

El problema es que a mí me gusta la realidad. A pesar del dolor que me ha ocasionado el rechazo de Robert, sigo deseando las cosas normales: la vida cotidiana compartida con otro ser humano, la conversación, los desafíos, la risa fácil, las bromas privadas, los recuerdos que construyen, uno a uno, una historia.

Quiero el compromiso.

Sólo que no lo quiero con Charles Chase.

Charles no tenía nada malo, excepto que era evidente que no quería tener una relación. Quería una aventura. De vez en cuando me llevaba a cenar a restaurantes sofisticados y caros en Tupelo y Tuscaloosa; sitios donde nadie nos reconocería. Me compraba flores y, una vez, me regaló un corazoncito de oro con su cadena. Me decía que era guapa, me abría las puertas y me trataba como si fuera una reina.

Pero jamás me dijo «te amo».

Amor.

Bueno, ése es un tema lo bastante importante como para que todos los psicoterapeutas del país naden en la abundancia. Especialmente si la paciente en cuestión ha sido educada para ser una dama sureña.

Descartemos de momento las imágenes apasionadas de la pantalla cinematográfica sobre la sexualidad de las mujeres sureñas: Natalie Wood, en *Esplendor en la hierba*, por ejemplo, o Elizabeth Taylor en *La gata sobre el tejado de zinc*. A las mujeres sureñas no se les enseña a disfrutar el sexo. Las mujeres sureñas son entrenadas para utilizar el sexo para conseguir y conservar el poder.

De acuerdo, lo admito: es una generalización. Es probable que algunas mujeres sureñas disfruten el sexo y tengan una vida íntima fructífera y satisfactoria con la pareja que han elegido o quienquiera que les apetezca. Pero las mujeres Bell, desde la trastarabuela Alberta hasta la actualidad, consideraban que copular era mucho más que un simple método de reproducción o un placer vespertino.

Todas las madres sureñas leían la misma biblia. El primer mandamiento es «Haz sentir orgullosa a tu madre». El segundo se derivaba del anterior: «Las buenas chicas no lo hacen».

Es una especie de principio para todo que puede aplicarse a diversas situaciones. Las buenas chicas no fuman, o si lo hacen, no lo hacen ostentosamente, en la calle ni en ningún otro sitio donde pueda verlas su pastor. Las buenas chicas no beben, o si lo hacen, piden una copa femenina como un dama rosa o un *fuzzy navel*, y siempre con moderación. Las buenas chicas no se emborrachan, o si lo hacen, lo hacen en la intimidad de su propio tocador, no en público.

Las buenas chicas no hacen muchas cosas. Pero, sobre todo, las buenas chicas no tienen relaciones prematrimoniales (o extramatrimoniales o no matrimoniales). Por otra parte, si tienen relaciones prematrimoniales, las buenas chicas no se quedan embarazadas. Y... si se quedan embarazadas, las buenas chicas no dejan que el cabrón que las preñó se vaya de rositas.

La forma en que una dama sureña aborda el sexo puede resultar muy confusa para una adolescente cuyas hormonas están empezando a reafirmarse. En cuanto yo iba a entrar en la pubertad, mamá empezó a intentar hablarme de «la vida».

Como si todavía no supiera de dónde venían los niños. Después de todo, mi mejor amiga, Lorene Clay, era la mayor de siete hermanos. Los dos menores habían nacido en casa, y Lorene había ayudado en el parto. Además, el dormitorio que Lorene compartía con dos de sus hermanas estaba separado del de sus padres por una pared delgadísima.

Lorene me contó que se quedaba despierta por la noche para oír cómo engendraban a su siguiente descendiente; un proceso salpicado de gemidos y gruñidos, y de repetidos «¡Dios mío!» (al parecer los Clay eran una familia muy religiosa), que culminaba con un crujido estremecedor de la vieja cama de hierro. Hasta les había visto hacerlo una vez el año que su padre estuvo en el paro, una tarde, cuando volvió a casa antes de hora de la escuela porque le dolía la tripa. Al parecer, se los había quedado mirando un buen rato, aterrada al ver aquella energía primaria, pero fascinada por la agilidad de su madre y la resistencia de su padre. Me había descrito el incidente con todo lujo de detalles.

No es extraño que mi madre no quisiera que me relacionara con la chusma blanca.

La charla sobre «la vida» que mamá tuvo conmigo omitió la mayoría de los aspectos destacados que había aprendido de Lorene Clay. Mamá me explicó lo que le estaba pasando a mi cuerpo («la maldición», como ella lo llamó) y que tendría que aguantar esta molestia todos los meses de mi vida hasta que fuera realmente mayor, puede que hasta los cuarenta o cincuenta años, y que entonces desaparecería. Mientras tanto, mientras tuviera esa «visita» mensual podría tener un hijo.

Una mujer era madre, según me contó mamá, cuando su marido «disfrutaba de ella». Sin usar ni una sola vez un término anatómicamente correcto, me dio la información básica sobre cómo esto sucedía. Pero el mensaje más importante que quería transmitirme era cómo una dama sureña manejaba esta anomalía, este extraño ritual del apareamiento humano.

En primer lugar, mamá hizo especial hincapié en que una dama sureña nunca, jamás, lo hace hasta que no está casada. Dijo algo sobre comprar una vaca y dar la leche gratis. No comprendí la analogía bovina, pero sabía que no me estaba diciendo la verdad. Desde la trastarabuela Alberta, las mujeres Bell lo han hecho antes del matrimonio. GiGi me lo contó, o por lo menos me lo dio a entender. Si no, ¿cómo habría podido presionar Alberta a Adolphus Bell para obligarlo a casarse con ella?

En segundo lugar, mamá aseguró que una vez está casada, una dama sureña sólo lo hace con su marido, y a iniciativa de él. Lo llamó «obligación conyugal», lo que me dejó con la impresión de que las relaciones sexuales eran algo así como fregar el suelo de la cocina, es decir, algo que no figura en un lugar nada alto en la lista de actividades que apetecen a una mujer, pero necesario para el mantenimiento de un buen hogar. Algo que hacías una vez a la semana tanto si era necesario como si no.

Cuando estuvo convencida de que había comprendido los puntos básicos, mamá empezó a soltarme una diatriba titulada «Lo que quieren los hombres». Esta diatriba trataba sólo superficialmente la cuestión de la libido masculina; era, básicamente, un manual básico sobre cómo una dama sureña debía controlar el falo.

—Los hombres tienen ciertas necesidades, Priscilla —me dijo mi madre—. Necesidades que les inducen a querer... bueno, lo que quieren. Nosotras, las mujeres, somos más juiciosas, y si es inteligente, una auténtica dama sureña utiliza este poder de contención en lo que a la intimidad física se refiere.

Traducción: cuando tienes a un hombre cogido por las joyas de la familia, puedes conseguir prácticamente todo lo que desees.

Mi madre no lo sabía, pero yo ya había visto este principio en acción. Había observado, en ciertas ocasiones, sus sutiles intercambios con mi padre. Me había fijado cómo rechazaba sus insinuaciones románticas con una palabra o una mirada de desdén, y cómo cambiaba totalmente de actitud y le doraba la píldora cuando quería algo de él. Este vals de rechazo y deseo era una danza delicada. La seducción, incluso dentro de los vínculos sagrados del matrimonio, era el medio más efectivo que tenía una mujer de ejercer el control.

Y «control», especialmente en las cuestiones sexuales, era la palabra clave para una dama sureña.

—Es la chica quien tiene que decir «no» —recalcó mamá—. No puedes contar con que un chico, ni siquiera un chico sureño educado como es debido, se comporte como un caballero. La chica tiene que establecer los límites y mantenerlos.

Aún siendo adolescente fui consciente, aunque vagamente, de lo injusto que era a todas luces este sistema; injusto tanto para el chico como para la chica. Por otra parte, la chica era la encargada de «establecer los límites», según palabras de mamá, con lo que asumía siempre la responsabilidad de conservar la virginidad. Pero, al mismo tiempo, podía utilizar todas las artimañas sexuales que tuviera a su alcance para lograr que un chico la deseara, para luego frenarlo y dejarlo frustrado hasta el punto de que accediera a todos sus caprichos. El máximo capricho, por supuesto, era recorrer el pasillo de la iglesia.

Una vez celebrado el matrimonio, sin embargo, las normas del juego cambiaban. La chica podía ahora decir que sí. De hecho, estaba obligada a decir que sí. Se esperaba de ella que la noche de bodas abandonara todos los años de contención y de condicionamiento y se entregara al novio con los brazos abiertos, que sacrificara su virginidad en aras de la obligación conyugal. Pero no debía esperar gozar de su recién ganada libertad, sino que se le enseñaba a quedarse tumbada y dejar que él «disfrutara de ella» a su costa. Su premio de consolación por este gesto de generosidad era un diamante, a poder ser mayor de lo que el hombre se pudiera permitir, una casa, un coche, unos ingresos regulares, quizás uno o dos hijos, y un círculo social totalmente nuevo de amigas que estaban felizmente casadas.

Antes de la boda, según mi madre, una dama sureña negaba el máximo favor sexual a cambio de una alianza de oro; en resumen, se conservaba casta para que la persiguieran. Después de que un soltero cotizado «la persiguiera hasta que ella lo pescaba», intercambiaba el «acto» por otros bienes y servicios.

A mí me sonaba de lo más horrible: una prostitución encubierta, santificada ante el altar y disfrazada bajo un vestido de encaje con aljófares. No quería tener nada que ver con algo así. Jamás.

Pero, naturalmente, no se lo dije a mi madre. Para una dama sureña, sólo había una cosa peor que tener una hija promiscua: tener una hija soltera. Si tu hija se quedaba embarazada, podías explicar a tus amigos que un sinvergüenza embaucador se había aprovechado de la pobre muchacha. O, si el chico en cuestión era socialmente aceptable para casarla con él, podías apresurarte a organizar una boda rápida antes de que fuera demasiado tarde para el vestido blanco. Podías derramar unas lágrimas felices de cocodrilo durante la ceremonia, como si tus amigos no supieran la verdad. Y después podías jactarte de tu increíble buena suerte cuando tu nieto «prematureo» de tres kilos y medio llegara al mundo seis meses después.

Pero no podías, en ningún caso, aducir un motivo que justificara que tu hija eligiera quedarse soltera, dedicarse a su carrera profesional y vivir por su cuenta. Que tu hija se negara a jugar el juego siguiendo norma alguna. La virginidad era un premio que había que salvaguardar, pero sólo hasta cierto punto. Más allá de él, bueno, la gente podría empezar a murmurar. Y si llegaba a susurrar a sus espaldas la palabra que empieza por «l», lo mejor que podía hacer la pobre madre era cortarse las venas para poner fin a su

sufrimiento.

Mamá nunca lo dijo abiertamente, pero me dejó perfectamente claro que mi responsabilidad como dama sureña era decir primero que no, decir después «sí, quiero» y decir finalmente que sí. Dentro de los límites de lo razonable, claro, y cuando me conviniera para alcanzar mis propósitos.

Las buenas chicas no lo hacían. A no ser que tuvieran algo que ganar.

«A no ser que tuvieran algo que ganar...».

Eso fue exactamente lo que me enseñaron, aunque mamá jamás lo habría admitido, ni en un millón de años.

La pregunta era, pues, qué esperaba ganar con Charles Chase. Era una mujer adulta, capaz de tomar sus propias decisiones, que ya no se guiaba por las expectativas de los demás. ¿Qué sacaba de esta aventura con Charles que me hacía seguir volviendo a él una y otra vez?

No era amor, eso seguro. Él evitaba deliberadamente utilizar la palabra, quizás intentando, sin motivo alguno, no ilusionarme. Tampoco era el sexo porque aunque soy bastante capaz de disfrutar la experiencia, también soy lo bastante mayor, y espero que lo suficientemente inteligente, como para darme cuenta de que la intimidad física es sólo un pequeño componente del conjunto de una relación.

No, era otra cosa. Algo que no sabía definir.

O algo que no quería definir.

Ahí estaba de nuevo el viejo idiota canoso, soplándome al oído: «Ya posees toda la información que necesitas. La has interiorizado. Conoces la respuesta. Búscala. Encuéntrala. Deja que salga a la superficie de tu conciencia».

A lo mejor tenía razón. A lo mejor la verdad estaba oculta en algún lugar de mí mente. Pero no iba a sacarla a la luz ahora. Estaba exhausta, y todavía me tenía que arreglar para la cita que tenía con Charles a las siete.

Seguiría el ejemplo de Scarlett y pensaría en todo esto mañana.

Después de todo, mañana será otro día.

Capítulo 10

Mañana.

Siempre creemos que podemos solucionar las cosas mañana, hasta que el nuevo día amanece portando malas noticias. Hasta que se presenta con un inesperado cambio de rumbo que desbarata todas las ideas preconcebidas que tenías sobre cómo iban a ir las cosas.

El mañana no existe. Sólo el presente. Sólo el momento actual.

«Vivir el presente» podría parecer un objetivo que vale la pena perseguir, pero sólo si vale la pena vivirlo.

Es hora de que haya un cambio. Es hora de que Dios, el universo, o alguien me dé un respiro. No quiero vivir más de este modo.

Eché un vistazo a las palabras y me sentí como si las hubiera escrito otra persona.

No quiero vivir más de este modo.

Éstas fueron las palabras exactas que Charles Chase usó ayer por la noche cuando rompió conmigo. Dijo que regresaba con su esposa para intentar solucionar las cosas con ella. Yo le había ayudado a verse a sí mismo cómo era, le había ayudado a ser mejor hombre y siempre me estaría agradecido por ello.

Y por fin había pronunciado la palabra «amor». Sólo que no para referirse a mí.

¿Era así como estaba destinada a ser mi vida? ¿Cuarenta y cinco años, sola, una antigua reina de belleza echada a perder y de capa caída, abandonada por quienes habían afirmado amarla, o por lo menos quererla?

No quiero vivir más de este modo.

Leí la frase una y otra vez, impulsada por aquella molesta certeza que se tiene tras años de psicoterapia; la certeza de que algo que había leído, oído o sacado de contexto era exactamente la información que necesitaba, si podía encontrar la forma de aplicarla.

Me imaginaba a mi psicoterapeuta mirándome por encima de las gafas, sonriendo, ansioso. Esperando el momento de revelación que diera validez a su existencia y me cambiara para

siempre.

Observé la frase hasta que me escocieron los ojos, como si las palabras pudieran de repente moverse y transformarse en algo distinto, como si fuera un mensaje cifrado que contuviera todas las respuestas del universo. Pero no se abrió ninguna puerta al mundo sobrenatural. No hubo ninguna magia. Sólo tinta azul en una página blanca con una letra pulcra y regular.

Sin ningún toque previo, la puerta de mi habitación se abrió sin avisar. Cerré el diario de golpe y alcé la vista. Mamá, vestida de punto en blanco con un traje de chaqueta de lino blanco y una blusa de seda color lavanda, me recorrió arriba y abajo con una mirada durísima.

—El oficio empieza en treinta minutos —anunció.

¿Oficio? No tenía ni idea de lo que estaba hablando. Y entonces caí en la cuenta. Domingo. Era domingo, y mamá esperaba que fuera a la iglesia con ella.

¡Dios mío! Me levanté y me pasé una mano por el pelo. Por un breve instante me planteé la posibilidad de hacer exactamente lo que mamá esperaba que hiciera: apresurarme a arreglarme, vestirme de domingo...

«No quiero vivir más de este modo».

Volví a sentarme en la cama.

—Gracias, mamá, pero creo que hoy pasaré de ir a la iglesia.

Se me quedó mirando como si, de repente, tuviera dos cabezas.

—¿Perdona? —preguntó.

—Prefiero quedarme en casa, prepararme el desayuno, sentarme en la veranda. Escribir un poco en el diario. —Alcé el cuadernito de piel marrón para que lo viera.

—Mira, jovencita...

—Mamá, esta mañana no quiero ir a la iglesia. Y ya puestas, tampoco sé por qué quieres ir tú. Me has dicho un centenar de veces lo mucho que desprecias al nuevo pastor.

Eso no viene al caso.

—¿No?

—No —aseguró mamá—. Se va a la iglesia porque es lo correcto.

Quise preguntarle para quién era lo correcto. Pero lo dejé correr, y cuando se dio cuenta de que no iba a cambiar de opinión sobre el tema, me dejó con mi pecado y se fue a rezar sin mí.

Preparé café, saqué el diario a la veranda trasera y empecé a reflexionar sobre la religión.

Mamá está equivocada. O vive engañada.

Puede que para ciertas personas ir a la iglesia sea cuestión de hacer lo correcto. Pero para otras se trata de fingir ser correctas.

Todos los sureños afirman ser cristianos. Pueden usar cañones de agua para dispersar una manifestación a favor de los derechos civiles o pasarse el sábado por la noche cubiertos con una sábana blanca, bebiendo alcohol de maíz y prendiendo fuego a cruces en el jardín delantero de los líderes de las comunidades negra y judía, pero cuando llega el domingo por la mañana, se engalanan con sus mejores prendas para calentar el banco de la familia y cantar góspel en la iglesia.

En el sur, ser cristiano y asistir regularmente a la iglesia es una declaración importante de tus valores. No puedes ser elegido para el cargo más simple, y mucho menos para ser alcalde, senador o gobernador, sin tener por lo menos una fotografía en

los peldaños de una iglesia, sujetando en una mano una gran Biblia negra y rodeando con el otro brazo a tu sonriente esposa y a tus también sonrientes hijos. No viene al caso si nunca abres esa Biblia o si pasas olímpicamente de sus enseñanzas. No importa que seas un ateo convencido siempre y cuando seas un cristiano practicante. Lo que cuenta es la imagen.

Me quedé mirando la página, preguntándome de dónde había salido tanto cinismo. Creía en Dios, rezaba de vez en cuando y me gustaba mucho Jesús. Por lo menos, el Jesús humano y terrenal que vagaba por las páginas de los evangelios predicando amor, curando a la gente, tocando a los leprosos y aceptando a los marginados. Tenía que admitir que no me importaba demasiado el otro Jesús, el crítico que hoy en día parecía estar suspendido sobre los púlpitos conservadores, separando las ovejas de las cabras y asegurándose de que sólo la gente correcta pasara por la entrada estrecha de la que habla san Mateo.

Ahora mismo me iría bien una buena dosis del primer Jesús. Alguien, quien fuera, que me viera tal como soy, que me quisiera y me aceptara incondicionalmente, sin críticas, sin esperar una transformación increíble de mí.

Desde la calle Main, el tañido de las campanas del carillón se elevó por el aire matutino. La iglesia, metodista, tenía las campanas más melodiosas de Chulahatchie. Dejé el bolígrafo y escuché un rato aquella música góspel que me resultaba tan conocida como mi propio nombre: «Vuelve a casa, vuelve a casa... tú que estás cansado, vuelve a casa...».

Las notas de *Softy and tenderly* se me colaron en el alma y reavivaron un recuerdo que llevaba mucho tiempo enterrado en ella.

Vuelta a casa.

Un año, a finales de primavera, cuando yo debía de tener ocho o nueve años, hicimos un viaje a Tennessee para ir a la iglesia presbiteriana de Bell Cove, en el campo, cerca de Clarksville, para lo que mamá llamó una «vuelta a casa».

Pero el propósito de la «vuelta a casa» en Bell Cove era celebrar una reunión familiar del clan de los Bell más que asistir a la iglesia.

—Forma parte de tu legado, Priscilla —me dijo mamá con orgullo—. Ésta es nuestra iglesia.

Y al decir «nuestra iglesia» no se refería a que perteneciéramos a aquella congregación y asistiéramos a ella con mayor o menor regularidad. Los Bell de Tennessee no pertenecían a la iglesia; la iglesia les pertenecía. La iglesia presbiteriana de Bell Cove había sido literalmente propiedad de la familia Bell y de sus herederos hasta bien entrado el siglo xx.

Los primeros Bell habían construido ellos mismos el santuario en las tierras de la plantación de la familia, usando mano de obra esclava y ladrillos hechos a mano. Los Bell eran los propietarios del terreno y del edificio. Los Bell tomaban las decisiones sobre qué podía suceder entre las cuatro paredes de la iglesia, hasta la aprobación de cada nuevo pastor, y el voto que condenó a un desdichado organista al paro porque se sospechaba que era lo que mi abuela GiGi llamaba un invertido. Según ella, unos dedos

«maricas» no podían tocar un órgano de los Bell.

La familia Bell, que incluía a mi trastarabuela y a sus hermanas, además de a GiGi y a sus primas, habían conservado la propiedad de la iglesia presbiteriana de Bell Cove hasta el último momento posible, cuando se terminó imponiendo la voluntad del Presbiterio Nacional. En 1935 se cedió finalmente el control del edificio, muy a regañadientes, al Presbiterio, no sin antes haber logrado que lo declararan Patrimonio Histórico Nacional y le hubieran colocado una placa enorme en homenaje a la familia Bell originaria y a su descendencia.

La primera vez que vi el viejo edificio religioso, cuando apenas era una niña, sentí un enorme orgullo. Un orgullo que pronto fue remplazado por la confusión. Era un edificio rectangular de ladrillos rojos, con un amplio porche delantero y columnas cuadradas de color blanco. Una iglesia sencilla y elegante, típicamente sureña, pero con una característica desconcertante. A cierta altura, donde podría haber habido la veranda de un primer piso, había un par de puertas estrechas pintadas de blanco. Sin escaleras ni ninguna forma de acceso. Sólo las puertas, cerradas a cal y canto.

Separé a mi padre del grupo y le pregunté para qué servían, y me explicó que tiempo atrás, la iglesia había tenido una terraza, derribada hacía muchos años, y unas escaleras exteriores que conducían hasta las puertas misteriosas.

—Por ahí es por donde los esclavos accedían a los oficios religiosos —dijo. Desde la terraza del exterior del edificio, sin acceso al santuario principal.

Lo dijo con orgullo, como si al permitir que los negros pudieran acceder de algún modo al edificio, los Bell hubieran dado algún tipo de impulso inicial a la defensa de los derechos civiles. Yo sólo atiné a pensar en el aspecto tan espeluznante que tenían las puertas, colgadas allá arriba, como si las hubieran linchado y dejado morir.

Ningún semblante negro acudió al oficio aquel domingo de nuestra vuelta a casa, aunque oí que unas cuantas de las señoras que charlaban mientras distribuían un banquete en las mesas situadas a la sombra de los árboles comentaban lo mucho que sus «chicas» habían trabajado toda la semana para preparar aquellas tartas y pasteles, y para cocinar el pollo y los guisos. Después de comer, mientras las mujeres cotilleaban y los hombres lanzaban herraduras, fui a dar una vuelta y bajé por la colina desde la parte posterior de la iglesia, donde estaba el cementerio que se remontaba a principios del siglo XIX.

Vi el apellido de mi familia en casi todas las tumbas: Claudia Stone Bell, que murió a los cuatro años de escarlatina. Ronald William Bell, del primer Regimiento de Tennessee, que combatió valientemente y murió a los veinte años debido a las heridas de guerra. Y a lo largo del perímetro, unas cuantas lápidas más pequeñas entre las malas hierbas: «Sassy y Marcus», «Brownie y Rooster Joe». Y una que me impactó como si me hubieran dado un fuerte puñetazo: «La pequeña Peach».

No sé cuánto rato me quedé allí plantada, mirando aquella piedra erosionada con sus tres sencillas palabras. No sé cuántas veces tuvo que llamarme mamá desde lo alto de la colina antes de que la oyera gritarme que el helado casero estaba a punto y que tendría que dejar de ser tan poco sociable e ir a jugar con mis primas.

Lo único que oía en medio de la brisa que susurraba entre los cedros que rodeaban el cementerio eran los ecos suaves de los espirituales negros que se elevaban hacia el cielo.

Música de esclavos, la clase de canciones que Molly-Faith Johnston cantaba en la cocina de mi abuela mientras se dedicaba a sus quehaceres y despertaba en mí la sospecha de que podría estar relacionada con ella por la sangre además de por el corazón. Canciones de una fe que sabía, intuitivamente, que era más profunda que la idea que mi madre tenía de la religión como medio de aceptación social. Canciones de esperanza. Canciones de libertad. Una música largo tiempo silenciada en la iglesia presbiteriana de Bell Cove por aquellas pequeñas y erosionadas lápidas en el cementerio.

Algún día aprendería esas canciones y las cantaría yo misma.

Algún día.

Mamá podría ser la que estaba sentada en el banco, pero creo que fui yo la que fue a la iglesia. Aquí, con mi pijama a rayas, en la veranda trasera, tomando café y escribiendo mi diario.

Hasta que lo escribí, no había recordado todo aquello sobre la iglesia presbiteriana de Bell Cove y su cementerio ni lo que sentí al ver mi nombre en la lápida de una niña esclava.

Al parecer, había olvidado muchas cosas. Volver a Belladonna me había removido los sentimientos y me había traído todo tipo de recuerdos a la cabeza. Recuerdos, sueños y anhelos que había ahogado, enterrado o perdido a lo largo del camino. Había vivido del modo que mamá esperaba para intentar complacerla, para intentar ser la persona que ella quería que fuera. Luego, me casé con Robert y simplemente adopté sus valores y sus expectativas.

Retrocedí unas cuantas páginas y releí las palabras que no comprendía:

No quiero vivir más de este modo.

Algo se tambaleó en mi interior, como un movimiento sísmico del corazón, un terremoto invisible, y por fin lo comprendí. Jamás me había emancipado. Ni de mamá. Ni de Robert. Ni de mi propia debilidad.

En cuarenta y cinco años, nunca había cantado aquellas canciones de libertad para mí. Ni una sola nota.

Y ya iba siendo hora.

SEGUNDA PARTE

Evolución

* * *

*¿Cómo sé lo que pienso
hasta que no lo haya escrito?
¿Cómo sé qué creo
si no voy probando,
explorando y descubriéndolo?
Cómo me conozco a mí misma
si no encuentro el valor
de abrir mi corazón
y dejo que otro
lo conozca?*

Capítulo 11

La primavera llegó y se marchó, y cuando nos adentramos en el mes de junio, estuvo claro que nos esperaba uno de los habituales veranos asfixiantes de Misisipí. De la clase que no había extrañado nada desde que me había trasladado al clima más templado de las Montañas Azules.

Mi madre no estaba nada contenta con mi recién adquirida emancipación. Aunque tampoco había esperado que lo estuviera, claro. Había dejado de maquillarme y había empezado a vagar por la ciudad con unos viejos *shorts* vaqueros y unas camisetas del año catapún. Con el aspecto, en palabras de mamá, de una *hippy* de mediana edad con unas sandalias que le dejaban los dedos de los pies al descubierto pero, que Dios nos proteja, no llevaba las uñas pintadas.

—Por el amor de Dios, Priscilla —dijo mamá—, ¿qué te costaría arreglarte un poquito? Aunque sólo fuera una pizca de lápiz de labios. ¿No te importa lo que pueda pensar la gente?

La verdad era que no. Por primera vez en mi vida, no me preocupaba mi aspecto, mi imagen, ni la aprobación o desaprobación de los demás. Y era algo increíblemente liberador.

—¿Qué más da? —pregunté—. De todos modos, nadie me reconoce.

—Eso es una verdad como un templo —murmuró mamá entre dientes.

Se marchó al club de *bridge* sin decir otra palabra, pero sabía lo que estaba pensando. Yo era Priscilla Rondell, la niña bonita de Chulahatchie, le preciosa chiquilla que, al crecer, se había convertido en la Reina de la Soja, en Miss Universidad de Misisipí y en la tercera clasificada en el concurso de Miss Misisipí. Además de eso, era una Bell, de los Bell de Tennessee, y una mujer Bell se dejaría ver en público desnuda como *Lady Godiva* antes que sin el maquillaje y el peinado intactos.

Cuando cerró la puerta al salir, solté el aire, aliviada. Había sobrevivido estos meses manteniéndome a distancia de mamá, y ella de mí. Habíamos declarado una tregua incómoda: yo no tenía ningún otro sitio donde ir y ella no tenía a nadie más a quien criticar.

Mamá y yo: el encaje perfecto de dos neurosis. Cada mañana nos dedicamos cada una a lo suyo y cada noche nos sentamos para cenar e intercambiamos golpes.

O eso me gustaría pensar, si pudiera reescribir la historia a mi conveniencia. Se acerca más a la realidad decir que ella golpea y yo pongo la otra mejilla. Como siempre he hecho.

¿Por qué no puedo defenderme? Llevar *shorts* y camisetas no es exactamente lo que se dice adoptar una actitud firme. Es simplemente tocarle las narices. La irrita sobremanera, y por eso lo hago, porque lo sé. Pero eso no me hace ser más adulta, ni hace

que nuestro trato sea más entre iguales, como implicaría decir que intercambiamos golpes.

¿Cómo he llegado a esto? ¿De dónde sale esta costumbre de ser sumisa? No es algo propio de mí, o por lo menos no me parece propio de mí. Y, sin embargo, cuando reviso mis relaciones, no sólo con mamá sino con todo el mundo que tengo cerca, no puedo negar que me he pasado la vida intentando complacer a los demás.

Intentándolo, y fracasando.

Intentándolo con más ahínco, y fracasando más estrepitosamente todavía.

Éste era exactamente el tipo de introspección que el viejo idiota de mi psicoterapeuta había esperado, exactamente el que aplaudiría. Así que me negué, obstinadamente, a darle la satisfacción. Durante nuestra sesión telefónica semanal, carraspeé, vacilé y mascullé cuando me preguntó qué estaba descubriendo, y le escuché hablar y hablar sobre lo importante que era para mí aprovechar al máximo este tiempo. Estuvo once minutos seguidos soltándome el rollo sin prácticamente detenerse para respirar.

Lo cronometré y, después, se lo deduje del importe del cheque.

Llevaba meses aferrándome con uñas y dientes al borde del precipicio. Había pasado así toda la primavera y el verano, y ya estaba cansada y harta de todo. Cansada y harta de pasarme todo el santo día con mamá, sin hacer nada. Cansada y harta de oír lo mucho que la decepcionaba. Cansada y harta de sentirme como una fracasada sin esperanza ni perspectivas.

Cansada y harta de estar cansada y harta.

«Necesito que pase algo —escribí en mi diario—. Algo. Lo que sea».

Y entonces pasó algo.

Capítulo 12

El Heartbreak Cafe no era la clase de restaurante en el que mamá fuera a poner nunca los pies, ni aun en el caso de que tuviera el pelo en llamas y esa jarra maltrecha de aluminio que hay en su interior contuviera la única agua que quedara sobre la faz de la tierra.

Y si tengo que ser totalmente sincera, era esta ausencia de mamá lo que hacía que el sitio fuera casi perfecto.

El local se acercaba bastante a lo que el nombre^[1] sugería: no es que fuera deprimente exactamente, pero sí, bueno, anticuado. O, por lo menos, ésa era la impresión que te llevabas cuando entrabas por primera vez. En cuanto te acostumbrabas, no estaba tan mal, la verdad. Olía deliciosamente a beicon, a café y a manzana con canela. Nada lujoso, por más imaginación que se le echara, pero estaba aseado y tenía mucha luz. Un lugar limpio y bien iluminado.

Un lugar limpio y bien iluminado.

Recordaba haber estudiado este relato corto hacía años, en la universidad. Hemingway. Su prosa minimalista hacía que todo en la vida pareciera de algún modo lúgubre y austero, como imágenes fotográficas muy nítidas en blanco y negro. Esta historia concreta va, si no recuerdo mal, sobre un viejo borracho que intenta suicidarse sin éxito, y el único sitio al que puede ir a consolarse es un pequeño café, un lugar «limpio y bien iluminado».

¡Dios mío! Ahí tienes una buena metáfora. Un universo trágico y reducido, marcado por un sufrimiento tan profundo que pasa inadvertido, o por lo menos, sin el menor comentario.

Tal vez debería soltar esto al viejo idiota canoso para ver qué le parece.

Mientras tanto, doy gracias por disponer de un espacio lejos de Belladonna y de mamá. Aquí, en esta mesa, tengo lo mejor de ambos mundos. Puedo estar con gente sin tener que relacionarme con ella. La apariencia de una relación sin ninguna de sus exigencias.

No es algo que suene demasiado saludable emocionalmente, como estoy segura de que el psiquiatra se apresuraría a señalar, pero se supone que tengo que ser sincera y no limitarme a intentar quedar bien (¿delante de quién?). Y lo cierto es que, después del fiasco con Charles Chase, no tengo el menor deseo de tener ninguna clase de relación en este momento.

¿Fue un fiasco? No dejo de hacerme esta pregunta. ¿Tenía algún propósito, aparte del

evidente, que era permitirme disfrutar un rato de la ilusión efímera de que sigo siendo atractiva y apetecible?

No me ha llamado. Yo intenté llamarlo unas cuantas veces al móvil, pero no me descolgó. No le dejé ningún mensaje.

No acabo de descifrar si realmente lo extraño o si sólo extraño la idea de estar con él. La idea de alguien que pudiera sacarme de la letárgica de un universo egocéntrico para preocuparse de si estaba viva. De si era feliz o no.

Una o dos veces, pasé con el coche por delante de la cabaña del canal pero no vi señales de vida. He llegado a la conclusión de que regresó con su esposa, y en mis mejores momentos le deseo lo mejor y espero que haya podido solucionar las cosas. En mis días menos nobles, me gustaría sentir el consuelo de un contacto humano. Una piel. La suya, o la de cualquier otro, en realidad...

—¿Quieres más café, Peach?

Cerré el diario de golpe y me puse en posición de firmes. El corazón me latía como un loco. Era aquella mujer, la del cabello entrecano y la expresión cansada en los ojos. Estaba bastante segura de que era la propietaria del local. Por lo menos, siempre estaba; ella y el corpulento hombre negro cuyo nombre parecía ser Scratch.

Y me había llamado por mi nombre.

—¿Perdón? —mascullé.

Me mostró la cafetera.

—Te pregunte si querías más café —respondió.

—Oh, sí. Gracias. —Empuje la taza hacia el borde de la mesa—. ¿Nos conocemos?

—Esto es Chulahatchie, cariño. Todo el mundo se conoce —aseguró, sonriendo de oreja a oreja—. Para ser más exactos, todo el mundo te conoce. Eres lo más parecido que tenemos a un famoso y...

Me vio algo en la cara, algo que no estaba ocultando demasiado bien, y se detuvo en seco.

—Perdona —se excusó—. Soy Dell Haley. La dueña de este local. —Sonrió de nuevo—. Bueno, técnicamente la propietaria es el Chulahatchie Savings and Loan, y yo se lo arriendo. Pero sigue siendo mío siempre y cuando vaya pagando.

—Encantada de conocerte, Dell —comente con la mano extendida. Dell dejó la cafetera, se limpió la mano en el delantal y me la estrechó.

—Yo ya estaba casada cuando tú empezaste la secundaria —comentó—, pero me imagino que recordaras a Boone Atkins.

Boone se levantó de la mesa para acercarse a mí, y lo único que pude pensar fue: «¡Vaya!».

—Hola, Peach —dijo—. Bienvenida a casa.

Se recostó en la mesa situada junto a Dell y se quedó allí plantado con una elegancia relajada y natural. Note que una pequeña sacudida eléctrica me oprimía el corazón cuando puso la mano en el hombro de Dell como si el gesto fuera tan habitual que no se daba cuenta de que lo hacía.

¿Podría ser que estuvieran...?

No, no era posible. Ella tenía que ser diez años mayor que él.

—Debes de tener un retrato de Dorian Gray escondido en el armario —le comenté—. Estás exactamente igual.

—Lo mismo digo, Peach —aseguró—. Me alegro de verte.

Era mentira, claro. ¡Pero qué mentira tan delicada y compasiva! Estaba allí sentada, con unos veinte kilos de más, unos vaqueros, una camiseta sin mangas andrajosa de la Universidad de Misisipí y la cara lavada, sin pizca de maquillaje. Hecha unos zorros, vaya.

Charlamos, comentamos unas cuantas banalidades y se marchó. Pero no me lo podía quitar de la cabeza, allí de pie, mirándome con aquellos ojos espléndidos, trayéndome a la memoria uno de los recuerdos más dulces y más amargos de mi adolescencia.

Dios mío, ¿cómo podría olvidarlo? Boone Atkins, un chico bondadoso y guapísimo, el único además de Jay-Jay que me trató como si fuera una persona de verdad, de cuerpo y alma. Claro que recordaba a Boone. Boone fue quien me salvó. Y ni siquiera llegó a saberlo.

A mitad de curso trasladaron al padre de Jay-Jay Dickens a Oklahoma. O, por lo menos, eso es lo que él dijo a la gente. La verdad, que sólo sabíamos Lorene y yo, era que su padre se había quedado sin trabajo y no podía mantener a su familia, por lo que se iban al oeste para vivir con unos tíos del señor Dickens, en Enid.

Lorene y yo vimos cómo cargaban sus pertenencias en la camioneta del padre de Jay-Jay hasta que nos recordaron las familias que emigraban de las Grandes Llanuras en los años treinta o los Clampett, de la serie de los sesenta titulada *Los nuevos ricos*, cuando se dirigían a Beverly Hills después de encontrar petróleo en sus tierras, en la zona rural del país. Lo único que faltaba era la mecedora de la abuela en lo alto del montón de cosas.

Nos despedimos y nos fuimos al anochecer.

La mañana siguiente el rumor corrió por el instituto como la llamada «bacteria carnívora»: el padre de Jay-Jay se había suicidado. Se había puesto el cañón de una escopeta del calibre doce en la boca y se había disparado una bala en la cabeza apretando el gatillo con el dedo gordo del pie.

Sin decir una palabra a nadie, Lorene y yo salimos de clase pitando para ir a casa de Jay-Jay. El coche del sheriff se marchaba justo cuando nosotras llegamos.

—Entonces es cierto —dije, aunque la cara de Jay-Jay no dejaba lugar a dudas.

Asintió con la cabeza. Tenía la mirada vacía, como desenfocada.

—¿Qué vais a hacer ahora? —Era una pregunta estúpida, pero tenía que llenar los espacios vacíos de algún modo para intentar acercarme más a él, para intentar sacarlo de su aturdimiento.

—Supongo que iremos a Enid —aseguró, encogiéndose de hombros—. De todos modos, no podemos quedarnos aquí.

Abrí la boca para rebatirlo, pero me di cuenta de que tenía razón. Para empezar, la semana siguiente un nuevo inquilino se iba a instalar en su casita de alquiler. Y, sobre todo, quedarse en Chulahatchie significaría vivir para siempre con la vergüenza y el escándalo del suicidio de su padre.

Tres días después, estábamos en la orilla del Tombigbee observando cómo las cenizas del señor Dickens flotaban río abajo en la superficie del agua amarronada, avanzaban por el recodo y se perdían de vista. La señora Dickens, pálida y demacrada, se sentó al

volante de la camioneta y se despidió con la mano como una autómatas. Jay-Jay también nos saludó con la mano desde el asiento del copiloto, con la mandíbula tensa y los ojos entrecerrados de determinación. Pero no lloró. Tenía que ser fuerte. Tenía que cuidar de su madre. Se lo decía su padre en la nota que le había dejado; la misma nota en la que le explicaba lo del seguro de vida y que con eso no tendrían que preocuparse nunca más de nada.

Jay-Jay Dickens tenía catorce años el día que se convirtió en un hombre.

Su padre jamás supo que el seguro de vida había quedado rescindido en cuanto lo habían despedido. Ni que no cubría el suicidio.

Volví al instituto el día después de que Jay-Jay se fuera. Todo el mundo hablaba de ello, y todo el mundo sabía que yo era amiga de Jay-Jay. Así que vinieron a preguntarme los detalles escabrosos: ¿había visto el cadáver? ¿Había sangre por todas partes? ¿Quién lo había encontrado muerto? ¿Había sido Jay-Jay?

Me rodearon como una bandada de perros de caza que han olido sangre. Gruñendo, cerrando la mandíbula de golpe, cada vez más cerca.

—Dejadla en paz.

La voz, tranquila, baja y segura, los acalló como si se hubieran quedado mudos de golpe. Boone Atkins los miró con desdén a todos. Los hizo callar y los esparció como si fueran paja arrojada al viento. Me tomó la mano y me llevó a un aula vacía, donde nos saltamos la tercera clase y estuvimos sentados más de una hora sin decir nada. Cuando me eché a llorar, me sujetó la mano y habló conmigo para intentar que no me sintiera triste.

Con Boone no tenía que ser nadie especial. No tenía que fingir ni hacerme la reina de belleza ni contener las lágrimas para evitar que se me enrojecieran los ojos y me goteara la nariz.

Podía ser yo misma.

No creo que le agradeciera nunca aquel regalo.

Capítulo 13

Boone me hizo también otros regalos.

Nadie ocuparía el lugar de Jay-Jay en mi vida. Pero de repente, allí estaba Boone Atkins, que había aparecido de la nada como un ilusionista para llenar por lo menos una parte del espacio vacío.

Tal como lo digo, es como si fuera Jay-Jay quien se había muerto. Era la impresión que me daba, aunque recibía alguna que otra carta de él en la que intentaba convencerme de lo bien que le iban las cosas. Él y su madre llegaron a Oklahoma justo cuando empezaba el *boom* del petróleo en los años ochenta.

Dejó de estudiar para irse a trabajar con su tío en los pozos, ganó algo de dinero y diez años más tarde lo invirtió en un pequeño negocio. Un primo suyo que había estudiado en Stanford conocía a un par de chicos que estaban trabajando en un programa informático que llamaban BackRub.

Que después se conocería como Google.

A Jay-Jay le fue bien, por lo menos en cuanto al éxito material se refiere. Pero de algún modo todo aquello me parecía bastante triste. Era muy listo, muy bueno y muy compasivo, pero jamás terminó sus estudios. Y me pregunto cuánta de la bondad le arrebatarían en el duro mundo de las perforaciones petrolíferas.

Supongo que una parte de Jay-Jay se murió con su padre aquella noche. Su esperanza, quizá. Su optimismo, sus sueños.

Cabría pensar que mamá se alegraría de ver que Jay-Jay se iba. Nunca lo conoció personalmente, pero me oía hablar de él muy a menudo, y yo sabía, sin tener que molestarme siquiera en preguntarlo, que Jay-Jay Dickens no era «alguien como nosotros».

El problema era que tampoco lo era Boone. Su familia era muy maja, pero eso, a mamá, le daba igual. No le importaba en absoluto que fuera guapo, cortés y listo, ni que tratara a los demás con respeto. Sus padres no tenían demasiado en lo que a dinero se refiere, pero esto no era lo principal. Boone era motivo de habladurías, y eso ya era suficiente para mamá.

—No te conviene —me decía cada vez que le sacaba el tema.

—Pero mamá...

—Nada de peros —replicaba—. Confía en mí, Priscilla. Ese muchacho no te conviene.

—¡Ni siquiera lo conoces!

—Mientras vivas bajo mi techo, harás lo que yo te diga, jovencita.

Dios mío, si no había oído esta frase mil veces, no la había oído ninguna. No me vio

burlarme de ella, imitando a sus espaldas cómo decía esas palabras, y fue una suerte. Porque podría haber sido el último *playback* de mi corta pero singular vida.

Citas.

El macho de la especie tiende a considerar este ritual como una caza: se acecha a la presa escurridiza, se separa a la mejor y más bonita del rebaño, se estrecha el cerco y, después, gracias a una inteligencia y una astucia superiores, se sigue a la elegida a cierta distancia hasta que cae delicadamente en la red. Pero para una chica sureña a la que se educa para que se convierta en una dama sureña, las citas son como unas compras ampliadas, donde se elige entre todo tipo de posibles parejas en busca del color, la combinación, el estilo y el tamaño compatibles.

Después de que mi madre me hablara sobre «la vida», mi padre, que normalmente se quedaba al margen y dejaba mi educación en las manos competentes de mamá, quiso añadir un sabio consejo a la mezcla.

—Peach, cielo —dijo—, jamás aconsejaría a una hija mía que se casara por dinero. Pero recuerda que es igual de fácil enamorarse de un hombre rico que entregarle tu corazón a un pobretón.

Mi madre aclaró el consejo de papá con una metáfora de las suyas:

—Si buscas un vestido de diseñador, no vas a comprar a una tienda barata, Priscilla.

Comprendí lo que se esperaba de mí. A pesar de la rabia que le dio a mi corazón quinceañero, acepté una invitación para asistir al baile del instituto con William Robeson McKenna III, el primogénito del socio del bufete de mi padre. Teníamos que ir con otra pareja, la de Sarah Thornton y su novio, Walter Stubblefield.

Conocía a Sarah desde que ambas estábamos en primaria, claro, y me gustaba tan poco ahora como cuando estudiábamos primero y se metía con Dorrie Meacham en el patio. Todavía seguía metiéndose con la gente, aunque de una forma mucho más refinada y elegante, pero como era hija de uno de los clientes más adinerados de papá, tenía que soportar su compañía más a menudo de lo que me habría gustado, es decir, nunca.

Walter, que a sus dieciséis años tenía carné de conducir y un descapotable nuevo, creía que estaba como un tren. En el instituto, Sarah se aferraba a él como si estuviera resbalando de la cubierta del *Titanic* y él fuera su única tabla de salvación. A lo mejor lo era. Sarah, después de todo, era la prueba palpable de la gran dicotomía de la secundaria en que la chica más popular del instituto, es decir, la que acaba siendo animadora, reina del baile inicial y la acompañante más deseada en el de graduación suele ser la persona que peor cae del mundo.

Yo tuve dos peticiones viables para mi primera cita; no está mal, si tenemos en cuenta que era conocida como la princesa de los concursos de belleza, y en lo que a accesibilidad se refiere, podría haber sido perfectamente una supermodelo africana de metro noventa. La mayoría de chicos estaban demasiado aterrados para acercárseme.

También era demasiado lista para mi propio bien.

Las chicas sureñas aprenden pronto que si son inteligentes, lo mejor que pueden hacer es disimularlo, y rápido. Mamá me dijo que a los chicos no les gustan las muchachas brillantes, pero cuando decidió impartirme este valioso consejo, ya era demasiado tarde.

Yo sabía que no era así. Lo que no gustaba a los chicos eran las muchachas que les intimidaban. Querían sentirse superiores, aunque fuera un engaño. Y, por supuesto, una dama sureña educada como es debido les permite disfrutar de su pretensión de supremacía y se aprovecha de ello.

Además, mis amigos no eran «gente adecuada». Una vez Sarah me advirtió, con aquel tono presumido y de superioridad que siempre utilizaba, que sería mejor que me alejara de los pobres si quería que me tomaran en serio.

La verdad es que habría preferido ir al baile con Boone, pero como eso era imposible, elegí el menor de los dos males. Por lo menos Robbie McKenna era guapo y tenía los ojos bonitos, aunque fuera una nenaza. El otro que me había pedido que lo acompañara era Marshall Threadgood, ala izquierda del equipo de fútbol americano. Sarah me había animado a aceptar la invitación, parca y gruñida, de Marsh: «¿Quieres ir al baile conmigo?». Sarah me dijo que Marsh era una estrella en alza, y que si tenía un novio deportista, seguro que la temporada siguiente formaría parte de las animadoras.

Pero Marsh se sentaba en la última fila durante la clase de literatura, con lo que había tenido la desafortunada oportunidad de conocer de primera mano su lasciva perspectiva sobre una selección de grandes autores, especialmente sobre Shakespeare:

—¿Poemas de amor a un hombre? Me gustaría decirle una cosita o dos sobre dónde podría metérselos. —La estrella deportiva de Marshall Threadgood podría estar en alza, pero su cerebro se situaba a mucha menos altura.

Robbie McKenna era, pues, la única alternativa sensata, por lo menos si tenía alguna intención de conservar la cordura además de la castidad.

Aquella primera cita marcó la pauta de los años posteriores.

Había elegido a Robbie, cuyo nacimiento y linaje tendrían que convertirlo en un muchacho que me convenía, y cuyas maneras gentiles tendrían que haberme protegido. Pero no había contado con que Marshall Threadgood me dirigiría gestos obscenos y se pelearía después con Robbie en la pista de baile. El pobre Robbie trató de defender mi honor, pero no estaba dotado para ello. Titubeó, recibió un gancho de derecha y cayó redondo, como un saco de patatas.

Rápidamente expulsaron a Marsh de la fiesta, pero el daño ya estaba hecho. Vino una ambulancia y se llevó corriendo a Robbie a urgencias para que le inmovilizaran la mandíbula rota. Sarah se quedó deshecha y suplicó a Walter que la llevara a casa. Y cuando las sirenas dejaron de oírse en medio de la oscuridad de la noche, noté un suave tirón en el codo.

Me volví. Detrás de mí estaba Boone Atkins, con su resplandeciente traje nuevo de color azul, observándome con una mirada tierna.

—¿Me concede este baile, señorita Rondell? —me preguntó con una carcajada grave—. Parece que tu acompañante ha quedado... bueno, temporalmente incapacitado.

Tomé la mano que me ofrecía y lo seguí hasta la pista. Bajo la tenue luz de los farolillos colgados alrededor del gimnasio, dudo que nadie viera la etiqueta de la tienda que le colgaba debajo del sobaco del traje. Se la arranqué y me la metí en el bolso.

Mamá me estaba esperando en la puerta cuando Boone me llevó a casa en el Chevrolet de diez años de su padre. Me explicó que el padre de Sarah había llamado para

contarles lo que había sucedido. ¡Qué mal tenía que haberlo pasado, y más siendo, como era, mi primera cita!

—Me lo pasé muy bien —aseguré mientras soltaba la mano de Boone—. Mamá, creo que no conoces a Boone Atkins. Ha tenido la amabilidad de traerme a casa.

—Gracias por cuidar de mi hija, joven. —Mamá asintió ceremoniosamente, con aquella sonrisa gélida dibujada en los labios. Alzó los ojos hacia la cara de Boone y volvió a bajarlos para observar el horrible traje reluciente que llevaba. Pero yo sabía que no estaba pensando en su indumentaria.

—Así que es ése —soltó mamá en tono desdeñoso en cuanto cerró la puerta tras la marcha de Boone—. Desde luego no es alguien que te convenga.

—Sí que me conviene, mamá —dije—. Es un caballero.

Y dicho esto, la dejé plantada en medio del salón, me fui a mi habitación y cerré la puerta.

Seguro que mañana me caería una buena bronca por relacionarme con gente como Boone Atkins. Mañana recibiría un duro sermón sobre la responsabilidad que tenía una dama sureña de mostrarse siempre decorosa. Mañana las cosas volverían a la normalidad.

Aun así, fue liberador, fuera cuales fueran las consecuencias, sentirme un poco mejor conmigo misma, darme uno o dos centímetros más de margen para moverme. Me quité el vestido y lo colgué en la puerta. Vacié entonces el contenido del bolso para buscar la etiqueta del valioso traje de Boone. Azul claro especial; rebajado a treinta y nueve con noventa y cinco dólares.

Guardé esta etiqueta todo el tiempo que estuve soltera y hasta mucho después también de haberme casado con Robert y marchado de Chulahatchie. Era mi resguardo de un recuerdo tierno, un recordatorio de que no todo lo que tiene valor se consigue en las tiendas lujosas.

Capítulo 14

—¿Puedo sentarme? —preguntó Boone.

Estaba tan absorta escribiendo que no lo había oído acercarse. Cerré el diario y alcé la mirada hacia él. Estaba sonriendo.

—Claro —respondí. Aunque la invitación sobraba porque ya se había acomodado al otro lado de la mesa.

El corpulento hombre negro que se llamaba Scratch trajo más café y tardó mucho rato en servirlo. Era evidente que la situación le divertía por alguna razón, porque no dejaba de mirarnos primero a uno y luego al otro con una sonrisa burlona.

—¿Qué le pasa? —dije cuando regresó a la cocina.

—Le gustas —contestó Boone tras reír entre dientes.

—Tiene algo distinto.

—¿Qué quieres decir, distinto?

En realidad no sabía muy bien qué quería decir.

—Es sólo una impresión. Como si escondiera algo.

No, no me había expresado bien.

—No me refiero a que esconda nada, exactamente. Nada malo. Sólo es que tengo la impresión de que es una persona más compleja de lo que parece.

—Todo el mundo es más complejo de lo que parece —comentó Boone.

Dejó la frase en suspense uno o dos minutos, mientras adquiría fuerza con el silencio.

—Mírate a ti, por ejemplo —sentenció.

—¿Qué pasa conmigo?

—Bueno, ése es el gran misterio.

—No tengo nada de misterioso. —Intenté tomármelo a risa.

—Ya lo creo que sí —me contradijo Boone—. Con todas las preguntas que un buen periodista podría hacer: ¿Quién es Peach Rondell en la actualidad, veinte años después de haberse ido? ¿Qué escribe en ese diario que lleva siempre encima? ¿Dónde está su marido, el profesor universitario? ¿Por qué parece siempre estar tan triste?

Se encogió de hombros y me dirigió aquella sonrisa suya tan espléndida, la sonrisa con la que lograría que cualquiera le perdonara lo que fuera, hasta meter sus preciosas narices en los asuntos personales de otra persona.

—Se te olvidó cuándo —dije.

—Vaya, tienes razón. —Se pinzó el entrecejo como si estuviera reflexionando

profundamente—. Ya lo tengo. ¿Cuándo abrirá Peach su corazón y confiará en alguien para que sea su amigo?

Busqué mentalmente alguna repuesta aguda, ingeniosa y bromista, pero no encontré ninguna, y en lo que a humor se refiere, la rapidez de reacción lo es todo. Además, se me había hecho un nudo en la garganta de la emoción. De improviso me dio un ataque de verborrea y empecé a contar a Boone Atkins cosas que no había dicho siquiera a mi psicoterapeuta.

—Cuando hace años me fui de Chulahatchie, me juré que jamás volvería —expliqué—. Me había hartado del control y de las manipulaciones de mamá. Regresé una o dos veces para hacer una breve visita, simplemente porque no podía soportar castigar a papá por las intimidaciones de mamá, pero siempre me marchaba hecha un desastre, por lo menos a nivel emocional. Nada fue nunca lo bastante bueno para complacer a mamá. Yo no era lo bastante buena.

Me detuve y me arriesgué a mirar a Boone a la cara. Me estaba escuchando atentamente, y asintió para que prosiguiera mi relato.

—En cualquier caso, perdí el contacto con todo el mundo a quien conocí durante mi adolescencia. —Interrumpí de nuevo mi narración para replantearme esta afirmación—. No, eso no es verdad. Corté deliberadamente los lazos con todo el mundo. No quería que nada me recordara Chulahatchie, ni mi infancia, ni el hecho de que tiempo atrás había sido la Reina de la Soja y *Miss* Universidad de Misisipí.

Boone se rió entre dientes como si me comprendiera perfectamente y tomó un sorbito de café.

—Así que cuando papá murió y volví para el funeral, era una auténtica forastera en mi propia ciudad natal. No recordaba a ninguna de las personas que asistieron a la ceremonia religiosa, y no tenía ningún interés especial en recordarlas. Simplemente, me daba igual. Dije a mi hermana Melanie que la siguiente vez que pusiera los pies en Misisipí sería para liquidar el patrimonio de mamá. No contaba con que...

Me detuve. ¿Cómo podía decirle la verdad sobre el rechazo de Robert, sobre lo de volver a empezar y sobre lo desesperada y lo inútil que me sentía?

Confundió mi vacilación con otra cosa.

—Debes de echarlo de menos.

Noté una punzada dolorosa en el vientre, como el de una articulación dislocada o la descarga eléctrica de un dolor nervioso. Sin pensármelo dos veces, solté la verdad:

—No echo de menos a Robert —dije—. Echo de menos sentirme amada.

Boone me dirigió la mirada más tierna que pueda uno imaginarse, y cuando habló, su voz era grave, baja, casi un susurro:

—Estaba hablando de tu padre —aclaró.

¡Dios mío! ¡Pero qué idiota era! Debido a un flagrante lapsus freudiano, había revelado demasiada información, y ahora me sentía tan vulnerable y expuesta como un cervatillo destripado.

Pero Boone no pareció darse cuenta. Se inclinó hacia delante y alargó la mano sobre la mesa hasta casi tocarme la mía, pero sin hacerlo.

—Está bien, tranquila.

—¡No está bien! —exclamé con más pasión y volumen del que había querido. Bajé la voz hasta un siseo—: No está bien que mi marido me haya dejado por otra y yo no tenga trabajo ni

ninguna otra fuente de ingresos, ni tampoco ningún sitio donde ir. No está bien que haya tenido que volver para «visitar» a mi madre, y sí, pon la palabra entre comillas, porque sólo Dios sabe cuánto tiempo durará esta visita antes de que pueda recuperarme y largarme de aquí. No está bien que mi padre esté muerto y enterrado, y ya no esté aquí cuando lo necesito. No está bien que mi vida sea un asco y que la única persona que me haya mostrado algo de compasión fuera el marido de otra mujer, y que, al final, hasta él terminara dejándome para regresar con ella.

Boone esperó a que terminara de tocar fondo entre tartamudeos.

—Debes de pensar que soy horrible —dije.

—No pienso nada de eso.

Sacó un fajo de servilletas de papel del dispensador, me lo puso en la mano y esperó a que me sonara la nariz.

—Creo que te han lastimado, que últimamente tu vida ha sido difícil y que no sabes muy bien cómo manejar la situación —aseguró—. Puede parecer que Chulahatchie sigue anclada en la Edad Media, pero algunos de nosotros estamos bastante ilustrados. —Soltó una carcajada suave—. Si nos dejas, seguro que encuentras gente que te apoye.

Me quedé callada mientras intentaba asimilar las palabras, que me resonaban en la cabeza. Me sentía extraña, arropada y un poco asustada a la vez. Nadie me había aceptado así jamás, ni siquiera Robert cuando estábamos casados. Y aunque agradecí el respiro que esta aceptación me proporcionaba, también me provocó cierta ansiedad y aprensión. Si no sabía qué había hecho para merecerla, ¿cómo podía saber qué podría provocar que la perdiera?

Traté de no pensar en el vaso medio vacío. El viejo idiota de mi psiquiatra siempre me hablaba de la energía negativa y del karma, y de que me centrara y aceptara lo que la vida me daba con las manos abiertas. Claro que él no sabía que con mamá, si abrías las manos aunque sólo fuera un centímetro, te arrebatara lo que tuvieras en ellas.

No era exactamente una metáfora alentadora, pero lamentablemente, era cierta.

—¿Y qué estás escribiendo en ese diario? —me preguntó Boone.

—Tonterías —respondí—. Pensamientos. Recuerdos. Ideas. Cuando regresé a Chulahatchie, estaba segura de que me había muerto y había llegado al tercer círculo del infierno. Pero me ha sorprendido la cantidad de cosas que creía olvidadas y que he recordado. Estoy aprendiendo mucho sobre mí misma, comprendiéndolo todo mejor.

—Si lo que me has dicho sobre Scratch sirve de ejemplo, también tienes mucha intuición con respecto a los demás —comentó Boone—. Recuerdo que tiempo atrás me dijiste que querías escribir libros de ficción. Tal vez éste sea un buen momento para empezar. Por lo menos, en Chulahatchie encontrarás muchos personajes. No hay mal que por bien no venga.

—No sé lo del bien, pero el mal es enorme —asegué.

El jurado sigue deliberando si creo que pueda haber algún bien en esto, pero Boone tenía razón sobre una cosa: Chulahatchie tiene una cantidad desmesurada de personajes.

Tomemos a Scratch, por ejemplo. Es un puzle dentro de un enigma envuelto de misterio. Al parecer es pinche, ayudante de camarero y recadero, pero hay algo más en él. Siempre que lo miro, y especialmente cuando hablo con él, me viene a la cabeza un traje carísimo de Brooks Brothers oculto bajo una camiseta y un delantal.

Si se tratara del personaje de una novela que estuviera escribiendo, sería un artista, o

un músico, con un talento inmenso, perseguido por alguna circunstancia de su pasado que hace que se mantenga encerrado en sí mismo. Algún hecho doloroso que nadie conoce, algún sufrimiento oculto. Un amor que terminó mal, quizás. Un sueño que no se hizo realidad.

De vez en cuando, se revela y ves esa chispa, esa ternura en él. Como cuando habla con Purdy Overstreet, que prácticamente ha sucumbido al Alzheimer. Purdy tiene debilidad por Scratch; se echa en sus brazos cada vez que entra alborozadamente en el local. Él es siempre muy amable con ella, muy cariñoso y comprensivo.

Y Purdy es otro personaje, desde luego. Me la imagino como una abuela canosa a quien hicieron de repente un trasplante de personalidad. Se tiñe el pelo de naranja y lleva minifaldas con medias de rejilla. Y siempre va con una boa de plumas alrededor del cuello. Me recuerda a Lola, la corista de *Copacabana*, aquella vieja canción de Barry Manilow.

Y para completar el triángulo, por supuesto, está Hoot Everett, que puede que sea un anciano desdentado de ochenta y tantos, pero no está nada falto de pasión. Está loco por Purdy, de eso no hay duda. Es un cachorro enamorado que no puede entender por qué ella se pasa todo el tiempo babeando por Scratch. Si estuviera escribiendo su historia, los dos acabarían juntos y demostrarían al mundo que el amor sobrevive a la belleza, al cerebro y a la vitalidad física.

Voy a seguir el consejo de Boone, y además de anotar cosas en mi diario para la psicoterapia, voy a empezar a escribir también ficción. Algo sencillo para empezar: esbozos de personajes, escenas breves. Algunas cosas a partir de la observación y otras a partir de mi experiencia personal, quizá. Veré cómo me va y decidiré qué hago.

¿Qué puedo perder? No tengo dónde ir y me sobra el tiempo.

Y si del mal resulta un bien, me tragaré gustosamente mis palabras, con pan integral y un poco de mantequilla, por favor.

—Sales casi todos los días —dijo mamá.

Mamá nunca hacía un comentario inocente. O bien era una crítica o bien se trataba de una pregunta, pero siempre estaba formulado de forma que podía asegurar que no había querido decir nada en absoluto con él. Si te molestabas, era problema tuyo, no de ella.

Estábamos sentadas en la veranda trasera tomando café en el frescor de la mañana. El otoño había conllevado perspectivas de cambio, con aquella fragancia característica del ambiente, cuando el aire sabe a manzana y todas las brisas huelen a humo de hojas quemadas. El otoño era mi estación favorita, y ni siquiera estar en Misisipí con mamá podía reducir la sensación de bienestar que me proporcionaba la llegada del tiempo más templado. La sensación de algo que estaba a la vuelta de la esquina, de algo apasionante, desafiante y...

—Priscilla, te he hecho una pregunta. ¿Podrías tener la gentileza de contestar?

Contuve un suspiro, dejé escapar la sensación de bienestar y observé cómo se dispersaba como el humo y se desvanecía hasta quedar reducida a nada.

—No sabía que me hubieras preguntado nada —solté.

Mamá me dirigió «la mirada».

—Dije que...

—Ya sé qué dijiste —la interrumpí—. Dijiste que he estado saliendo todos los días. Eso no es ninguna pregunta, es una afirmación.

—Viene a ser lo mismo, y tú lo sabes —replicó mamá.

—Bueno, pues ya que quieres saberlo, he estado yendo al local de Dell Haley, el Heartbreak Cafe, en la calle West Main.

Mamá se me quedó mirando, abrió la boca y volvió a cerrarla. Sorbió el café y reflexionó.

—Supongo que no podía hacer otra cosa después de que su marido se muriera tan de repente y todo eso.

Algo se me retorció en el estómago como una lubina acabada de pescar en el sedal.

—¿Dell tuvo un marido que se murió? ¿Hace poco?

—Esta primavera, creo. No los conocía, la verdad. O, por lo menos, no los conocía bien. No formaban parte, bueno, de nuestro círculo. Pero supongo que decidiría abrir esa deprimente cafetería después de que su marido muriera. Para llegar a fin de mes.

Por algún motivo, sentí la necesidad de intervenir y defender a Dell:

—No es deprimente. La comida es espléndida. La gente es muy simpática. Y a Dell parecer irle muy bien el negocio.

Ninguna reacción.

—Ha sido muy amable conmigo —proseguí tozudamente—. Me siento en una mesa, me pongo a escribir y...

—Sí, bueno —dijo mamá, encogiéndose de hombros—. No es amiga tuya, Priscilla. Ser amable forma parte de su trabajo. Tenlo presente y no le des la lata.

«No des la lata. Comportate como una dama. Asegúrate de que te hayan invitado. Resérvate las opiniones. No te acerques demasiado a la clase de gente que no te conviene».

Era el tipo de cosa que podría haberme dicho cuando tenía cuatro años. Toda mi vida ha estropeado todo lo que he apreciado.

¿Cuándo iba a aprender a tener la boca cerrada y a guardar en secreto mis preciados tesoros?

Capítulo 15

No hablé con mi psiquiatra de Dell, de Scratch, de Boone Atkins ni de ninguna otra persona del Heartbreak Cafe. No sé por qué; quizá la experiencia con mamá me descorazonó. No quería que pensara que estaba desesperada y era patética, como mi madre parecía creer.

«Pero la verdad es que puede que esté desesperada y sea patética —escribí en mi diario—. A lo mejor soy una fracasada».

Fracasada. La palabra que he estado evitando todos estos meses. La palabra que me devuelve a la parte de mi infancia que he reprimido adrede.

Quizá supiera, en el fondo, que no sería capaz de evitarla para siempre. Pero la esperanza mana eterna, como solía decir mamá. ¿Sabría el contexto de estas palabras tal como las había escrito Pope originariamente? «La esperanza mana eterna del seno humano. El hombre nunca es, pero siempre espera ser bendecido».

Dios mío, al viejo idiota le encantaría. Esta filosofía no se basaba precisamente en ver el vaso medio lleno.

Repaso las páginas que he escrito durante los meses que llevo en casa de mamá desde mi vuelta, y hay muchas cosas que no recordé hasta que empecé a plasmarlo todo en el papel. Tal vez Robert tuviera razón, tal vez el cordón umbilical es la principal herida que nuestras madres nos infligen, la que llega hasta el núcleo mismo de nuestro ser. Tal vez todos los estereotipos de la psicoterapia están firmemente arraigados en la realidad entre madres e hijas.

Visto desde fuera, podría parecer que no me había ido tan mal. Mis padres no me maltrataron, me abandonaron ni desatendieron. No éramos pobres; todo lo contrario, en realidad. Siempre tuve todo lo que necesitaba y casi todo lo que quería.

Salvo lo que más necesitaba y más quería.

Una madre.

Varios psiquiatras me han hablado en alguna ocasión sobre el principio de la esperanza intermitente, sobre cómo un momento fugaz de satisfacción puede tentar a nuestra psique para que crea que ha ocurrido un milagro, que se ha producido un cambio en alguien que deseamos profundamente que nos quiera. Cuando el objeto de nuestro anhelo vuelve a sus viejas actitudes de crueldad o de indiferencia, nos aferramos a ese hilo de esperanza y nos obligamos a creer que nos quiere, aunque la experiencia de toda una vida nos demuestre lo contrario.

Nunca lo hace, pero siempre lo esperamos...

Y en algún momento dirigimos el dedo de la culpa hacia nosotros mismos y nos calificamos con los únicos nombres que conocemos: Perdidos. Aborrecibles. Indignos. Perdedores. Fracasados.

Los nombres tienen mucho poder. Nos definen, escriben nuestro destino, si no en las estrellas, sí en nuestro propio corazón.

Leí y releí las palabras no sé cuántas veces mientras asimilaba la realidad. Mamá me había dado mi nombre, sí. Pero lo importante no era el apellido Bell. Me había calificado con sus expectativas, con su educación, con su narcisismo. El universo giraba a su alrededor, y yo era una partícula indefensa atrapada en su órbita.

Daba igual que me hubiera aficionado a llevar sudaderas andrajosas, que no me maquillara y que me negara a ir a la iglesia. Esta clase de rebelión externa no tenía ningún efecto sobre la niña que llevaba dentro. En el fondo, seguía siendo una chiquilla que quería y necesitaba la aprobación de su mamá.

—Tienes que seguir adelante —dijo mamá.

Tras años de olvido obligado, ahora lo recordaba con total claridad. No me preguntó: «¿Estás bien, cariño?», ni «¿Quieres que vayamos al médico?». Me dijo: «Tienes que seguir adelante».

No era la primera vez que oía estas palabras. Por desgracia, en todos los concursos de belleza en los que había participado desde que tenía seis años siempre me entraba el pánico cuando el foco se iluminaba y me tocaba actuar. Lo detestaba. Detestaba todo lo que conllevaba: los vestidos incómodos, los zapatos de claqué, los rulos, el maquillaje y la laca. Con los años había compensado con mi aspecto y mi encanto el talento que me faltaba, y las clases de canto que mamá me había obligado a tomar habían dado sus frutos, por lo menos lo suficiente como para que no me abuchearan cuando estaba en el escenario. Pero nada de todo esto era innato en mí como parecía serlo en las demás chicas. Como parecía serlo en mamá.

Aquella noche, el día de la clasificación previa del condado para el concurso de belleza juvenil, me planteé, por primera vez, si mamá habría soñado alguna vez con hacer aquello ella misma. A lo mejor había anhelado desesperadamente ser *Miss Juvenil* o *Miss Misisipí*, pero participar en un concurso de belleza no era barato, y estaba bastante segura de que GiGi y Chick no podrían haber dispuesto del dinero necesario.

Quizás, a mis dieciséis años, había madurado lo suficiente para empezar a ver a mi madre como una persona con sus propios sueños, esperanzas y anhelos frustrados.

Sin embargo, no era lo bastante madura como para tirar de ese hilo hasta llegar a su conclusión lógica.

Nos acercábamos a la última prueba de talento. Yo había estado esperando, en lo más profundo de mi ser, que apareciera alguien que pudiera ser la versión de la ex *Miss América* y actriz Mary Ann Mobley de mi generación, pero desafortunadamente, las pésimas actuaciones a nivel del condado habían dejado claro que sólo tenía una

contrincante importante. Se llamaba Astrid y era una chica listísima pero sin el menor gancho, cuyo talento se basaba en la lectura dramatizada del decreto sobre los siervos de Catalina la Grande.

—Todo va sobre ruedas —dijo mamá durante la cena esa noche—. No te comas eso; te dará gases. —Me retiró un par de cabezuelas de brócoli de la parte superior de la ensalada.

Jugueteé con la lechuga y el tomate.

—Venga —dijo mamá—. Tienes que comer.

—No tengo hambre —comenté—. Estoy mala.

—Te encuentras mal —me corrigió automáticamente—. Sólo son nervios. No te preocupes por la cena; después habrá una recepción.

Pero no eran sólo nervios. Sabía distinguirlos. Me dolía la tripa y me notaba un sudor frío por todo el cuerpo. Cuando regresamos al auditorio, sabía que estaba en apuros. Y de los buenos. Corrí al lavabo de señoras y casi no llegué a tiempo. Cuando volví a salir, mamá estaba mirando la hora.

—Tienes quince minutos —dijo—. Ve a retocarte el maquillaje.

—Estoy fatal, mamá —expliqué tras apoyarme en la pared—. No sé si es una intoxicación por algo que comí o qué. Tengo una diarrea muy fuerte, y también muchas ganas de vomitar.

—No vas a vomitar —aseguró—. Y no puede ser intoxicación alimentaria; las dos comimos lo mismo.

—No es verdad. Mi ensalada no llevaba la misma salsa que la tuya.

Me tiró del codo con tanta fuerza que oí que la articulación chasqueaba.

—Sólo son nervios —insistió con los dientes apretados—. Ve, vamos. —Me empujó hacia el camerino.

Fui. Me salpiqué la cara con agua fría y me retoqué el maquillaje. Inspiré hondo varias veces. Traté de recordar todo lo que había aprendido sobre cómo tranquilizarme.

Y entonces oí al presentador:

—Y a continuación, demos una calurosa acogida a Priscilla Bell Rondell, de Chulahatchie, que nos cantará «I Have Dreamed», de *El rey y yo*.

Me dirigí al escenario. El acompañante ya había empezado a tocar las notas que me daban la entrada, y mamá me había enseñado a aparecer en escena de forma elegante y triunfal a la vez que sonaba la música. Todo el mundo aplaudió. Me acerqué al micrófono situado junto al piano de cola.

Pero no llegué.

Noté que la bilis me llegaba a la boca y contuve la arcada. El pianista tocó mi entrada una segunda vez.

Iba a pasar y no podía hacer nada para impedirlo. Di media vuelta y corrí hacia bastidores, donde deposité la salsa de la ensalada sobre los zapatos del tramoyista.

Alguien me sujetó y me ayudó a incorporarme. Por un instante, creí que era mamá y me imaginé una escena tierna en la que se disculpaba y me prometía que nunca volvería a obligarme a salir a un escenario.

Pero no era ella. Era papá, que se había levantado de la platea como una bala en

cuanto se había percatado de que me pasaba algo. Me sujetó mientras tenía más arcadas, ignoró el hedor y me llevó corriendo a urgencias.

Mamá no vino para nada al hospital. Nunca se disculpó, ni siquiera cuando el médico dijo que, efectivamente, tenía intoxicación alimentaria y me tuvo ingresada aquella noche para asegurarse de que el tratamiento me surtía efecto y de que no me deshidrataba. Papá se quedó y durmió en una incómoda butaca de escay al lado de mi cama.

Al día siguiente, cuando regresamos a casa, mamá me informó de que Astrid había llevado a los siervos a la victoria y que representaría al condado en el concurso de belleza juvenil del estado.

Algo me decía que Astrid no necesitaba realmente el dinero de la beca escolar que se conseguía al ganar el concurso. Tal vez su madre y la mía habían aprendido del mismo libro. Tal vez en aquel mismo instante su madre lo estaba celebrando mientras Astrid estaba en el cuarto de baño devolviendo al pensar que tendría que repetirlo todo ante un público más numeroso.

Durante años intenté, sin lograrlo nunca, olvidar lo que mamá me dijo ese día:

Priscilla, en este mundo hay dos clases de personas: las triunfadoras y las perdedoras. Y yo no te eduqué para que fueras una perdedora.

Los nombres. Son algo muy poderoso. La palabra «perdedora» me incitó a ganar el título de Reina de la Soja del condado y me llevó a quedar tercera clasificada en el concurso de *Miss Misisipí*. Estaba resuelta a demostrar que mamá estaba equivocada. A demostrar que todos estaban equivocados.

Al final, demostré que estaba en lo cierto. La tercera clasificada sigue siendo una perdedora. Quedarse cerca vale en el juego de la herradura, pero jamás valió nada para mamá.

Capítulo 16

La semana antes del Día de Acción de Gracias, estaba sentada en la mesa del fondo, mi punto de observación habitual desde donde contemplaba la actividad del Heartbreak Cafe. Estaba pensando que tal vez debería levantarme de la mesa e irme a casa, porque el local estaba más lleno que de costumbre. Una familia de forasteros llevaba quince minutos dando la lata a Dell, sin tener nada en cuenta que tenía que atender otras mesas.

La campanilla de la puerta tintineó y Purdy Overstreet entró ondeando con garbo una falda de vuelo de color naranja fuerte con un estampado lleno de pavos con sombrerito. Llevaba el cabello exactamente del mismo color naranja que la falda, y lucía unas ajustadas medias negras con unos zapatos de charol que se ataban por delante con cintas.

El café se quedó en silencio, como solía suceder siempre que ella entraba. Después de hacer una reverencia y saludar a su público, lo que provocó unas cuantas risas y diversos aplausos entre los comensales, Purdy dirigió la mirada a su mesa, donde los forasteros se seguían demorando, hablando sobre su abuela de Milledgeville, en Georgia, que había conocido a Flannery O'Connor y había ido a su granja a dar de comer a los pavos reales.

Desde mi posición, al otro lado del local, vi claramente que a Purdy le importaban un comino Flannery y sus pájaros; lo que ella quería era que le devolvieran la mesa. Fulminó con la mirada a los desconocidos y se quedó allí plantada, dando golpecitos con el pie en el suelo, de modo que el repiqueteo resonó por el local como el tictac de una bomba de relojería a punto de explotar.

Justo cuando me levantaba para cederle mi mesa a Purdy, Hoot Everett vio la oportunidad y la cazó al vuelo. Se abrió rápidamente paso entre la gente, hizo una reverencia a Purdy y la invitó a sentarse con él. Naturalmente, no era ningún secreto que Purdy sólo tenía ojos para Scratch, pero como él estaba ocupado en otras cosas en la cocina, aceptó la invitación de Hoot como una alternativa aceptable, y Hoot la acompañó, triunfante, a su mesa.

—Menudo par de personajes —comenté a Dell cuando se acercó con la cafetera. Y le señalé los dos tortolitos.

—Ya era hora —dijo—. Creí que jamás renunciaría a Scratch.

—A lo mejor Hoot tiene algo que Scratch no tiene. —Hice un gesto para que mirara a Hoot, que estaba pasando una botella a Purdy.

En ese mismo instante, la puerta se abrió y entró Marvin Beckstrom, el arrendatario del Heartbreak Cafe, seguido de su omnipresente perro guardián, el sheriff, que iba de uniforme, con pistola y esposas incluidas.

—¡Dios mío! —exclamó Dell—. Tenemos que hacer algo, rápido. No tengo permiso para

servir alcohol, y si esa botella contiene lo que creo que contiene, el sheriff podría cerrarme el local en un periquete. Nada le gustaría más a ese cabrón de Beckstrom.

—Ve —dije—. Yo los distraeré.

Dell se marchó hacia la mesa de Hoot, y yo me levanté del asiento tirando todos los platos al suelo para fingir que me había resbalado y me caía. Fue una actuación bastante buena, modestia aparte. Marvin Beckstrom y el sheriff corrieron hacia mí, mientras que Dell interceptaba a Hoot y a Purdy e intentaba arrebatárselos la botella.

El sheriff me ayudó a levantarme, y Marvin se dedicó a sermonearme sobre cómo tendría que demandar a Dell y al Heartbreak Cafe por negligencia, puesto que era evidente que era culpa de Dell que me hubiera resbalado. Scratch salió y empezó a recoger los platos rotos. Al otro lado del local cada vez había más ruido. Hoot estaba gritando:

—¡Devuélvemela! ¡No es tuya!

Marvin y el sheriff se giraron a la vez. Hoot estaba sujetando a Purdy del brazo, y ambos parecían muy borrachos. Purdy se tambaleó y se desplomó despacio, como a cámara lenta, chillando.

Todo el mundo se acercó corriendo a ella. Scratch llegó el primero y empezó a palpar la pierna torcida de Purdy desde el tobillo hasta la rodilla.

—¿Está rota? —quiso saber Dell.

—Creo que no —respondió Scratch—. Lo más probable es que sólo sea un esguince. Pero a su edad, todas las precauciones son pocas. Será mejor llevarla al hospital.

Llamé a urgencias, y en un par de minutos llegó la ambulancia, junto con una nube de mirones. En Chulahatchie la gente tiene demasiado tiempo libre para mi gusto.

Metieron a Purdy en la ambulancia. Hoot intentó subir para acompañarla y quiso enfrentarse con los sanitarios cuando éstos se lo impidieron.

—Ya lo llevaré yo —dije. Lo conduje hasta mi pequeño Honda azul y seguimos la ambulancia los doscientos metros de distancia que nos separaban del hospital. Hoot, que iba arrellanado en el asiento del copiloto, soltó un suspiro que llenó todo el coche del olor a fermentación.

—¿Qué llevaba en esa botella? —le pregunté.

—Moscatel —me respondió—. Yo mismo lo hago. Es muy bueno.

—Me lo imagino.

Se volvió hacia mí y me guiñó un ojo.

—Cuando no eres guapo ni listo, te vales de lo que tienes. Mi moscatel es mejor que el Viagra.

Al final lo de Purdy sólo era un esguince, pero debido a su edad y a su fragilidad, el médico le puso una férula en la pierna y le dijo que tendría que haber alguien con ella todo el rato.

—Vive en la Residencia de Saint Agnes —le informé—. Allí estará bien. La llevaré y la dejaré bien instalada.

—Ni hablar —interrumpió Hoot—. Yo tengo una habitación disponible y cuidaré de ella. Irá a casa conmigo.

Purdy dirigió la mirada de Hoot al médico y, después, de nuevo a Hoot. Finalmente, la fijó en mí.

—Di a Dell que quiero que me traigan el almuerzo todos los días —soltó. No era una

petición; era una orden.

—Entendido.

—Y también que no quiero que venga Dell. Que lo traiga él.

Supuse que al decir «él» se refería a Scratch. A Hoot no le gustó nada cómo estaba evolucionando el asunto, pero no dijo nada.

—Pollo asado y pudín de maíz —pidió—. Con pan de maíz. Y un pedazo de pastel de manzana también. —Entrecerró los ojos—. ¿Lo tienes?

—Sí. —Intenté contener una sonrisa.

Debió de ser culpa de la sonrisa. Me clavó los ojos en la cara un par de minutos hasta que, por fin, me señaló con un dedo huesudo y nudoso.

—Eres aquella reina de belleza... de la Soja o algo así —comentó—. Ha pasado mucho tiempo, pero me acuerdo. Entonces eras rubia y estabas delgada.

—Sí. Soy Peach Rondell.

—Peach —repitió—. No, no me casa.

—Priscilla —rectifiqué—. Mi verdadero nombre es Priscilla.

—Ridículo —masculló—. Tu madre tendría que haber sido más juiciosa. —Me tomó la mano y me la sujetó con dedos artríticos—. Sigue llamándote Peach, cariño. Te va bien.

Cargué a los dos, además de la silla de ruedas plegable, en el Honda con bastante dificultad y los llevé unas manzanas más allá, donde vivía Hoot. Para mi sorpresa, su casa estaba limpia y ordenada, aunque olierá un poco a moho. Instalamos a Purdy en la habitación disponible y metimos en ella la butaca reclinable de Hoot para que pudiera sentarse para hacerle compañía.

Salí al porche y llamé a Jane Lee Custer, de Saint Agnes. Cuando le expliqué la situación de Purdy y el hecho de que estaba decidida a dejar que Hoot le hiciera de enfermero, Jane Lee soltó un sufrido suspiro. Casi pude verla entornando los ojos.

—Por tu reacción diría que no es la primera vez que lo hace —comenté.

—Pues no —dijo Jane Lee—. Pero no podemos impedirselo. Enviaré a alguien con algo de ropa suya y con sus medicamentos, y comprobaremos cada día cómo sigue.

—Quiere que Dell le traiga la comida del café. —No era del todo exacto, pero me imaginé que no tenía sentido introducir a Scratch en la conversación si podía evitarlo.

—De acuerdo —dijo Jane Lee—. Gracias por ocuparte de ella. —Y, tras detenerse un momento, preguntó—: ¿Dijiste que eras...?

—Sí. Peach Rondell. Antes vivía aquí.

—Fuimos juntas al instituto, ¿verdad?

—Sí. —Lo cierto era que Jane Lee Custer había sido totalmente horrible conmigo durante la secundaria. Ella estaba destinada a ser una neurocirujana de talla mundial y yo, según sus propias palabras, no era más que la personificación de una muñeca Barbie. No obstante, no me pareció que fuera a ser especialmente productivo recordárselo, sobre todo en vista de que, evidentemente, lo de la neurocirugía no había acabado del todo bien.

—Tendríamos que almorzar juntas algún día —sugirió.

—Sí, ya quedaremos.

Y convencida, como ella, de que eso jamás iba a suceder, ni aunque las ranas criaran pelo, colgué y marqué el número del Heartbreak Cafe.

Capítulo 17

Los siguientes días me hicieron creer, por primera vez desde hacía meses, que podía merecer la pena vivir la vida. Pasé de la noche a la mañana de observar el mundo a integrarme en él.

Todos querían oír la historia de Hoot y Purdy, y saber qué pasó en urgencias. Dell y yo organizábamos los menús de Purdy, y Scratch y yo tuvimos una larga conversación sobre el Alzheimer y sobre cómo la demencia de cualquier tipo suprimía los filtros que nos impiden decir cosas escandalosas u ofensivas a los demás. Scratch habló de ella con tanta compasión y tanta comprensión que terminé por cambiar la descripción ficticia que había hecho de él como artista para convertirlo en enfermero o terapeuta. Fuera lo que fuera lo que hubiera sido en su otra vida, era más inteligente y más sensible que ningún pinche o ayudante de camarero que hubiera conocido en mi vida.

A la hora del almuerzo llevé a Scratch a casa de Hoot para entregar la comida a Purdy: pollo asado, pudín de maíz y pan de maíz, tal como había pedido. Suficiente para dos, además de medio pastel de manzana y arándanos recién salido del horno.

—Cumples muy bien los encargos —dijo cuando echó un vistazo a lo que había bajo las cubiertas de papel de aluminio. Era su forma de darme las gracias; la de Hoot fue pasarme un poco de moscatel cuando creía que Scratch no lo veía.

Por la tarde, Boone vino y se sentó un buen rato conmigo para ponerme al día de todo lo que había hecho desde la secundaria. No era mucho, la verdad sea dicha; había vivido en Chulahatchie toda su vida, excepto cuando fue a la Universidad de Misisipí para conseguir un máster en biblioteconomía. Me dio algo de pena; a pesar de tener un buen trabajo y buenos amigos, parecía sumido en una especie de soledad cósmica, como si estuviera visitando otro planeta donde los nativos lo habían aceptado pero seguía siendo el único de su especie.

Hay gente que cree que una familia es un grupo de personas a las que estás unido por el ADN. «La sangre es más espesa que el agua. Todo se lleva en la sangre. Los lazos más fuertes son los de sangre».

Pero una familia no es esto. La familia no es la gente que tiene que acogerte, del modo en que mamá me abrió a regañadientes la puerta de su casa cuando regresé a Chulahatchie. La familia es la gente que te hace sentir bien contigo mismo, que te acepta tal como eres, que no espera que seas perfecto, que te escucha cuando hablas y que te permite cambiar de parecer si tienes que hacerlo.

Boone me habló de Dell, y de Toni, la mejor amiga de Dell, y de Scratch, y hasta de

Hoot y de Purdy, como de su familia. Los llamó su «familia elegida». La gente que tú mismo escoges. La gente cuya presencia hace que tu vida sea más profunda, más rica y más satisfactoria.

Es triste que a menudo las personas que tendrían que querernos bien nos quieran mal, ¿no?

Supongo que no lo hacen aposta. Pero es fácil no valorar a la llamada familia verdadera. Maridos y mujeres, padres e hijos, parejas y amantes acaban siendo tan conocidos que pasan a formar parte de los muebles de tu vida. Al final apenas piensas en ellos. Cuando estás enojado, triste o asustado, te desquitas con ellos porque siempre estarán ahí. Del mismo modo que das un puntapié a la pata de una mesa o lanzas una taza de café contra la pared.

Dios mío, espero no haber hecho eso con Robert. Espero no haberme acostumbrado tanto a tenerlo a mi lado que haya dejado de pensar realmente en cómo se sentía o en qué quería él de la vida. Y, de repente, estoy aquí, rodeada de personas que hasta hace unos meses me eran desconocidas y que ahora considero más de mi familia que mi propio marido...

O que mi propia madre.

Dejé de escribir y me quedé mirando el papel. Las palabras de la página se emborronaron como si las hubiera alcanzado el agua, con la nitidez perdida al entrar en contacto con unas lágrimas inesperadas. Al viejo idiota canoso de mi psicoterapeuta le encantaban momentos así, en que una revelación imprevista aparecía y me daba una soberana paliza. Le gustaba decir que sufrir significaba avanzar.

Puede que tuviera razón. Pero, de todas formas, el golpe me dejaba una herida profunda en el corazón.

Mi propia madre...

Contemplé las palabras otra vez, como si pertenecieran a un lenguaje incomprensible para mí. Aguardé, esperando que pudieran hundirse en la página y desaparecer. No era la primera vez que deseaba haber escrito el diario a lápiz para poder borrar pensamientos desagradables y fingir que nunca los había tenido. Pero la psicoterapia no funciona así, por supuesto. Anotas las ideas tal como te vienen a la cabeza, y aprendes a distinguir las importantes para seguir las y ver hasta dónde te llevan.

Dejé unas líneas en blanco y empecé de nuevo:

Muy bien, como supongo que no puedo eludirlo, será mejor que me enfrente a ello. La principal herida, el tema central. Mi madre.

Tengo cuarenta y cinco años. ¿Es posible, o siquiera imaginable, que sea ésta la primera vez en casi medio siglo que me he planteado si mi madre podría tener sueños no realizados, o miedos que nunca imaginé, o un dolor que no veo? ¿Es posible, o siquiera imaginable, que me trate como me trata por algún motivo, un motivo que no sea la mera

maldad, que no sea básicamente su decepción al ver la persona que he resultado ser?

Tengo que recordarme a mí misma, ya que el viejo idiota no está aquí para hacerlo, que un motivo no es ninguna excusa. No tengo que excusar a mi madre por tratarme como me ha tratado todos estos años, aunque llegue al punto de comprenderlo. Ni siquiera tengo que perdonarla.

Si voy a ser sincera (¿y por qué no iba a serlo si nadie más va a leer este diario?), en el fondo no quiero perdonarla, ni tan sólo comprenderlo. Si lo comprendo, podría tener que cambiar mi punto de vista, desprenderme de la rabia a la que me he aferrado todos estos años, abandonar la imagen que tengo de mí misma como la hija agraviada que sufre la injusticia de los malos tratos de su madre.

¡Vaya! Dicho así suena de lo más desagradable. Suena como si obtuviera algún tipo de placer perverso de ser incomprendida. Suena como si fuera una niña malcriada y egoísta que da una patada en el suelo y tiene un berrinche, y al mismo tiempo exige que se la tome en serio y se la trate como a una adulta.

No me gusta el rumbo que está tomando la cosa, y aun así, tengo que seguir. Es una de las normas. No se puede borrar nada, no se pueden suprimir los pensamientos desagradables, no se puede abandonar el camino cuando las zarzas se vuelven frondosas y nos hacen sangrar.

Pues nada. Si no me gusta verme como una mocosa malcriada, tal vez haya llegado la hora de comportarme como una persona adulta. De ver a mi madre como a una igual y no con los ojos de una niña de cinco años. De encontrar una forma de ir más allá de su control, sus manipulaciones y sus críticas para llegar a la persona que es realmente por dentro.

De repente tengo miedo. Tengo un nudo en el estómago, como solía cuando tenía que salir al escenario a actuar. Quizá no quiera ser tan sincera con ella, exponerme y correr el riesgo de volver a salir lastimada. Quizá no quiera oír lo que me diría si decidiera ser sincera conmigo.

Quizá tendría que marcharme y unirme a un circo. Recoger excrementos de elefante no es la peor profesión del mundo. A veces, es mucho mejor que ser hija.

O quizá sea el mismo trabajo con un nombre distinto.

Capítulo 18

La víspera del Día de Acción de Gracias no fui al Heartbreak Cafe, a pesar de que era el sitio donde más me apetecía estar. Pero me quedé en casa y ayudé a Tildy a preparar pasteles, pan de maíz relleno y suflé de batata.

Mamá insistió en celebrar el Día de Acción de Gracias en Belladonna. Podríamos haber ido al club de campo y dejar que otros se encargaran del trabajo y del ajetreo, pero no quiso ni oír hablar de ello. Iba a «hacerlo ella misma», lo que significaba que Tildy haría la mayoría del trabajo y que yo la ayudaría. Mamá sólo puso el pavo en el horno y dejó que se asara mientras mirábamos la cabalgata de la cadena Macy por televisión.

Después de que el falso Santa Claus hubiera ido y venido, y los locutores estuvieran terminando sus resúmenes, subí a darme una ducha. Para dar gusto a mamá, me puse elegante, o lo más elegante que pude, si tenemos en cuenta que la mayoría de mis pertenencias estaban en un trastero de alquiler. Me puse unos bonitos pantalones negros y un jersey púrpura con lentejuelas que me había comprado en Near’bout New. A mamá le daría un telele si se enteraba de que me estaba comprando ropa usada, pero como jamás pondría un pie en un sitio así, me imaginé que ojos que no ven, corazón que no siente.

—Llevas un jersey muy bonito —comentó después de echarme un vistazo—. La hija de Gladdie Dalrymple había tenido uno exactamente igual. ¿Recuerdas a Gladdie, del club de campo?

Siguió entonces peleándose con el pavo para sacarlo de la fuente de horno y colocarlo en una fuente de servir. Un pavo enorme, de nueve kilos por lo menos. Lo bastante grande para alimentar a un pequeño país latinoamericano, y todavía sobraría para dos semanas.

¿Quién se creía que iba a comerse todo eso? Papá ya no estaba. A Melanie y a Harry jamás se les ocurriría pisar el umbral de la casa de mamá por cualquier motivo que no fuera un funeral. Estábamos sólo mamá y yo.

Mamá y yo, y al parecer, el pavo.

Dicen que la memoria está muy unida al sentido del olfato, que ciertos aromas pueden hacer aflorar a la superficie recuerdos largo tiempo enterrados. Retrocedí mentalmente a los días de Acción de Gracias de mi infancia: papá en la cocina con un delantal con peto y volantes, trasladando el pavo a su fuente y trinchándolo con delicadez y floritura mientras tarareaba entre dientes *Come, Ye Thankful People, Come* o cualquier otro conocido góspel.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. ¿Qué debía de sentir mamá al ofrecer un banquete de Día de Acción de Gracias a una familia que jamás volvería a sentarse a su mesa? Seguro que en

algún lugar profundo de su ser, se arrepentiría de algo, sabría que podría haberlo hecho mejor, sabría que nos había alejado a todos con sus críticas, su perfeccionismo, su absoluta insistencia en ser como es debido. Por más estoica que fuera la expresión que adoptaba, tenía que estar sufriendo. Tenía que extrañar a papá más que yo, más de lo que yo podría siquiera imaginar extrañarlo. Tenía que extrañar a sus hijos ausentes.

Me situé tras ella.

—Espera, que te ayudo —dije.

Se volvió y, al hacerlo, soltó el ave, que cayó en la fuente de horno con tanta brusquedad que me salpicó por completo el pelo, la cara, el pecho. Bajé la mirada y vi un pegote de grasa que me resbalaba entre las lentejuelas del jersey.

Y yo que me había puesto tan elegante...

—¡Mírate! —exclamó mamá. Ella, por supuesto, seguía impecable y perfecta, con el almidonado delantal blanco inmaculado, y el peinado intacto.

Recogí un pedacito de piel de pavo que me colgaba de la manga y me lo metí en la boca.

—Umm... Bueno. Diría que ya está hecho.

Mamá se me quedó mirando boquiabierta un par de minutos, y ambas nos echamos a reír. Reí tan fuerte que lloré, y después reí tan fuerte que se me escapó el pipí, no demasiado, sólo un poquito, pero lo suficiente como para tener que cambiarme los pantalones además del jersey.

Dios mío, no recuerdo haberme reído así con mi madre. Jamás.

—¿Sabes qué te digo? —pregunté cuando las dos habíamos recobrado la compostura—. Pondré el pavo en la fuente, lo trincaré y después iré a cambiarme de ropa. ¿Puedes encargarte de la salsa de carne?

Mamá me dirigió una mirada de desdén.

—He preparado salsa de carne desde antes de que tú nacieras —afirmó.

«Y siempre con grumos», pensé. Pero no dije nada. No tenía sentido arruinar un momento tierno con la verdad.

En todos los años que había vivido en casa, el Día de Acción de Gracias en Belladonna nunca fue como el Día de Acción de Gracias en casa de nadie más. Mientras que los demás tomaban una segunda ración de tarta y animaban a su equipo, o dormían hasta que se les pasaran los excesos, o se sentaban en el columpio del porche para huir del calor de la cocina, en casa de mamá todos estábamos trabajando.

El Día de Acción de Gracias era el día en que colgábamos las decoraciones navideñas, y en una casa tan grande como Belladonna, eso incluía un trillón de luces. Luces en el interior, en cada habitación, sobre la repisa de cada chimenea. Luces en el exterior, en cada arbusto y en cada árbol. Una fantasía de luces: blancas en el exterior y multicolores en el interior. Lucecitas de buen gusto; millares de ellas. Adornos vegetales por todas partes. Dos árboles inmensos: uno en el salón delantero y otro en el salón principal. En Navidad, la casa de mamá era como un desplegable de la revista de hogar y decoración *Southern Living*.

Llevaba años sin hacerlo, claro, pero lo recordaba, y lo temía. No sólo el pesado trabajo de decorar la casa, sino el dolor de hacerlo sin papá.

Sin embargo, cuando estábamos a medio comer el pavo con su relleno, mamá dejó el tenedor y me dirigió aquella mirada que significaba que más me valía prestarle atención.

—He tomado una decisión —dijo.

Contuve el aliento.

—Este año no parece razonable decorar tanto la casa. —Se encogió de hombros, como si fuera una frase sin importancia, pero la mirada de soslayo me indicó que estaba cargada de una importancia que mamá no quería admitir—. He pensado que tal vez podríamos poner sólo el árbol en el salón delantero y velas eléctricas en las ventanas. Algo sobrio. Elegante.

—¿Menos es más? —comenté.

—Exacto. —Mamá me miró con expresión de alivio—. ¿No te sabe mal?

—¿Qué va! Es un descanso —solté.

Mamá entrecerró los ojos.

—Bueno, ya sabes, como papá ya no está... —Intenté arreglarlo.

—Sí —dijo con demasiada alegría—. A tu padre siempre le gustaron las Navidades en Belladonna, con todas las luces y las decoraciones. La gente. Las fiestas.

Uno de los dones innatos de mi madre era su habilidad para moldear la realidad para adaptarla a su gusto. De hecho, papá detestaba la forma en que mamá convertía la Navidad en semejante espectáculo, detestaba las constantes idas y venidas de los socios del club de campo, detestaba las fiestas de puertas abiertas, las veladas inacabables y la actividad frenética que conllevaba prepararlo todo antes y recoger y limpiarlo todo después. Le habría encantado una Navidad tranquila con la familia y unos cuantos amigos, un buen leño en la chimenea, chocolate a la taza o ponche, historias alrededor del abeto.

Papá prefería la celebración hogareña. Mamá se decantaba por la ostentación desmesurada.

Mamá picó un pedazo de pavo y dibujó círculos con los dientes del tenedor en la salsa de carne.

—Mamá —dije—, ¿cómo llevas lo de que papá ya no esté?

—Estoy bien —afirmó, pero su voz no sonó normal.

Fue un brevísimo destello de la auténtica Donna Rondell, la humana, la que no lo tenía todo controlado a cada momento del día. Giró la cabeza para que no la viera, pero de todos modos observé las lágrimas que le llenaban los ojos, el nudo que se le había hecho en la garganta y que no conseguía tragar del todo.

No había llorado el día del funeral. Había estado demasiado ocupada dirigiendo a los demás; asegurándose de que mi hermana montara bien la sala de recepción, asegurándose de que mi hermano llevara el traje y la corbata adecuados para la ocasión. Daba igual que Melanie tuviera cincuenta y tantos años y fuera capaz de centrar sin ayuda un jarrón con flores. Daba igual que Harry llevara vistiéndose solo más de cuarenta años. Daba igual que todos nosotros estuviéramos destrozados por la repentina muerte de papá. Le diagnosticaron leucemia y a los diez días estaba muerto. Ni siquiera habíamos tenido la oportunidad de despedirnos de él.

La semana del funeral fue la gota que colmó el vaso para Harry y para Melanie. Durante años Harry había estado, según palabras de mi psicoterapeuta, emocionalmente ausente y desconectado del resto de la familia. Siempre supo qué hacer para que las críticas de mamá le resbalaran como el agua por las plumas de un pato. Envidiaba cómo conseguía que los reproches constantes de mamá no lo afectaran, aunque eso significara que se aislara de todos nosotros. Simplemente se inhibía, y esa inhibición significaba que lo único que veíamos de Harry era la imagen que él quería dar. Puede que papá supiera más cosas que el resto de nosotros, pero si era así, lo que pudiera saber del Harry interior murió con él.

Una vez intenté hablar con mi hermano sobre el modo en que las expectativas de mamá me hacían sentir sobre mí misma. Su respuesta fue: «No dejes que te afecte». Ésta era la respuesta de Harry para todo. Renunció a la familia y siguió su propio camino.

Melanie, en cambio, siempre había estado demasiado unida a mamá, se había esforzado demasiado por intentar complacerla, ser la hija perfecta. Satisfacía a mamá, pero adoraba a papá, y cuando éste murió, explotó.

—No le importa —me dijo durante la visita—. Mírala; no ha derramado una sola lágrima.

Melanie se mantuvo de una pieza mientras duraron las formalidades de la muerte y, después, se rompió en mil pedazos. Mamá nunca me dijo una palabra sobre la crisis nerviosa de mi hermana ni reconoció que había estado hospitalizada. Si mi madre no admitía algo, no existía. Estas cosas no pasan a la «gente como nosotros».

La semana del funeral de papá había sido la última vez que Melanie había puesto los pies en Chulahatchie y, que yo sepa, la última que había hablado con mamá.

—No pasa nada, mamá —dije ahora—. Es normal que lo extrañes. Es normal que llores.

—No estoy llorando. Sólo pensaba que... bueno, como sólo estaremos las dos, no tiene ningún sentido que decoremos la casa de una forma tan espectacular, ¿no te parece?

—Mira, mamá, si quieres hablar de... algo...

Dio un brinco al instante.

—¿De qué? —preguntó.

—No sé, de lo que sea. Cómo estás desde la muerte de papá. Qué piensas y... —vacilé—. Y qué sientes.

Dicho así, no sonó franco ni compasivo, sino estúpido. Tendría que haberlo meditado más. Tal vez había subestimado al viejo idiota del terapeuta. Tal vez supiera más lo que hacía de lo que yo creía.

Volví a intentarlo.

—Nunca me hablaste sobre la muerte de papá.

—Tú no me has hablado sobre lo que pasó con Robert —replicó.

Tenía razón. No lo había hecho. Había hablado más sobre mi ruptura matrimonial con Dell Haley y con Boone Atkins que con mi propia madre. Pero tenía más motivos para esperar que Dell y Boone fueran comprensivos y me apoyaran.

Pero si sufrir significaba avanzar, tenía que intentarlo.

—No sé cómo explicarlo. Fuimos a cenar para celebrar mi cumpleaños. Fue una velada agradable y romántica con unos amigos. Y justo después me dejó un mensaje de voz informándome de que había conocido a otra y me dejaba. —Inspiré entrecortadamente y traté de reprimir la oleada de emociones que amenazaba con aflorar a la superficie—. ¡Un mensaje de voz! Ni siquiera tuvo las agallas de decírmelo a la cara.

—¿Qué hiciste? —preguntó mamá.

—No sabía qué hacer. Estaba consternada. No...

Agitó una mano desdeñosa en el aire.

—No, me refiero a qué hiciste para que Robert decidiera irse de esta forma.

Me la quedé mirando, totalmente atónita, mientras oía la carcajada burlona y perversa de la esperanza intermitente en mi cabeza. Era de cajón que pensaría que la culpa era mía. Tenía que haber hecho algo mal porque jamás había hecho nada en la vida que mereciera la aprobación de

Donna Rondell.

Los que se ponen nostálgicos y escriben canciones sobre «volver a casa durante las fiestas» nunca tuvieron una casa como Belladonna ni unas fiestas como las que se pasan con mamá. Preparar la cena de Acción de Gracias nos llevó dos días; comerla, unos diecisiete minutos y medio, sin contar el postre y el café.

Para cuando terminé de recoger la comida y de lavar a mano la cristalería y la vajilla, mamá había sacado las decoraciones del altillo, distribuido velas eléctricas por todas las ventanas, llenado la repisa de la chimenea de adornos vegetales y luces, y colgado luces blancas con forma de carámbano a lo largo del perímetro de la barandilla del porche delantero.

Ésta era la idea que tenía mamá de unas Navidades minimalistas.

—Tendremos que dejar lo demás para el lunes —me informó, señalando vagamente con la mano el rincón de donde se había desplazado un sofá para dejar sitio al árbol de Navidad. Ya nos habían entregado el abeto en sí, que estaba plantado en un cubo de agua detrás de la cochera. Mamá había reclutado a Glover, el sobrino de Tildy, para que viniera el lunes por la mañana para entrarlo en la casa y montarlo.

Glover era defensa exterior del Alabama Crimson Tide, y seguramente podría levantar el abeto de dos metros y medio, incluida la base de hierro fundido, con una sola mano como haría con una pesa en el banco de musculación. Era un muchacho bondadoso y amable que sonreía sin cesar y tarareaba cánticos entre dientes. Mañana se enfrentaría a una temible línea ofensiva, y tendría que placar y empujar sonriendo y tarareando todo el rato.

Ni a mamá ni a mí nos gustaba demasiado el fútbol americano, pero prometimos a Tildy que miraríamos el partido por la tele. Al parecer, Glover nos saludaría desde el banquillo.

—Supongo que eso es todo por hoy —dijo mamá, que parecía casi triste ante la idea de no tener nada más que hacer.

—Hace muy buen día —comenté—. Me parece que saldré a dar un paseo.

Antes de que pudiera detenerme o encontrar otra cosa que hubiera que hacerse, corrí escaleras arriba, tomé mi diario y salí pitando por la puerta principal, cuya mosquitera oí golpear detrás de mí al cerrarse.

La tarde era cálida y soleada, y las calles de Chulahatchie estaban extraordinariamente tranquilas. Se oía algún que otro ladrido, o los gritos de ánimo a través de la mosquitera de una puerta abierta de quienes seguían el partido de fútbol. En el patio del instituto un par de adolescentes jugaban un uno contra uno de baloncesto mientras una niña pequeña describía círculos con una bicicleta rosa fuera de la pista.

—No bajes de la acera —indicó uno de los chicos, y la niña asintió con la cabeza. El hermano mayor que cuidaba de su hermanita, supuse.

Sin ser consciente de ello, mis pasos me llevaron más allá del patio del instituto, más allá de la plaza y me hicieron seguir la calle East hasta la calle Cypress, donde se extendía el ondulante y vasto césped del cementerio.

Allí estaba, en lo alto de una colina, situada a la izquierda del gran mausoleo y el círculo de cipreses. La tumba de papá.

Subí la colina, tan escarpada que notaba la tensión en las pantorrillas, hasta llegar por fin a la lápida que ponía «Rondell» en letras góticas mayúsculas. En un lado, estaban grabados el nombre de papá y sus fechas de nacimiento y defunción, y debajo, en cursiva, las palabras que

elegí en contra de la voluntad de mamá: «El mundo es peor sin ti».

En realidad, había sido un golpe de suerte. Mamá había encargado «Amado marido y padre» o una tontería parecida sin sentido alguno. Pero fui yo quien contestó el teléfono cuando el grabador llamó para confirmar cómo se deletreaba el apellido de papá, y aproveché para cambiar las palabras sin que mamá llegara a saberlo.

Me preguntaba si se habría dado cuenta. Me preguntaba si vendría aquí alguna vez a sentarse, a hablar con papá, a llorarlo. No tenía ni idea. Puede que jamás lo supiera.

A la derecha estaba el nombre de mamá y su fecha de nacimiento, con la fecha de defunción en blanco. Pensé despreocupadamente qué se grabaría debajo. ¿El mundo es mejor sin ti?

Más apacible, desde luego.

Me apoyé en la esquina de la lápida, sobre el nombre de mamá, para comprobar si aguantaría mi peso. Como no se movió, descansé el trasero en ella y me senté. Si iba a ser sacrílega, o como mínimo, irrespetuosa, me pareció que debería serlo en el lado de mamá.

—Bueno, papá —dije—. Estoy en casa. Siempre me preguntabas por qué no venía y me decías lo mucho que mamá me extrañaba. Estoy convencida de que eras tú quien me extrañaba y no ella. Yo también te extrañaba a ti. Pero espero que ahora lo entiendas mejor, por lo menos si lo que nos enseñaban en catequesis es cierto, aunque sólo sea a medias.

Hice una pausa y escuché la tenue música del viento entre las ramas de los cipreses. ¿Por qué se plantan tradicionalmente cipreses en los cementerios? ¿Es porque son de hoja perenne y simbolizan la vida eterna? ¿O porque se elevan amenazadores como seres aterradores de la noche, esperando el momento oportuno para recoger sus raíces y echarse a andar?

Aparté los ojos con algo de esfuerzo de las ramas arqueadas del ciprés y dirigí la atención a la lápida de mi padre.

—Estar de vuelta en Chulahatchie me resulta extraño —dije—. Éste no es mi lugar, y sin embargo...

Dejé la frase a medias, el pensamiento inacabado. ¿Y sin embargo qué?

Y sin embargo mi lugar tampoco estaba ya al lado de Robert.

No tengo lugar... en ningún sitio. Al lado de nadie.

Eso no era del todo cierto; lo supe incluso antes de decirlo, cuando las palabras se me formaron dentro del cráneo. Aquí tenía amigos, o por lo menos empezaba a tenerlos. Estaban Boone y Dell, y todos los habituales del Heartbreak Cafe.

Pero no podía obviar los rechazos: Charles Chase, Robert, mi propia madre.

—¿Qué hice mal? —susurré. A mi padre, al viento, a los cipreses. A Dios, al destino o a quienquiera que pudiera oírme y contestarme.

No hubo respuesta, ni siquiera del viento entre las ramas.

Lo dije de nuevo, en voz más alta:

—¿Qué hice mal?

Y una voz suave me respondió desde detrás:

—Puede que nada.

Me giré sobresaltada. Tenía a Boone Atkins a menos de dos metros detrás de mí.

—¡Joder, Boone! —exclamé—. Creí que eras Dios.

—Es la primera vez que me confunden con él —dijo, riendo entre dientes.

—Bueno, está bien; no Dios, exactamente. Pero me has dado un susto de muerte. —Y,

pasado un momento, añadí—. Casi me pongo a rezar.

Un brillo le iluminó los ojos, y esta vez soltó una carcajada sonora.

—Recibí una educación católica, Peach. El catolicismo ha querido convertir a la gente utilizando el miedo y no funciona demasiado bien, créeme.

—¿Qué haces aquí un Día de Acción de Gracias por la tarde? —pregunté.

—Visitar una tumba. —Señaló más abajo, hacia una parcela junto a la que había pasado al subir la colina—. Mi madre murió un veintiséis de noviembre —explicó—. Vengo todos los años.

—Lo siento. —Las palabras de condolencia sonaron huecas y vacías, pero no sabía qué más decir.

—Yo también —aseguró mientras se sentaba en la hierba fresca y señalaba con la cabeza la lápida de papá—. ¿Estás obteniendo alguna respuesta?

—Realmente no. —Me volví hacia él—. Dios mío, Boone, este último año mi vida ha sido horrible. Lo que pasó con Robert me pilló totalmente por sorpresa, y no supe cómo manejarlo. Luego, regresé a casa, y fue un error inmenso, ¿pero qué otra opción me quedaba? Y entonces... bueno, ya sabes. Otra metedura de pata descomunal. Es como si el universo conspirara en mi contra. Como si tuviera un karma muy, pero que muy malo. Repito la pregunta: «¿Qué hice mal?».

—Y yo repito la repuesta: «Puede que nada».

—¿Qué quieres decir? —me sorprendí, mirándolo fijamente.

—Tengo la impresión de que crees que en esta vida sólo recibes lo que has dado.

—Pues sí. ¿Tú no? ¿No dice la máxima que uno recoge lo que ha sembrado?

—Técnicamente —admitió—. Pero creo que no lo ves desde una perspectiva lo suficientemente amplia. Que tu vida sea difícil en este momento no significa necesariamente que hayas hecho algo horrible para merecerlo. A lo mejor la vida tiene ciclos, como las estaciones, o como las mareas. El invierno llega porque toca. Y la primavera también llega. Puede que no tan rápido como nos gustaría, pero siempre llega en su momento.

—Quieres decir que todo pasa por alguna razón.

—No. Hay cosas que pasan sin más. Mira tu relación con Robert, por ejemplo. A lo mejor había indicios que podías haber visto, pero aunque los hubieras visto, ¿podrías haber impedido el resultado final? Si tu marido estaba decidido a irse, no hay nada que pudieras haber hecho para detenerlo. No sabemos por qué razón pasan las cosas, y aun en el caso de que la sepamos, eso no implica que podamos cambiar los ritmos de la vida. Lo que podemos hacer es encontrar la parte positiva del cambio, y aprender a disfrutar esa parte positiva.

Se levantó y me puso una mano en el hombro.

—No te resistas tanto —me aconsejó—. Respira. Déjate llevar un rato por la corriente. Tómate un descanso. Al final la encontrarás.

Esa noche, después de que mamá se acostara, tomé el teléfono, salí a la veranda trasera y llamé a Melanie.

—¿Te lo puedes creer? —dije—. ¡Me engatusó para que le hablara sobre mi ruptura con Robert y entonces se revolvió en mi contra y me culpó a mí de todo!

—¿Y qué esperabas? —replicó Melanie—. Ya sabes cómo es.

—Ya lo sé. Sólo pensé que...

—Sólo pensaste que esta vez sería distinto. —Melanie se mostró seca e irritable conmigo—. Pero no es distinto, y jamás será distinto. Estamos hablando de nuestra madre.

Noté que algo se retorció dentro de mí; algo viejo y conocido, como el recuerdo de algún cataclismo de la infancia que mi cerebro adulto había bloqueado pero que mi cuerpo recordaba.

—No para de levantar muros entre nosotras, Mel. No consigo llegar a ella.

—Bueno, si tú no puedes, nadie puede —dijo Melanie—. Siempre fuiste su predilecta. Nunca existió nadie más.

La tierra tembló, y casi me caí de la silla. ¿Yo era la predilecta de mamá? No. Este rol le correspondía a Melanie. La elegante Melanie. La perfecta Melanie.

—Pero ¿qué dices? —exclamé—. Me pasé toda la vida intentado estar a tu altura, sin llegar a conseguirlo nunca.

—No hablarás en serio... —replicó—. Fuiste *Miss* Universidad de Misisipí. Segunda clasificada en el concurso de *Miss* Misisipí.

—Tercera clasificada —la corregí—. Y jamás ha dejado que lo olvide.

—Escúchame —dijo Melanie—. Nunca podrás complacer a esa mujer. Nunca. Nunca estarás a la altura de sus niveles de perfección. Y si lo intentas, acabarás sufriendo una crisis nerviosa. Sé lo que te digo. Créeme.

La forma en que dijo estas últimas palabras me heló la sangre. «Sé lo que te digo. Créeme».

—Sí, ya lo sé —susurré, medio esperando que no lo oyera—. Es lo que te pasó a ti.

Un silencio larguísimo se extendió entre nosotras: yo, en Chulahatchie; Melanie, en California, lo más lejos que le permitía la extensión del continente.

—Feliz Día de Acción de Gracias, hermanita —dijo—. Cuídate mucho.

Y colgó.

Capítulo 19

Una semana no es demasiado tiempo a no ser que estés esperando que suceda algo, porque entonces se hace eterna.

Como Dell había cerrado el Heartbreak Cafe y se había ido no sé dónde, no tenía ningún sitio en el que poder refugiarme y terminé quedándome en casa, con mamá. Me pasé una semana entera metida en mi cuarto (aunque con algunas interrupciones para comer sobras de pavo, relleno y tarta de calabaza cuando mamá no estaba para criticarme). Me sentaba en el escritorio para escribir mi diario. Me sentaba junto a la ventana para mirar el paisaje.

Andaba arriba y abajo. Escribía. Pensaba. Intentaba no pensar.

No podía sacarme de la cabeza lo que mamá me había dicho sobre el fracaso de mi matrimonio. La implicación de que, de algún modo, era culpa mía. Que había hecho algo atroz que lo había provocado.

Está todo en mi diario: el dolor, el auto-odio, la vergüenza y la culpa. ¿Qué podría haber hecho de otra forma para lograr que Robert me quisiera? ¿Cómo podría haber cambiado, haberme reinventado, haberme convertido en la persona que él quería que fuera? ¿Cómo podía yo, a mis cuarenta y cinco años, volverme más joven, más sexy, más atractiva, más... interesante?

Y en el otro lado de la balanza: la rabia más absoluta y la indignación. ¿Cómo se atrevía a dejarme? ¿Cómo podía hacerlo? ¿Cómo podía ser tan inconstante, corto de miras y rematadamente idiota como para creer que su vida sería mejor sin mí, cuando yo había sido una esposa buena y fiel todos estos años?

La realidad se encuentra, por supuesto, en un punto intermedio, en ese grisáceo mundo de las tinieblas marital, un espacio lúgubre y sombrío donde las palabras «nos distanciamos» tenían sentido y no eran una excusa pobre y patética.

Por fin, escribí sobre mí con un mínimo de equilibrio y de coherencia:

En verdad, no creo que Robert sea una mala persona ni que se propusiera lastimarme deliberadamente.

Lo que sí creo es que es la clase de hombre que necesita una aprobación constante y, básicamente, yo lo conocía demasiado bien. En cualquier matrimonio llega un momento en que ya no te asombra el intelecto impresionante de tu pareja ni estás dispuesta a adorar su superioridad. Y Robert necesitaba ser venerado en todo momento. Necesitaba que alguien le puliera el pedestal, lo mirara amorosamente e hiciera la vista gorda a su

humanidad.

Por otra parte, supongo que yo era una compañía bastante aburrida. La mayoría de trabajos que tuve a lo largo de nuestro matrimonio eran puestos administrativos de poca importancia, nada que ver con la carrera profesional que me había imaginado cuando estudiaba en la universidad. No eran lo bastante interesantes como para hablar de ellos durante la cena y, desde luego, no eran rival para sus filosofías profundas.

Nunca conté a Robert mi deseo de escribir ni traté de perseguir ese sueño. Para empezar, él era quien pensaba, quien escribía, quien tenía las ideas. Publicar artículos obtusos en revistas filosóficas poco conocidas lo convertía en algo así como un experto, y también un entendido en literatura. Nunca tuvo paciencia para lo que él denominaba, con una mueca de desprecio en los labios, «escritura comercial», que era cualquier cosa, tanto del género de ficción como del de ensayo, que permitiera ganarse la vida o fuera conocido por una persona moderadamente culta.

Además, Robert no quería que yo tuviera sueños, ni que hiciera otra cosa que no fuera facilitarle el ascenso en su carrera académica. Cuando lo nombraron jefe del Departamento de Filosofía, le faltó tiempo para que yo dejara de trabajar. Quería que estuviera disponible en cualquier momento para preparar una comida de la facultad o para recibir a sus estudiantes de posgrado, que se apropiaban de nuestra casa y de nuestro hogar, y se quedaban hasta pasada la medianoche bebiendo vino barato y comentando incomprensibles conceptos filosóficos.

Ahora Robert tiene muchas posibilidades de ser nombrado vicerrector y puede que incluso, más adelante, llegar a rector. Necesita, si no una esposa joven para lucirla ante los demás, como mínimo una mujer que lo adore y cuyo momento de gloria se base en un talento más erudito que el de ser *Miss* Universidad de Misisipí y tercera clasificada en el concurso de *Miss* Misisipí.

Cuando vuelvo la vista atrás y pienso en mi vida con Robert, no puedo evitar preguntarme: ¿qué cantidad de mí misma supedité a sus ambiciones? ¿A qué cantidad de mi personalidad renuncié? A mí no me importaba la política universitaria. A él no le importaba nada más.

He pensado mucho sobre lo que Boone me dijo. Aquello de que la vida tiene sus ciclos, como las estaciones o las mareas, y aunque no podemos controlar los cambios, podemos encontrar la parte positiva y disfrutarla.

Creo que, por fin, ya sé cuál es la parte positiva.

La estoy sujetando entre mis manos.

Cuando el teléfono sonó finalmente el domingo por la tarde, el corazón me latió con fuerza al oír la voz de Boone Atkins al otro lado.

Y entonces me dio un vuelco.

—¿Robado? —grité al auricular, y la voz de Boone me llegó de vuelta, suave, temblorosa. Sí, habían entrado en el local de Dell para robar. Y acusaban del delito a Scratch, el querido, tierno, amable y compasivo Scratch.

Me marché sin decir a mamá dónde iba y llegué al Heartbreak Cafe al mismo tiempo que Boone y Toni.

—¿Qué ha pasado?

Boone señaló la puerta principal, que colgaba estrambóticamente de una bisagra.

—Sabemos tanto como tú. Vamos.

Toni ya estaba dentro, dando un abrazo fortísimo a Dell. Me pregunté si sería la única que se percataba de que Dell no le devolvía el abrazo. ¿Qué estaría pasando entre ellas? Pero no tuve tiempo de averiguarlo.

Dell se sentó y se tapó la cara con las manos.

—Quienquiera que lo haya hecho se ha llevado todo lo que había en la caja y puede que también la recaudación de la semana pasada. El sheriff esta segurísimo de que ha sido cosa de Scratch. Parece que ahora mismo lo están buscando.

Dirigí la mirada de ella a Toni y de nuevo a ella.

—Pues tenemos que encontrarlo primero —dije.

—El sheriff todavía no ha podido encontrarlo —comentó—. ¿Qué te hace pensar que nosotros sí podremos?

—No lo sé, pero tenemos que intentarlo. —Tiré de la mano de Boone para que se levantara—. Vamos.

Hice salir apresuradamente a Boone de la cafetería y le puse las llaves del coche en la mano.

—Conduce tú —ordené—. Tengo que pensar.

Rodeamos el palacio de justicia y nos dirigimos a las afueras de la ciudad, hacia el río, sin rumbo fijo, mirando a ambos lados de la calzada.

—¿Dónde vamos? —preguntó Boone.

—No lo sé. Es que teníamos que irnos para que Dell y Toni tuvieran algo de privacidad.

—¿Qué quieres decir? —Me lanzó una mirada confundida.

—Es evidente que pasa algo entre ellas y que necesitan hablarlo.

—¿Cómo diablos puedes saber eso?

Me encogí de hombros.

—Observo a la gente —respondí—. Me fijo.

—Si decides hacer algo aparte de ser escritora, quizá que pruebes con la psicología —dijo—. Se te da realmente bien.

Solté una carcajada, pero me salió más bien como un rugido sarcástico.

—Sí, seguro. Todas las relaciones disfuncionales que he tenido en la vida discreparían contigo.

—Todos hemos hecho cosas mal —dijo—, y todos tenemos un pasado. Pero tú eres muy perspicaz. Saldrás adelante.

—Espero que sea antes de morirme. Y, mientras tanto, no sabes la cantidad de material que tendré para escribir «la gran novela americana».

Boone guardó silencio varios minutos, y cuando volvió a hablar, su voz destilaba cierta nostalgia.

—Recuerdo cuando éramos amigos hace años, ¿sabes? —me comentó—. Si la memoria no me falla, no le gustaba demasiado a tu madre. Mi familia no estaba al mismo nivel que la vuestra, ya sabes, club de campo, asociaciones como la Cámara Júnior y todo eso.

—Sí —dije—. Y todo eso.

Rió entre dientes.

—Cuando nos hacemos mayores, empezamos a darnos cuenta de lo absurdas que pueden ser esta clase de distinciones. Cómo nos separan de personas que realmente podrían ser nuestra alma gemela.

—Mamá tiene setenta y nueve años, y todavía tiene que aprender esta lección —aseguré—. Además, cuesta mucho saber quién es tu alma gemela si eres incapaz de reconocer tu propia alma.

—¿Recuerdas aquel baile, cuando te llevé a casa después de que a tu acompañante le rompieran la nariz?

—Fue la mandíbula, de hecho —lo rectifiqué con una sonrisa—. Pobre Robbie. No tenía nada que hacer con Marshall Threadgood.

—En realidad, ha resultado que tenía mucho que hacer con él —dijo Boone—. Llevan juntos casi veinte años.

—¿Son socios en algún negocio?

—No, son pareja —respondió Boone—. Sí. Marsh y Robbie. Viven en Tuscaloosa. Robbie es profesor titular de Historia Medieval en Alabama. Marsh es ayudante de entrenador de fútbol americano en uno de los institutos de la ciudad.

—Me estás tomando el pelo —dije, y noté que me quedaba boquiabierto.

—No. Te lo juro. —Boone me dirigió una sonrisa enorme—. Como con ellos de vez en cuando —explicó—. Marsh se fue al oeste e hizo un curso en una escuela culinaria. Cocina muy bien.

Giró a la derecha para enfilar una carretera de grava.

—No sé cuánto tiempo estarás en Chulahatchie, pero a lo mejor podrías venir conmigo algún día.

—Me gustaría mucho.

Volví la cabeza para mirar por la ventanilla. Estábamos a principio de diciembre; los árboles estaban pelados y la tierra donde en primavera y en verano florecería una maleza que llegaría hasta la altura de la rodilla estaba cubierta ahora de una gruesa capa de hojas y agujas de pino caídas. Aun así, la carretera me resultaba vagamente familiar.

—¿Dónde vamos? —quise saber.

—He tenido una idea —respondió Boone—. Se me ha ocurrido un lugar dónde podría haber ido Scratch. Puede que sea una pérdida de tiempo, pero...

La carretera giró, y, a pesar de lo distinta que se veía la arboleda, la casita seguía estando allí, seguía siendo la misma. Una estructura cuadrada construida sobre pilotes, con un porche protegido con una mosquitera con vistas al canal y una pasarela que conducía a un muelle sobre las aguas amarronadas del Tennessee-Tombigbee.

La cabaña en el canal de Charles Chase.

Una coincidencia. Tenía que ser eso. Así que contuve el aliento y desvié la mirada, esperando que pasáramos de largo.

Pero Boone tomó el camino de entrada. Delante de la cabaña vi el coche del sheriff con las luces centelleantes.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté. Esperaba que no me respondiera. Esperaba no tener que oír una verdad con la que no me quería enfrentar.

—Ésta es la casa de Dell —contestó Boone distraídamente.

No me estaba prestando atención, sino que estaba observando el drama que tenía lugar en el muelle. Se desarrollaba como una película muda: el sheriff que recorría la pasarela de madera con la mano en la culata de la pistola; Scratch que se levantaba y lo miraba; las esposas, el largo recorrido de vuelta al coche...

—¿Qué quieres decir con eso de que es la casa de Dell? —dije.

—Bueno, es una cabaña de pesca —comentó Boone con el ceño fruncido—. Pertenecía al marido de Dell, Chase, antes de que se muriera. Ahora es suya. Pero hace meses que no se usa.

—¿Cómo sabías que Scratch estaría aquí?

—Ha sido una suposición.

Salió del coche y se acercó a Scratch y al sheriff. Vi que hacía gestos, que discutía, pero fui incapaz de mirarlos. Sólo podía verme a mí misma en mis recuerdos subiendo aquellos peldaños o sentándome en el extremo de aquel muelle a la luz de la luna o...

Abrí la puerta del coche, corrí hacia los árboles y vomité sobre las hojas que cubrían los límites del bosque.

Nadie se dio cuenta.

Capítulo 20

No tenía más remedio que volver a la cafetería con Boone. Hacer otra cosa habría suscitado demasiadas preguntas, preguntas que ni siquiera quería plantearme a mí misma, y mucho menos contestar a ninguna otra persona.

Los años que me pasé presentándome a concursos de belleza me habían enseñado a sonreír cuando lo que quería era llorar, a interactuar cuando lo que quería era gritar y, sobre todo, a contener mis emociones y no dejar que interfirieran con lo que tuviera entre manos. Esa tarde hice la actuación de mi vida.

Aunque nadie habría notado la diferencia. Todo el mundo estaba demasiado concentrado en Scratch y en su detención.

Durante el rato que estuvimos fuera algo había pasado. Dell y Toni se habían reconciliado y volvían a ser buenas amigas. La curiosidad del escritor siempre me lleva a prestar atención a los detalles y me pregunté, sólo un momento, de qué clase podría ser su conflicto. Pero la idea pasó deprisa, absorbida por los asuntos de más peso que nos ocupaban en aquel instante.

Boone, Toni y Dell fueron a la oficina del sheriff para intentar ver a Scratch. Yo me quedé en la cafetería, aunque dejar a alguien en el local para proteger las cosas pareciera un poco inútil.

En cuanto salieron por la puerta, mi muro protector se derrumbó. Lloré, anduve arriba y abajo, describí círculos. Me planteé subirme al coche e irme de la ciudad sin decir una palabra. Quería estar lo más lejos de Chulahatchie que pudiera, lejos de Dell Haley y del Heartbreak Cafe, lejos de cualquiera al que hubiera osado llamar amigo mío desde que llegué.

Finalmente me hice un café, me senté en la mesa y abrí mi diario.

¿Puede ser verdad? ¿Era Charles Chase el marido de Dell? ¿Aquel osito de peluche tan tierno que se reía con todo el cuerpo y hacía malabarismos con la fruta en los pasillos del supermercado? ¿Había sido infiel a Dell conmigo?

Quería convencerme a mí misma de que no era así. Decir: «No es posible. Es un error. Un error espantoso, horrible». Pero habíamos ido allí. A la cabaña del canal donde él y yo hacíamos el amor. Donde tuvimos relaciones sexuales. O la expresión que sea de aplicación en este caso. Me vienen a la cabeza unas cuantas metáforas realmente asquerosas.

Cuando lo pienso, me vuelven a entrar ganas de vomitar.

Boone se había referido al marido de Dell como Chase. Y lo del nombre me tiene algo confundida. Charles Chase, Chase Haley. Pero ¿quién podría ser, si no?

¿Quién?

Era su cabaña. Su porche. Su muelle. Era el lugar que yo conocía tan bien, el lugar que podría contar todos mis detalles íntimos si las paredes tuviesen ojos para ver, orejas para oír y una lengua para chivarse.

Y le creí. Le creí. Creí que era divorciado, que estaba a punto de serlo; que su mujer era poco razonable, que lo trataba con cierta indiferencia y que no lo comprendía. Creí todas las mentiras. O, si no las creí, quizá deseé creerlas. Porque quería que me quisieran. Lo deseaba tanto que ni siquiera me detuve a pensar en a quién podría estar lastimando, en a quién podría destrozar con su infidelidad, en a quién podría dejar una cicatriz para siempre mi indiscreción.

¿Indiscreción? ¿Qué clase de palabra boba para justificarme a mí misma es ésta? No había sido una «indiscreción». No había sido una de esas «cosas que pasan». No había sido un «desliz»: vaya, deletreé mal la palabra y tengo que tacharla y corregirla.

No existe nada que pueda borrar algo así.

Para mí, ni para la mujer a la que llamo amiga.

¿Y qué pasa con Chase, o Charles, o comoquiera que se llamara? Mamá me dijo que el marido de Dell había muerto. ¿De un infarto? No lo recuerdo; no le había dado ninguna importancia (porque, por supuesto, no tenía nada que ver directamente conmigo).

Me siento como si estuviera flotando sobre mi cuerpo, viéndome a mí misma con los ojos de otra persona. Y lo que veo es una reina de belleza vieja, egocéntrica e infantil que intenta aferrarse desesperadamente a la imagen atractiva, apetecible y merecedora de recibir amor y atención que tiene de sí misma. Quiero asegurar que no soy así, pero incluso cuando pienso las palabras, me veo dando un pisotón fuerte en el suelo y poniéndome en jarras como una niña malcriada de cinco años.

Dios mío, libérame de este cautiverio.

¿Es esto una plegaria? No lo sé. Estoy lo bastante desesperada como para rezar, por más que no lo haya hecho en años. Pero aun cuando exista un dios o una diosa que me esté escuchando, alguna benevolencia universal capaz de intervenir en la vida humana (y dispuesta a hacerlo), aun así, ¿qué le pediría? No es ningún genio que pueda concederme tres deseos, y además, he leído infinidad de libros y sé que hay que tener mucho cuidado con lo que se desea.

Me quedé mirando la página, con sus esquinas redondeadas y sus tenues rayas azules, y con su tinta azul más oscura. La letra no era tan regular ni tan proporcionada como antes, sino temblorosa e irregular, exactamente como me sentía por dentro.

Tenía que hacer algo. Tenía que cambiar algo.

Y, sin embargo, no había nada que pudiera cambiarse. Charles era el marido de Dell Haley, y estaba muerto. La parte lógica de mi mente no dejaba de decirme que no era culpable de su muerte y, aun así, tenía la impresión de haberlo matado.

Había matado algo, de todas formas. Una amistad, sin duda. Una relación. Quizás el último vestigio de mi propia valía.

Volví a la página y escribí dos palabras:

«Adúltera. Asesina».

La admisión no me aligeró la culpa que llevaba a cuestas. Me estaba asfixiando con su peso, que me empujaba bajo el agua y me retenía en ella para que me ahogara.

Oí entonces el tintineo de la campanilla al girar la puerta rota en su sola bisagra.

Dell y los demás habían vuelto.

Boone y Toni me pusieron al corriente. Dell estaba sentada con la cabeza entre las manos, dejando que el café se le enfriara mientras la conversación se desarrollaba a su alrededor. Puse mi mejor cara de póquer y escuché atentamente. Por suerte, no tuve que mirar a Dell a los ojos.

—El sheriff supone que Scratch lo hizo —dijo Toni—, aunque no tiene el menor sentido. ¿Por qué rayos iba a echar la puerta abajo si tiene llaves del local? ¿Y si robó el dinero, dónde está? ¿Y por qué iba a quedarse en la ciudad, sentado tranquilamente en el muelle de la cabaña de pesca de Chase, esperando a que alguien fuera a detenerlo?

Me estremecí al oír mencionar la cabaña del canal pero mantuve la mirada puesta en Toni Champion. Era mayor que yo, unos diez años más o menos, pero tenía la clase de belleza clásica que mejora con la edad. Me recordaba a Katharine Hepburn: alta, delgada y segura de sí misma, con un cuello elegante y unos ojos penetrantes. Se comportaba con la elegancia de un animal salvaje, extremadamente independiente, dispuesta a defender hasta la muerte a quienes amaba. Me pregunté qué haría si supiera que había traicionado a Dell acostándose con Charles.

Esperaba que jamás lo descubriera.

—Bueno —dijo Boone, que prosiguió el relato donde Toni lo había dejado—, averiguamos muchas cosas sobre Scratch que nadie sabía. Había estado casado, con una mujer llamada Alyssa, y tenía una hija. Estudiaba medicina, y su mujer, derecho.

—¿Scratch? ¿Medicina? —Recordé los esbozos de los personajes que llenaban las páginas de mi diario, la caracterización que hice de él primero como artista frustrado y después como enfermero con un obstáculo misterioso que le impedía ejercer su profesión. Por lo visto, no andaba demasiado desencaminada. ¿Y su mujer, abogada?—. Suena a pareja perfecta —comenté.

—Parecería que sí —dijo Toni—. Pero su suegro, que también era abogado, y muy próspero e importante por cierto, estaba en contra del matrimonio.

—Lo estaba tanto que logró que lo detuvieran por allanamiento de morada —prosiguió Boone—. Y...

—No —lo interrumpió Toni—. Por agresión. Un delito grave.

—Eso —dijo Boone—. Creo que estuvo cinco años en la cárcel. Por esto ha podido el sheriff retenerlo sin pruebas para acusarlo del robo. Dijo que había violado la libertad condicional y que no podría salir en libertad hasta que se hubiera hecho todo el papeleo.

Pensé en Scratch en la celda de la cárcel, y la imagen que me vino a la cabeza fue la de una pantera esbelta y muscular andando arriba y abajo en la jaula reducida de un zoológico.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

En todo este rato, Dell no había dicho una palabra. Seguía sentada mirando la taza de café que tenía delante, haciendo un dibujo con el dedo en el tablero de formica de la mesa.

—¿Me puedes decir cuál es el nombre completo de Scratch? —pregunté.

Dell respondió sin alzar la mirada:

—John Michael Greer.

—¿Y su esposa?

—Alyssa, creo.

Saqué una servilleta de papel del dispensador y anoté los nombres.

No podía hacer nada para ayudar a Dell ni a su difunto marido, ni tampoco a mí misma. Lo menos que podía hacer era intentar ayudar a Scratch.

Capítulo 21

La encontré, y no me costó, dada la información que había obtenido. ¿Una atractiva abogada negra de Atlanta con un padre poderoso? Estaba convencida de que todo el mundo conocería a Alyssa Greer, y tenía razón. Sólo tuve que hacer una llamada a Lydia, mi excompañera de cuarto en la residencia universitaria.

Conocí a Lydia a los dieciocho años, cuando cursaba primero. En segundo compartimos una habitación, y después yo me trasladé a la Universidad de Misisipí. Para cuando yo estudiaba el último curso y estaba a punto de ser coronada *Miss Universidad de Misisipí*, ella ya había terminado la licenciatura de derecho, estaba haciendo el doctorado e iba camino de convertirse en la jueza más joven que había pertenecido jamás al Tribunal Supremo del Estado de Georgia. La joven tímida de los dos primeros años en la universidad se había transformado en un genio de la abogacía.

—Caramba, Peach —dijo cuando oyó mi voz—. A estas alturas te imaginaba haciendo una gira como *Miss Mediana Edad de América*.

—¡Qué graciosa! Oye, tú conoces a todo el mundo en el sistema judicial de Georgia, ¿verdad?

—Podría decirse que sí —contestó—. ¿Planeas cometer algún crimen?

—Estoy buscando a alguien. Una abogada, creo. Una mujer llamada Alyssa Greer.

Rió entre dientes y pasaron unos segundos antes de que respondiera:

—Bueno, no tienes mal gusto.

Cuando conocí a Alyssa Greer, comprendí qué había querido decir Lydia. Para empezar, era la mujer más hermosa que había visto en mi vida, y participando como había participado en concursos de belleza, había visto a muchas de cerca, personalmente y casi desnudas. Pero Alyssa poseía algo que rebasaba el atractivo físico. Emanaba una fuerza, una seguridad en sí misma que me atrajeron y me confundieron a la vez.

En cinco minutos hizo lo que ninguno de nosotros había podido conseguir: imponerse al sheriff y lograr que Scratch quedara en libertad. Su encuentro en el Heartbreak Cafe fue digno de verse, uno de esos momentos en que el tiempo se detiene y el amor chispea como la electricidad estática en el aire. No podría haberme imaginado una escena mejor si la hubiera escrito yo misma.

Sí, me gustaba Alyssa. Me gustaba y la respetaba, y deseaba poder ser más como ella. Se trataba de una mujer que había vivido momentos muy difíciles y eso la había fortalecido. Una mujer de una fuerte personalidad, que no dejaba que un error cometido al principio de su vida la

definiera.

Alyssa Greer era suave por fuera y dura por dentro.

Y, además de eso, introdujo fe en mi mundo.

Me acerqué a la niña pequeña en cuanto la vi.

—Hola —dije.

La niña agachó la cabeza, vacilante como una mariposa, pero le habían enseñado a dar la mano, y su apretón fue firme. Luego, alzó la vista y me miró con los ojos muy abiertos, unos ojos de cervatillo, color chocolate, y me sonrió.

Me derretí y ya no me recuperé.

Se llamaba Imani, «Fe» en suajili, y tenía ocho años. Nos hicimos muy buenas amigas. Coloreábamos juntas, nos contábamos historias, nos reíamos y, básicamente, nos manteníamos ocupadas mientras Alyssa y Scratch resolvían los aspectos legales de su situación, volvían a conocerse y procuraban ayudar a Dell a descubrir quién había robado en la cafetería.

Mamá se habría escandalizado: su preciosa hija, su niña bonita, inseparable de una chiquilla negra. Pero hacía siglos que no era tan feliz. Por primera vez en años, tenía la cabeza y el corazón pendientes de otra cosa que no era yo. Sin que la viera, la alegría, que siempre me eludía cuando la perseguía, se me había acercado de puntillas y me había caído encima como una bendición.

Era feliz. Tan feliz que casi me olvidé de Charles, de Dell, de la cabaña de pesca, de la aventura amorosa y de la vergüenza que me consumía.

Casi.

Hasta que Dell ofreció la cabaña del canal a Scratch, Alyssa e Imani.

Podría ser capaz de olvidarlo si no tuviera que pensar que Imani estaba allí todos los benditos días.

Ahora no me lo puedo quitar de la cabeza. Las habitaciones rústicas, iluminadas con velas, la imagen de mi flacidez de mediana edad y de Charles Chase haciendo locuras como adolescentes con las hormonas por las nubes, el miedo a que hubiera quedado algún indicio de todo ello, algo que me vinculara con la cabaña del canal, con Charles y con mi culpa.

No sé qué hacer, si confesarlo todo y descargar mi conciencia o vivir con la culpa como castigo por mis pecados. Recuerdo que Charles me dijo una vez que los católicos tenían algo de razón, que existe un purgatorio, sólo que es en esta vida y no en la otra. ¿Es esta mi penitencia: guardar silencio y soportar el peso de saber que lo único que conseguiría al hablar es lastimar a la gente a la que quiero?

¿O es ésta la actitud de una persona cobarde: no decir nada y esperar que nadie lo descubra para no tener que enfrentarme con la expresión ultrajada de Dell Haley?

¡Dios mío, qué carga tan pesada es vivir con un secreto que podría destruir todo lo que valoras! Esta gente es amiga mía, y ahora que he conectado con ellos, son como una tabla de salvación, como un cordón umbilical que me une a la realidad y me nutre el alma. Son mi familia. No quiero sentir su dolor, su enojo ni su decepción. Pero tampoco quiero esconderles nada de mí, ni siquiera las partes de las que me avergüenzo.

Estoy bastante segura de lo que me diría el viejo idiota de mi terapeuta: «No puedes

estar seguro del amor de otra persona hasta que no dejas que los demás te vean como eres realmente».

Pero ¿y si dejo que me vean y me rechazan?

Al final, Dell Haley me ahorró la molestia de seguir mirándome el ombligo.

La tercera semana de diciembre, después de que Scratch, Alyssa e Imani llevaran un tiempo viviendo en la cabaña del canal, estaba sentada en mi mesa habitual del Heartbreak Cafe, escribiendo frenéticamente en mi diario, como si el hecho de poner palabras en un papel pudiera salvarme la vida.

Dell se acercó con la cafetera y me llenó de nuevo la taza.

—¿Tienes un minuto, Peach?

Cerré el diario de golpe y tragué saliva con fuerza.

—Claro. Siéntate.

Se sentó. Esperé. Tenía una expresión extraña, enigmática en la cara, como si prefiriera estar en cualquier otra parte del mundo antes que sentada allí, delante de mí.

—Mira, Peach —dijo—. Tengo que hablar de algo contigo.

—Muy bien. —Me incliné hacia delante, convencida de que Dell podría oír los latidos fortísimos de mi corazón—. ¿Pasa algo?

—Es sobre... bueno, sobre tu diario.

—¿Qué pasa con él?

—¿Recuerdas el día en que Purdy Overstreet se torció el tobillo? ¿Y te dejaste el diario en el café cuando fuiste al hospital de modo que tuviste que venir a buscarlo al día siguiente?

—Lo recuerdo.

—Es que...

La miré a los ojos, y en ese momento lo supe. Lo había leído. Lo sabía todo. Procuré mantener la voz tranquila y regular.

—¿Lo leíste?

—Lo siento, Peach. No tendría que haberlo hecho.

—No, no tendrías que haberlo hecho. Confié en ti.

—Pero la cuestión es que hay algo escrito que tengo que saber —prosiguió con mucho esfuerzo—, y tú eres la única que puede decírmelo.

Trató de tomar un sorbo de café, pero como le tembló la mano, se limitó a sujetar la taza para seguir hablando:

—Escribiste sobre mi marido, Chase, y sobre la mujer con quien tenía una aventura. La cabaña del canal. Cuando se conocieron. ¿Quién era, Peach? ¿Y cómo te enteraste de todo?

«¡Dios mío! —pensé—. Cree que es otra persona».

Las palabras me salieron por la boca en forma de un quejido involuntario:

—¡Dios mío!

No podría mentirle ni aunque tuviera el cuello bajo la guillotina y una sola falsedad fuera a impedir que la hoja cayera a toda velocidad. Me eché a llorar, a sollozar con tanta fuerza que fue como si me arrancaran el alma del cuerpo.

—No —oí que alguien gemía—. No, por favor.

Era mi voz que se lamentaba, mi corazón que se partía en mil pedazos. Creía que había

conocido el dolor, pero la pérdida de mi relación con Robert no fue nada, nada, comparado con la pérdida de esta amiga que me había aceptado con tanta gentileza.

—Dios mío, Dell. Lo siento muchísimo.

—¿Qué sientes? Soy yo quien tiene que disculparse. Por violar tu intimidad. Por leer tu diario.

Me la quedé mirando. No lo entendía. No lo sabía.

—El hombre —logré decir—, la cabaña del canal. La mujer. Era yo.

—No eras tú. Era una mujer rubia, alta y delgada. Era...

De repente, lo comprendí. Animada por Boone, había escrito unas cuantas entradas de mi diario como si fueran escenas de una novela. Ésta tenía apenas unos párrafos; una escena breve en la que probé de narrar mi relación con Charles Chase desde el punto de vista de una tercera persona. La seducción inicial, el primer encuentro. No del modo en que sucedió de verdad, por supuesto, pero ¿para qué sirve la ficción si no es para mejorar la materia prima de la vida personal de uno?

Dell jamás habría reconocido a la mujer que describí en la entrada de mi diario. Había descrito a la otra mujer, a mí, como era antes, como tal vez puede que me gustaría seguir siendo. Por lo menos, como Charles me hacía sentir por uno o dos instantes: delgada. Hermosa. Apetecible.

—No sabía nada, Dell —aseguré—. No sabía que era tu marido. Ni siquiera sabía que fuera el marido de nadie. Me dijo que estaba divorciado.

Vi la punzada de dolor que le recorría la cara, como si alguien se la hubiera cruzado con una hoja.

—Me dijo que se llamaba Charles —insistí.

Dell se mordió el labio.

—Es que se llamaba Charles —dijo—. Chase era un apodo. Todo el mundo lo llamaba así.

Mascullé unas cuantas frases más, sobre la cabaña del canal, sobre lo discretos que fuimos y sobre la certeza de que nadie lo sabía. Cosas, todas ellas, carentes de sentido. Nada importaba, ni el dolor ni la racionalización.

Al ver la expresión impenetrable de su rostro tuve aquella sensación de que te han cerrado la puerta y te has quedado fuera. Era, ni más ni menos, lo que me merecía, claro, pero aun así dolía muchísimo. Quería irme, salir corriendo y no volver a presentarme en el Heartbreak Cafe nunca más. Pero había una cosa más que tenía que hacer, una verdad más que tenía que decir.

—Dell —dije—, la última vez que estuve con él, me dijo que no podíamos volver a vernos. Me dijo que estaba casado y que iba a intentar solucionar las cosas con su mujer. —Solté el aliento para intentar expulsar el estrés de mi interior—. Te quería, Dell. Siempre te quiso.

¿Esperaba una reacción, el perdón de Dell? No lo sé. Lo que recibí fue la misma mirada vacía, la misma puerta cerrada.

Seguí el camino difícil en lugar de hacer lo que haría una persona cobarde. Y ya ves de qué sirven la integridad, la autenticidad y todos aquellos conceptos tan nobles de los que mi psiquiatra no dejaba de hablar. Había dicho la verdad, toda la verdad, y no me había creído. Ni una sola palabra.

TERCERA PARTE

Reconciliación

* * *

*Soy una mujer cuya vida se basa en palabras,
y sin embargo hay verdades que se resisten
a la voz y a la escritura.
Una caricia, un beso, una mirada, una mano extendida...
son lenguajes que debo aprender si no quiero
morir en silencio y sola.*

Capítulo 22

De algún modo, Dell Haley fue capaz de perdonarme. No sé cómo sucedió. Nunca volvimos a hablar de la infidelidad de Chase, pero en Nochebuena, Boone me llamó para darme una mala y una buena noticia. Primero me contó que debido al robo, Dell no tenía dinero para pagar el arriendo e iban a desahuciarla. En segundo lugar, había decidido acabar por todo lo alto, con una comida de Navidad en el Heartbreak Cafe para todos sus amigos. Y yo estaba invitada.

Estaba invitada.

Soy una mujer de palabras, y aun así, me maravilla lo mucho que puede cambiar las cosas una sola palabra.

Solitaria.

Querida.

Rechazada.

Invitada.

Naturalmente, dejar a mamá el día de Navidad no fue tan fácil como había esperado. Bebió un poco de vino y se puso a hablarme muy sensiblera y llorona; conversación que estaba segura de que lamentaría cuando estuviera sobria. Iba sobre cómo todo el mundo quería a papá más que a ella, incluidos sus propios hijos. Sobre cómo nadie quería pasar las Navidades con ella («¿acaso soy una piltrafilla?»). En resumen, sobre lo decepcionada que estaba de todos nosotros y de la vida en general.

Cuando yo ya casi no podía más y tenía que esforzarme por no gritar, dijo que creía que iba a acostarse y a descansar un rato.

En cuanto oí que la puerta de su habitación se cerraba, fui corriendo al coche.

Una vez tuve una larga discusión sobre el tema del perdón durante una sesión de psicoterapia. No con el viejo idiota canoso que me envió a casa, a Belladonna, sino con una idiota pelirroja, más joven, que seguramente me habría enviado de vuelta a Chulahatchie hace años si hubiera seguido yendo a su consulta el tiempo suficiente.

En cualquier caso, la psicoterapeuta del día (su nombre era Erin, creo) parecía haber aprendido su oficio en la Universidad Internacional de Ayuda Psicológica y Actuaciones de Feria. Siempre salía de sus sesiones sintiéndome como si me hubiera pasado cincuenta minutos con la espalda apoyada en una diana mientras ella lanzaba cuchillos en mi dirección para intentar ver lo cerca de mí que podía llegar sin herirme.

En una de estas ocasiones, el tema fue el perdón. Erin me apremió a perdonar a mi

madre. Por «perdonar» no se refería a «aprobar» ni a «aceptar», sino simplemente a reconocer la historia y las limitaciones de mi madre y a darme cuenta de que no había tenido intención de lastimarme.

—Nunca te librarás del control que ejerce sobre ti hasta que no aprendas a perdonarla —dijo Erin.

—No me libraré de ella hasta que esté muerta —aseguré.

No fue mi momento más brillante, pero fue sincero. Tremendamente sincero.

Erin sonrió y me sostuvo la mirada.

—¿Estás segura de que quieres esperar tanto tiempo? —me preguntó.

Mierda. Por esta razón detesto a los psicoterapeutas.

Pero estoy divagando. Estaba hablando sobre el perdón.

La tarde del día de Navidad entré en el Heartbreak Cafe con un cosquilleo en el estómago y la ansiedad devorándome el cuerpo. Dell alzó la mirada y me sonrió.

Eso fue todo. Me sonrió.

Me senté al lado de Imani, y la niña me sujetó la mano para tirar de mí hacia abajo y contarme un secreto al oído.

—Cuando sea mayor —dijo—, quiero ser una reina de belleza, igual que tú.

Rebusqué en mi bolso y saqué la corona de diamantes de imitación de mis días de *Miss* Universidad de Misisipí.

—Tus deseos serán cumplidos —aseguré, y le puse la diadema reluciente en la cabeza—. Yo te coronó reina del Pudín de Maíz, duquesa del Aliño, princesa de la Calabaza, monarca de las Magdalenas.

Imani se echó a reír. Todo el mundo vitoreó y aplaudió.

Miré a mi alrededor, y la ansiedad que había sentido desde mi última conversación con Dell se disipó. En su lugar, noté una calidez parecida a la que se siente al beber el mejor de los coñacs.

Si esto era lo que hacía sentir el perdón, puede que Erin no anduviera tan desencaminada después de todo.

Veintiséis de diciembre.

Si no me equivoco, es el día en que los británicos suelen abrir los presentes navideños. En Belladonna, se trataba de no estar presente cuando mamá aparecía para evitar la zurra.

Jamás nos golpeó, por supuesto. Físicamente, al menos. Mamá tenía un modo mucho más efectivo de imponernos su voluntad. Una palabra, una mirada, un gesto de desaprobación bastaba para que me encogiera figuradamente como un perro acobardado a la espera de una reprimenda pero con la esperanza, que nunca perdía, de una palmadita de aprobación.

Una vez el día de Navidad había «terminado» oficialmente y no tenía nada en perspectiva, mamá se sumía en una depresión que nos corroía como el ácido de una batería. Nunca sabíamos qué la provocaba exactamente, si nuestra falta de acierto al comprar el regalo, un desaire real o imaginario, una mancha en las Navidades que de otro modo serían dignas de la revista *Southern Living* o una sensación vaga e indefinida de estar infravalorada. Fuera cual fuera la causa, se iba a la cama, exhausta, con una migraña que le duraba un par de días.

Reaparecía sobre el veintisiete o el veintiocho, murmurando (lo bastante alto para que todos

la oyéramos) sobre lo mucho que le afectaba el desorden y la cantidad de trabajo que le esperaba para descolgar las decoraciones y guardarlas hasta el año siguiente.

—Ver así la casa me ataca los nervios —decía, de forma tan previsible que podía darle la entrada cuando iba a hacerlo—. ¿A nadie más le importa?

Y entonces, naturalmente, todos nos movilizábamos de inmediato para satisfacer la necesidad de orden de mamá y evitar tener que oír su letanía de quejas ni un minuto más de lo que fuera absolutamente necesario.

Este año, mientras mamá se recuperaba de su dolor de cabeza posnavideño, decidí avanzar a ella y guardar las decoraciones. No había tantas como de costumbre, dadas las festividades minimalistas que habíamos pasado las dos solas. Y, además, así tenía algo que hacer con las manos mientras dejaba que mi cabeza diera vueltas a una nube de ideas no maduras que iba creciendo en mi horizonte mental.

Hace tiempo mi psiquiatra, el viejo idiota canoso, y, ahora que lo pienso, también la joven idiota pelirroja, me habían sugerido, ninguno de los dos con demasiada suavidad, que vivía como si no pudiera controlar el rumbo que tomaba mi propio destino.

Mi reacción inicial fue: «¡Bah!».

Nadie controlaba su propio destino. Tenías que aceptar lo que venía y vivir con las consecuencias.

Ahora no estaba tan convencida de esta teoría. Según esta filosofía, Dell se merecía de algún modo acabar desahuciada y perder todo el trabajo que había dedicado al Heartbreak Cafe. Dios, el destino o las estrellas se habían alineado en su contra, y no había nada que nadie pudiera hacer.

Tal vez Boone tuviera razón. Tal vez simplemente la vida tuviera ciclos, y el poder de la persona no radicaba en controlar los resultados sino en reaccionar de forma positiva ante el desafío.

Quité los adornos del abeto, los envolví en papel de seda, y los metí en su caja correspondiente. Luego, saqué como pude el árbol de Navidad por la puerta y lo llevé hasta la calle. Cuando lo estaba arrastrando por la acera para dejarlo arrinconado para que lo recogieran, oí un sonido.

Un tenue tintineo. Como el ruido de la campanilla de la puerta del Heartbreak Cafe.

Di la vuelta al árbol y le palpé las ramas. Y allí estaba: el inevitable «último adorno», el que se esconde hasta que todo está guardado. Lo extraje del entramado de agujas y lo sostuve en alto. Era un angelito de cristal que sujetaba una campanilla de metal que tintineaba al moverse.

Levanté el ángel y lo agité, y sentí que el tono claro y puro de la campanilla me provocaba un placer desconocido. El débil sol de diciembre se reflejó en el cristal y su luz se dividió de repente en un prisma de colores. Y con la misma brusquedad, mis nubes mentales se despejaron y un rayo de inspiración iluminó mis pensamientos.

Dell Haley era mi heroína, mi inspiración: una mujer fuerte, capaz, que había sacado el máximo partido de una situación difícil, que se había forjado una nueva vida y una nueva profesión a partir de las cenizas. Yo la había lastimado terriblemente con mi egoísmo, y que lo hubiera hecho sin saberlo no era excusa suficiente. No podía devolverle el marido, ni el matrimonio, ni la vida de antes, pero tenía que hacer algo. Y sabía qué.

Algo tangible. Algo real.

Puede que no saliera bien. Pero tenía que intentarlo. Por Dell, y por mi propia conciencia.

Corrí hacia la casa con el ángel delante como si llevara un trofeo, descolgué el teléfono y marqué el número de Boone Atkins.

Contestó al segundo timbre.

—¿Peach? —dijo—. ¿Oigo tintinear campanas?

Solté una carcajada.

—¿Boone, has visto la película *¡Qué bello es vivir!*?

—Por supuesto —respondió—. Cada Navidad.

—Perfecto. Porque una plegaria va a recibir respuesta, y un ángel va a ganarse las alas.

Al final, recaudamos más de veintiocho mil dólares para que Dell diera una entrada para el Heartbreak Cafe. Nadie supo que yo lo había capitaneado todo. Nadie excepto Boone, y le hice jurar que me guardaría el secreto. Todas las cantidades que nos llegaron fueron pequeñas, de cinco, diez y veinte dólares, procedentes de camioneros y del personal del Tenn-Tom Plastics y de las señoras mayores que venían a tomar un café con un pedazo de tarta por la tarde.

Todos queríamos a Dell. Todos creíamos en ella. Lo que pasaba era que no creíamos en nosotros mismos, en nuestra capacidad de cambiar el futuro, hasta que todos unimos fuerzas para hacerlo juntos.

Cinco, diez o veinte dólares no son nada. Una vela en una habitación oscura no da demasiada luz. Pero si sumas todos esos dólares, reúnes todas esas velas y las enciendes para que formen una sola llama, tienes bastante. Bastantes recursos, bastante iluminación...

Bastante de todo lo que importa.

Capítulo 23

Me senté en la mecedora de la veranda trasera y observé el césped que se extendía desde la parte posterior de la casa hasta el río. La forsitia florecía y extendía sus tentáculos por la hierba y los ladrillos del camino. Las azaleas habían empezado a mostrar sus puñitos cerrados de color, y a lo largo del río, los árboles de Judas salpicaban de púrpura la orilla frente al amarillo verdoso de los cornejos de flor, a punto de abrirse.

Inspiré hondo, introduje toda esa fragancia en mis pulmones y me concentré de nuevo en mi diario.

La primavera sureña. Tendrían que embotellarla y venderla a tres mil pavos el litro. No existe ningún aroma igual en todo el universo.

¿Es posible que lleve de verdad aquí un año? ¿Cuatro estaciones, doce meses, casi quinientas páginas de diario, de recuerdos, de reflexiones, de angustia y de rabia?

El viejo idiota canoso tendría que estar orgulloso. No sé cuánto habré crecido y profundizado en este año, pero por lo menos he sobrevivido sin recurrir ni al asesinato ni al suicidio.

Un signo de progreso: llevaba semanas sin pensar en Robert hasta que los papeles definitivos del divorcio llegaron hace tres días. Mientras los firmaba y los metía en el sobre de envío, de repente lo vi clarísimo, la idea que me había estado dando vueltas por la cabeza, zumbando como un moscardón que buscara donde aterrizar, cobró sentido.

Y tomé conciencia absoluta de ella; una revelación total y absoluta: que Robert se divorciara de mí no era tanto un rechazo como una liberación. Yo jamás lo habría dejado, porque no habría tenido el valor suficiente, pero ahora que ya estaba hecho, sentí que me había quitado un peso enorme de encima.

Tal vez tendría que escribirle una nota de agradecimiento. Después de todo, es lo que una dama sureña como es debido haría después de recibir un regalo.

El regalo de estar abierta al amor, a la creatividad a los nuevos comienzos. Qué extraño es darme cuenta de que cuando regresé a Chulahatchie, a pesar de tener cuarenta y cinco años, no tenía ni la menor idea de lo que era el amor. Como una adolescente ingenua creía que consistía en el romanticismo, las rosas y las hormonas disparadas. Y entonces entré en el Heartbreak Cafe y descubrí una nueva definición totalmente distinta.

Había creído que quería a Robert, claro. Y es probable que él también hubiera creído que me quería a mí. Puede que nos hubiéramos querido todo lo que éramos capaces de

querer. Pero mi amistad con Dell y Boone, con Scratch, Alyssa e Imani me ha enseñado muchas más cosas de las que jamás habría imaginado sobre el auténtico amor.

Ni siquiera dos ancianos chiflados y ariscos como Hoot Everett y Purdy Overstreet son inmunes a él. En dos semanas se casan. En el Heartbreak Cafe (¿dónde si no?).

El amor no consiste simplemente en impulsos irresistibles y en sentimientos efusivos a la luz de la luna. Consiste en encontrar personas que valoren tu forma de ser, que te ayuden a mantenerte centrado, que te pidan cuentas, que reafirmen tu valor intrínseco. Consiste en hacer lo mismo con ellas y en encontrar reciprocidad en la relación.

Quizás algún día vuelva a enamorarme. Quizás a los cincuenta o a los sesenta conoceré al amor de mi vida, o por lo menos al amor de esta vida, de esta nueva vida. Tal vez Dios, el destino o el universo me lancen a los brazos de mi último gran amor, el que me verá realmente, con mis cicatrices, mi celulitis, mis arrugas y todo lo demás, y me querrá tal como soy.

O tal vez no. Lo que sé es que a mis cuarenta y seis años estoy mucho menos preocupada por hacerme mayor y estar sola que a los cuarenta y cinco.

Finalmente llegó el cheque; la liquidación de mi relación con Robert. Puede que sea verdad que no puedes poner precio al amor, pero las casas, los coches y los muebles pueden dividirse a partes iguales.

Al final Robert se lo quedó todo: la casa Arts and Crafts de 1922 que compramos y renovamos juntos, todos los muebles de roble estilo misión que tanto me gustaban, e incluso las obras de arte. Por un milisegundo me pregunté si a su nueva pareja le gustaría demasiado vivir en la casa que yo había creado, pero pasado ese instante, descubrí que, en realidad, no me importaba. No quería nada de todo eso. Sólo quería ponerle punto final.

En su línea habitual, Robert me envió la documentación de todo: la valoración actual de la casa, una estimación detallada del valor de su contenido, todo muy generoso, todo muy civilizado. Más que suficiente para que pudiera empezar de cero, para comprarme mi propia casa y amueblarla, para regresar a mi vida y retomarla donde la había dejado.

Había llegado el momento de volver a casa.

Pero antes tenía que encargarme de un asunto importante.

Una vez, en la universidad, me apunté a un seminario sobre Flannery O'Connor. Recuerdo que la profesora me describió su proceso de escritura como «encontrar personajes interesantes y seguirlos para ver qué harán». A Flannery le habrían encantado Hoot Everett y Purdy Overstreet. Habría ido a su boda pasara lo que pasara.

Y yo tampoco iba a perdérmela por nada del mundo.

Era el uno de abril; el día de los Santos Inocentes en Estados Unidos. No voy a comentar la ironía de la elección. El Heartbreak Cafe estaba lleno de toda la gente que quería a Hoot y a Purdy, y de muchas personas que habían ido simplemente a curiosarse.

Un pastel de bodas enorme de dos pisos reposaba sobre el centro de la barra de mármol, rodeado de un surtido extraño de platos que habían traído los presentes en fuentes disparejas, recipientes desechables y *tupperwares*. No sé cómo la nariz humana es capaz de distinguir entre olores tan mezclados, pero olí a pollo frito, a carne de cerdo a la barbacoa, a pan de maíz y a chocolate.

Quien ofició la ceremonia fue la reverenda Lily Frasier, la nueva capellana de la Residencia de Saint Agnes. La pobre hizo todo lo posible por mantener el orden y el decoro, pero con Hoot y Purdy de por medio eso no era tan fácil como parecía.

Apenas pudo decir sus nombres completos (Herman Melville Everett y Priscilla Mayben Overstreet) antes de que se armara un follón. No sabía que Purdy y yo lleváramos el mismo nombre de pila, pero tuve poco tiempo para pensar en aquella coincidencia. Las palabras de los novios se perdieron en medio del caos. Hoot interrumpió a la reverenda Lily gritando: «¡Sí, quiero!» antes de que ella le hubiera podido hacer la pregunta. Purdy le exigió que «se saltara las formalidades y acabara de una vez».

Pero, en el fondo, dio lo mismo. Todo el mundo vitoreó cuando Hoot besó a Purdy, y él lo tomó como una señal de que debería seguir haciéndolo. Y lo hizo, hasta que Purdy lo apartó de un empujón y bailó con él por el local mientras cantaba *I'll Be Seeing You* a grito pelado.

Yo lo observaba todo desde mi mesa, en el fondo, pero aquel día no estaba escribiendo mi diario. Hay momentos para observar y momentos para participar.

Boone y Toni vinieron a sentarse conmigo, e Imani lo hizo en mi regazo. No había dicho a nadie que me iba de Chulahatchie; no me había parecido el momento más oportuno, especialmente un día así. Pero había llevado un regalo a Imani: la diadema que me impusieron como Reina de la Soja. Se la coloqué en la cabeza y le di un beso en la mejilla.

—¿Quieres decir que me la puedo quedar? —dijo—. ¿Para siempre jamás?

—Para siempre jamás —asentí.

Me abrazó por la cintura con tanta fuerza que creí que no podría volver a respirar bien en mi vida.

—Te quiero, tía Peach —dijo.

—Yo también te quiero.

Fue una suerte que la música sonara tan fuerte. Cuando se me saltaron las lágrimas, nadie me pilló secándome los ojos con una de las servilletas del enlace. Recobré la compostura, leí la frase estampada en letras doradas en la servilleta y solté una sonora carcajada:

Hoot y Purdy, viejos pero no muertos.

Cinco invitados a la boda de Hoot y Purdy me dijeron que estaba muy guapa. Y los creí. Me sentía guapa con aquel vestido suelto color berenjena que me había comprado en la tienda de ropa de segunda mano. Escondía la mayoría de los defectos de mi figura, pero aunque no lo hubiera hecho, tampoco me habría importado.

Oírlo de boca de Boone, de Dell y de Fart Unger fue algo diferente que oírsele decir a Charles Chase, o mejor dicho, Chase Haley. Nunca le creí realmente cuando me decía que estaba guapa. Pero estaba desesperada por creer que volvía a ser hermosa, y él lo sabía y lo utilizaba.

El día menos pensado, la historia con Chase parecerá muy antigua, se habrá convertido en una imagen tenue de una pesadilla medio olvidada. Estaba increíblemente agradecida a Dell por haberme perdonado, pero mientras esperaba a que el recuerdo se desvaneciera, tendría que vivir sabiendo que no era tan buena persona como yo creía.

Todavía no había dejado de reflexionar sobre ello cuando doblé la esquina hacia Belladonna

y vi las luces centelleantes.

Capítulo 24

Resulta extrañamente anacrónico ver coches de policía, ambulancias y coches de bomberos con sus luces rojas y azules agrupados en un lugar como Belladonna. La casa nació en una época más lenta, en una era de quinqués, de carruajes y del cotocloc de los cascos de los caballos. Una época más relajada, por lo menos para unos pocos privilegiados que vivían en casas opulentas como ésta. Puede que no fuera tan relajada para los esclavos que recolectaban el algodón, ni para los aparceros que trabajaron las tierras después de la emancipación. Puede que tampoco fueran tan relajada para los muchachos de ambos lados de la frontera que derramaron su sangre en los campos de Vicksburg, Sharpsburg y Shiloh.

Con la cabeza llena de imágenes de balas, bayonetas y sangre vertida, dejé estacionado mi Honda en la entrada y subí corriendo el camino de ladrillos. De pie, en la veranda delantera, con los brazos cruzados, estaba la última persona que quería ver en ese momento: el imbécil del sheriff que había detenido a Scratch el diciembre pasado.

—¿Qué ha pasado? —pregunté. Traté de entrar en casa pero él me lo impidió.

—La están sacando. —Señaló con la cabeza hacia dentro, y me asomé para ver qué ocurría en el interior. Los sanitarios salían del salón con mamá tumbada en una camilla con ruedas. Tenía los ojos cerrados, y la piel pálida y sudorosa. La idea absurda de que no podía estar muerta porque no le habían tapado la cara y llevaba una mascarilla de oxígeno puesta en la boca me pasó fugazmente por la cabeza.

Esta vez el sheriff no me opuso resistencia y me avancé para sujetar la barandilla de la camilla donde yacía mi madre.

—¿Qué ha pasado? —repetí.

La sanitaria que tenía delante me miró a los ojos. Tenía más o menos mi edad pero estaba morena y en forma, y tenía el aspecto de ser una mujer con objetivos claros en la vida. Por un instante me pregunté si me estaría sopesando y encontrándome carencias.

—Creemos que su madre ha tenido un ictus —me informó. Hablaba con voz comedida y calmada, dotada de una confianza tranquila que hizo que parte de mi ansiedad se disipara—. La vamos a llevar al hospital. Usted y su amiga podrían venir juntas.

¿Su amiga?

Miré a mi alrededor. Junto a la enorme puerta doble que daba al salón estaba Gladys Dalrymple, a quien todo el grupo del club de campo llamaba Gladdie. A pesar de lo mucho que su nombre recordaba la palabra «alegría» en inglés, era la mujer menos alegre que haya conocido o imaginado. Su hija, que se llamaba con igual ironía Dymple, era calcada a ella; una chica con

cara avinagrada y que a pesar de lo que su nombre en inglés podría insinuar, no tenía ningún hoyuelo, a no ser que contaras aquella mueca que hacía como si estuviera mordiendo constantemente un limón.

Gladdie frunció el ceño cuando la miré.

—Esto es culpa tuya —siseó—. ¡Y después de todo lo que tu madre ha hecho por ti!

Abrí la boca para responderle y volví a cerrarla. Y entonces, sin dar a Gladdie la satisfacción de ver mi confusión y mi indignación, me volví y salí de la casa tras los sanitarios.

—No ha sido tan grave como podría haber sido —dijo el médico—. Tiene una leve parálisis en el lado izquierdo, y tendrá dificultades para hablar durante cierto tiempo, pero la última semana ha mejorado mucho. En un par de días más, le daré el alta y podrá irse a su casa. No recuperará todo lo que ha perdido, pero con terapia y algo de esfuerzo, estará bien.

Eché un vistazo al historial y volvió a alzar los ojos hacia mí.

—Vive con ella, ¿verdad?

—Sí, pero... —Me detuve—. Sólo temporalmente. Lo estaba preparando todo para regresar a casa en cuanto encontrara un lugar donde vivir.

—Por lo que se iría a vivir a... —Consultó de nuevo el historial.

—Asheville —le apunté—. En Carolina del Norte.

—¿Y queda eso muy lejos?

—A unas diez horas de viaje. —Me sentí como si me hundiera en unas arenas movedizas tan profundas que cabía la posibilidad de que jamás volviera a pisar tierra firme.

El médico sacudió la cabeza.

—No puede estar sola en aquella vieja casa tan grande. A no ser que quiera plantearse trasladarla a la Residencia de Saint Agnes, tiene que haber alguien con ella.

En aquel momento supe, naturalmente, quién sería ese alguien. En la semana que había pasado desde el ictus de mamá, había hablado todas las noches con Melanie y sólo una vez con Harry. Él estaba en la playa, en Belice, haciendo submarinismo en la Gran Barrera de coral australiana o algo así. Lo único que le saqué fue: «Te vas; no te oigo» y «Sé que harás lo que sea mejor para mamá. Te llamaré cuando esté de vuelta en Estados Unidos».

Melanie, en cambio, habló mucho. Como mamá no estaba en un peligro inmediato, no iba a volar a Misisipí desde California, pero comprendía lo complicada que era mi situación:

—Ya sé que no es responsabilidad tuya —dijo por enésima vez—, pero eres la única que está ahí. Mamá tiene mucho dinero. Podemos contratar a alguien para que la cuide. Podemos instalarla en un lugar realmente bonito donde esté bien atendida.

—No quiere irse de Belladonna —insistí, también por enésima vez—. Ya sabes lo mucho que quiere esa vieja casa.

—Sí, ya lo sé —aseguró Melanie. Se calló la otra mitad de la frase: «La quiere más que a ti o a mí»—. Pero ya no está en situación de tomar todas las decisiones, Peach. Por una vez en su vida, no puede tener todo lo que quiere.

Pero lo tuvo.

Como de costumbre.

Antes de llevar a mamá a casa, tuve una larga conversación con el banco y, después, otra

todavía más larga con Tildy. Melanie tenía razón sobre una cosa: mamá podría permitirse todo lo que necesitara o deseara. Papá había hecho bien su trabajo, por lo menos de acuerdo con la filosofía imperante en su generación. El dinero no iba a ser ningún problema. A su familia no iba a faltarle de nada.

Una vez disipada esta preocupación, me dispuse a encargarme de los asuntos de mamá: poderes, control financiero del patrimonio; todas las formalidades legales que iba a necesitar para llevar la casa, emitir cheques, pagar facturas y encargarme de que mamá recibiera la atención que precisaba.

En cuanto tuve poderes para emitir cheques, me senté con Tildy y le expuse mis planes:

—Te necesito, Tildy —dije—. Y mamá también te necesita. Será duro para ella no controlarlo todo...

—¿Te parece? —soltó Tildy con una sonrisa pícara en los labios.

—Sí, me parece. —Era la primera vez que reía desde la noche que, al regresar a casa, me encontré con aquellas luces centelleantes, y fue talmente como inspirar hondo después de haber estado sumergida bajo el agua. El oxígeno me inundó las neuronas, y todo pareció aclararse un poco.

Y así quedamos. Tildy vendría todos los días a tiempo para poder levantar, bañar y vestir a mamá, y también para prepararnos el desayuno a las dos. Se quedaría hasta las tres y media o las cuatro, lo que me permitiría salir a hacer recados y al supermercado y, tal vez, tener algo de tiempo para mí misma. Tildy dejaría la cena preparada. Los fines de semana tendría que apañármelas sola.

—El médico me advirtió que mamá no volverá a ser la misma de antes —expliqué a Tildy—. Así que tenemos que estar preparadas. El ictus puede haberle afectado partes del cerebro que se ocupan de los filtros sociales, ya sabes, el control de los impulsos, la discreción y esa clase de cosas. A lo mejor suelta lo primero que le venga a la cabeza sin tener en cuenta lo que puedan sentir los demás.

—Dicho de otro modo, doña Donna será exactamente la misma de antes, sólo que corregida y aumentada —soltó Tildy.

No podría habérselo rebatido aunque hubiera sido mi intención hacerlo.

La tarde que llevé a mamá a casa desde el hospital, todas las sillas de la veranda delantera estaban ocupadas por personas que nos estaban esperando. Tal como los veía desde el coche, mientras recorría el camino de entrada, recordaban un poco los Hatfield y los McCoy, con su guerra privada, o quizá la Unión y la Confederación.

Salí, ayudé a mamá a sentarse en la silla de ruedas plegable y la conduje hasta el porche.

A la izquierda estaban Boone, Scratch y Fart Unger, el amigo de Dell, junto con Dell, Alyssa e Imani. Como Fart tenía su caja de herramientas en la mano, deduje, sin miedo a equivocarme, que la rampa que ocupaba la mitad de los amplios peldaños que llevaban hasta la veranda era cosa suya. Cabía perfectamente una silla de ruedas y tenía una barandilla resistente.

Dell Haley se hallaba sentada en una mecedora con una enorme caja de cartón apoyada en los anchos brazos de madera de la silla. Sin necesidad de retirar el papel de aluminio, pude oler a pastel de pollo y jamón, tarta de compota de manzana, pan de maíz recién hecho y berzas.

Alyssa tenía a Imani en el regazo. La niña sostenía un enorme ramo de flores de primavera. En cuanto su madre le dio un empujoncito, se acercó y dejó el ramo sobre las rodillas de mamá.

—Tenga, señora Rondell —dijo antes de agachar la cabeza y rodear la silla para darme un abrazo.

—Ahora mismo no puede hablar demasiado bien —expliqué a Imani—. Pero muchas gracias; las flores son preciosas.

Ninguna de las personas situadas a la derecha del porche se había movido. Gladys Dalrymple y su hija, Dymple, estaban inmóviles, como si la Bruja Blanca de Narnia las hubiera convertido en estatuas. También había otras dos amigas del club de campo de mamá, delgadísimas, idénticas, con el pelo platino cardado y los dedos huesudos cubiertos de diamantes y rubíes. Recordaba que me las habían presentado, pero aunque en aquel momento me hubieran venido sus nombres a la cabeza, habría sido incapaz de distinguir cuál era cuál.

Lo que sí me vino a la memoria fue lo que Gladys me había dicho la noche que mamá acudió al hospital: «Esto es culpa tuya». Debido al trauma y a la ansiedad que el ictus de mamá me había provocado, y al estrés de tener que desempeñar de repente la función de cuidadora, se me había olvidado por completo justo hasta aquel instante.

Gladys, evidentemente, no lo había olvidado. Me clavó los ojos a través del espacio vacío que nos separaba, y después de mirarnos a mamá y a mí, dirigió la vista hacia Scratch, Dell y los demás.

Mi educación de dama sureña empezó a funcionar a toda marcha.

—Pasad, por favor —pedí a todos los presentes—. Es muy amable de vuestra parte apoyar así a mamá. Como podéis imaginar, está muy cansada, pero en cuanto la instale, podemos tomarnos un café.

Alyssa lanzó una mirada a Gladys y, de forma casi protectora, rodeó a Imani con un brazo para acercarla hacia ella.

—Quizá será mejor que volvamos otro día —comentó en voz baja—. Llámanos si necesitas algo, Peach. Ya nos veremos.

Hubo abrazos y besos, junto con algunas despedidas apresuradas, y todos los relacionados con el Heartbreak Cafe se fueron. Me quedé sola frente a las Dalrymple y las gemelas teñidas de rubio.

—Esto es la causa por la que tu madre está en esta silla de ruedas —aseguró Gladys Dalrymple con un resuello indignado, mientras señalaba en dirección a la ciudad, por donde el coche de Dell y también la camioneta de Fart estaban justo doblando la esquina—. ¡Cómo es posible que te relaciones con gente así, Priscilla! ¡Con lo que se esforzaría tu madre para intentar criarte como es debido!

No las invité una segunda vez a entrar, sino que empujé la silla de ruedas de mamá hacia la puerta y me volví hacia ellas en el umbral.

—Se crían vacas. Se crían vinos. A las damas sureñas se las educa.

Mientras Gladys me miraba boquiabierta, le cerré la puerta de Belladonna en las narices.

—Y no me llamo Priscilla —mascullé a la puerta cerrada—. Me llamo Peach. Peach.

Mamá levantó la mano derecha y me apretó los dedos.

—Pis —dijo—. No pipi. Pis.

Capítulo 25

A lo largo de los años he visto muchas expresiones distintas de mi madre. La he visto enojada un montón de veces, e irritable, y exigente. La he visto taimada, manipuladora, egocéntrica y quejumbrosa. La he visto como una triunfadora exultante y como una perdedora malhumorada y descortés. La he observado, en palabras de T. S. Eliot, «poner una cara que coincida con las caras con las que uno coincide», y reconocía muy a menudo la sonrisa educada y gélida que enmascaraba una desaprobación rotunda.

Pero nunca este vacío, como un globo deshinchado. Nunca esta ausencia, esta inquietante quietud.

Se queda allí donde Tildy y yo la ponemos, ya sea en la cama, en el sofá, a la mesa del comedor o en la silla de ruedas. Es como el maniquí del escaparate de una tienda que vendiera ictus.

El médico dice que le llevará algo de tiempo empezar a volver a relacionarse con nosotros, que la depresión es una reacción normal ante esta clase de pérdida, y que lo único que podemos hacer es tener paciencia. Me pasé tantos años deseando que dejara de molestar... y ahora que lo ha hecho, ¿cómo voy a aprender a sobrellevarlo?

—¿Peach?

Alcé los ojos y vi que Dell y Scratch me estaban mirando.

—¿Te interrumpimos?

Cerré el diario con el bolígrafo dentro para que me sirviera de punto y me fijé en las pocas páginas en blanco que quedaban. Supuse que en una semana o dos tendría que ir en coche a Tupelo y buscar una tienda de material de oficina para comprarme otro.

Me encogí de hombros y les invité a sentarse con un movimiento de la mano.

—Sólo estaba intentando ordenar mis ideas sobre lo de mamá —expliqué—. Mañana por la tarde tengo una sesión telefónica con mi psicoterapeuta.

Están al corriente de mi actual relación con el viejo idiota canoso, por supuesto. Hace mucho que dejé de fingir con estos amigos. Simplemente, no tenía energía suficiente para hacerlo.

El fragmento de un recuerdo me pasó fugazmente por la cabeza. Se trataba de un viejo episodio de *Star Trek* en que una nave romulana está atacando el *Enterprise*:

«No pueden permanecer invisibles para siempre, capitán —decía Spock—. El dispositivo de ocultación está agotando sus reservas de energía».

Cierto. Permanecer oculta era de lo más agotador, ¿y qué iba a lograr con ello, de todas

formas? Eran lo bastante listos como para darse cuenta de cuando fingía. Y, por primera vez en mi vida, tenía amigos que preferían verme sin doblez y hecha polvo antes que haciendo gala de una alegría ficticia.

Dell se sentó delante de mí, y Scratch acercó una silla de otra mesa.

—¿Estás bien? —preguntó Dell.

—Sí. Sólo estoy cansada. Exhausta, en realidad. Y preocupada.

—¿Cómo está tu madre? —dijo Scratch—. ¿Algún cambio?

—Sigue bastante igual. Come cuando la alimentamos y no se queja cuando la movemos de sitio, pero eso es todo. Ni siquiera trata de hablar. No sé qué hacer. Ayer por la noche, creí haber oído un ruido, y cuando entré para comprobar que estuviera bien, me la encontré allí, acostada a oscuras, mirando el techo.

Dell me dirigió una de esas miradas que parecían atravesarte completamente.

—Por más que estés haciendo lo correcto, resulta difícil cuando te sientes atrapada.

Me dio un vuelco el corazón.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

Apoyó el mentón en una mano y se me quedó mirando.

—Estabas lista para regresar a casa para retomar tu vida donde la habías dejado y va y pasa esto.

La observé un instante.

—¿Cómo te enteraste? No se lo había contado a nadie. Apenas acababa de tomar la decisión cuando mamá...

—Era lo lógico —comentó Dell, encogiéndose de hombros—. El divorcio ya era definitivo, y ya se había hecho el reparto de los bienes. Ya no necesitabas quedarte más tiempo aquí. En Chulahatchie, quiero decir. Viviendo con tu madre.

No hizo falta que dijera el resto: «Ya no nos necesitabas a nosotros».

Percibí un reproche aunque sus palabras no escondían ninguno; no me lo hacía ella, sino yo misma, desde lo más profundo de mi ser.

Lo cierto era que eso era exactamente lo que había pensado hacer: volver a Asheville, retomar mi vida, y seguir adelante con lo que el futuro me deparara hasta que el año de mi exilio en Chulahatchie se desvaneciera y se convirtiera en un vago recuerdo, en la sombra de un sueño.

Recuerdo haber dicho una vez a mi psicoterapeuta que la salud mental estaba enormemente sobrevalorada. ¿Por qué había que poner tanto esfuerzo en adquirir conciencia de uno mismo cuando vivir negándose a aceptar la realidad es infinitamente más fácil y más cómodo?

Ahora, cuando me observaba a mí misma, veía algo que me impresionaba, algo que sacudía los barrotes de mi jaula y hacía que me estremeciera de repugnancia y de incredulidad. ¿Era posible que yo fuera así de egocéntrica, que aceptara encantada el amor y el apoyo que estos amigos me habían ofrecido y que después, cuando ya no los necesitaba, me largara sin volver siquiera la vista atrás? ¿Era posible que sólo me preocupara por lo que yo necesitaba, por lo que yo quería?

¿Era posible que fuera tan parecida a...?

¿Mi madre?

¿Y si...?

La idea se me acercó sigilosamente por detrás y me dio un manotazo tan fuerte en la cabeza

que me flaquearon las rodillas y me retumbaron los oídos.

¿Y si ellos me necesitaban?

Seguramente iba a lamentarlo el resto de mi vida, pero la idea me nació de la cabeza totalmente formada como Atenea, la diosa de la sabiduría; como una visión o una vocación. No podría haberla negado aunque con ello hubiera salvado mi lamentable alma.

Me detuve en el porche delantero, me arrodillé y tomé las dos manos de Imani entre las mías.

—Tienes que entender que mi mamá está muy enferma, mi vida —dije—. Ha estado en el hospital y está muy débil, y puede que no reaccione al verte, o que se comporte como si estuviera enfadada. ¿Lo entiendes?

Imani me miró y asintió solemnemente.

—Papá me lo explicó. Tu mamá tuvo un ictus y has estado cuidando de ella. Por eso no nos hemos visto demasiado.

—Exacto. —La acerqué a mí y noté el calor de su cuerpecito contra el mío, la suavidad de su mejilla morena bajo los dedos—. Te he echado de menos.

—Y yo a ti. —Alzó los ojos para mirarme—. Sé que estás triste por lo de tu mamá —aseguró—. Pero no tienes que hacerlo todo tu sola. Tienes amigos que te quieren, tía Peach. Todos te vamos a ayudar.

Metió la mano en la mochila rosa y sacó de ella un ejemplar viejo de *El jardín secreto*, el que yo le había regalado, el que tenía ilustraciones en color a toda plana.

—Es mi libro favorito —dijo—. Pensé que tal vez podría leérselo a tu mamá.

—Es un detalle muy bonito, cariño —comenté con un nudo en la garganta.

Me obligué a sonreír, pero por dentro estaba acobardada. Aún medio paralizada por el ictus, mi madre era muy capaz de comerse a aquella encantadora niña para desayunar.

—Muy bien —dije por fin—. Entremos.

Abrí la puerta principal y entramos en casa. Imani se detuvo en el vestíbulo mirando la inmensa escalera que subía haciendo curva hasta el primer piso.

—Me recuerda la casa de mi abuelo —susurró.

—¿Te gustaba vivir con tu abuelo? —pregunté.

—No estaba mal. Me compraba muchas cosas, pero casi nunca jugaba conmigo porque se pasaba todo el tiempo trabajando. —Sonrió feliz—. Me gusta muchísimo más vivir en la cabaña del canal de la tía Dell. Papá me lleva a pescar, y buscamos cangrejos de río bajo la tierra.

La entendí perfectamente.

—Yo crecí aquí —le expliqué—. Después te llevaré a mi habitación y te dejaré jugar con mi casa de muñecas. Pero ahora hay alguien a quien tienes que conocer.

Crucé con ella la puerta de vaivén para acceder a la cocina, donde Tildy estaba espolvoreando azúcar glasé sobre una tarta de café que olía deliciosamente a mantequilla y a canela.

—No quiero oír ningún comentario —soltó todavía de espaldas a la puerta—. Es la preferida de tu madre, y nadie puede comer ni una migaja hasta que ella lo diga. Me pareció que podría incitarla a comer un poco.

Se giró, sonriente, y abrió unos ojos como platos al ver a Imani.

—Vaya, ¿a quién tenemos aquí?

Como Imani se volvió tímida de golpe ante aquella mujer negra de metro noventa, le di un empujoncito hacia delante.

—Te presento a Imani Greer —dije—. Imani, saluda a la señora Matilda Brown. Nosotras la llamamos Tildy.

Imani se armó de valor y alargó la mano.

—¿Cómo está, señora Tildy? Mucho gusto en conocerla.

Tildy le estrechó la mano.

—Igualmente. ¿Y a qué debemos el honor de esta visita?

—He venido a ver a la señora Rondell —respondió Imani—. He venido a ayudarla a sentirse mejor.

Tildy echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—¡Tenemos a alguien que hace milagros entre nosotras! —exclamó—. ¿Cuántos años tienes, jovencita?

—Acabo de cumplir nueve años. —Imani le dirigió una mirada llena de curiosidad—. ¿No cree en los milagros, señora Tildy?

—No tengo forma de saberlo. Me parece que nunca he visto ninguno.

—Puede que sí haya visto uno —la contradijo la niña—, sólo que no lo sabe. Papá dice que a veces las coincidencias son milagros disfrazados.

—Vaya, vaya... —me dijo Tildy—. Hace milagros y es filósofa. —Se agachó hasta ponerse a la altura de Imani—. ¿Has visto tú alguna vez un milagro?

—Sí.

—¿Y de qué clase exactamente? ¿Agua convertida en vino? ¿Alguien andando sobre las aguas? ¿Lázaro levantándose de entre los muertos?

—No —contestó Imani con una risita.

—¿Qué entonces, si puede saberse?

—Que mamá y papá vuelvan a estar juntos —dijo Imani.

Tildy se incorporó y se puso en jarras.

—Eso no hay quien lo discuta.

—¿Dónde está mamá? —pregunté.

—En la veranda trasera. La saqué porque me pareció que el aire fresco podría irle bien. Me da mucha pena. A tu madre siempre le encantó la primavera, y ésta es una de las más bonitas que recuerdo desde hace mucho, muchísimo tiempo. Es una lástima que no pueda apreciarla.

Dejé a Tildy terminando la tarta de café y llevé a Imani a la parte de atrás de la casa. Mamá estaba sentada en una de las mecedoras, contemplando el jardín en dirección al río. Golpeaba los ladrillos del porche con el pie derecho para que la mecedora no dejara de balancearse; la paralizada pierna izquierda seguía flácidamente el movimiento, y tenía la mano izquierda, cerrada como una garra, inmóvil en el regazo.

—¿Mamá? —dije.

Giró la cabeza hacia mí. Tenía el lado derecho de la cara normal, pero en el izquierdo, tenía el ojo desfigurado y la mandíbula torcida. Un hilillo de saliva le caía del lado izquierdo de la boca hasta el pecho, pero no lo notaba.

La mecedora se detuvo. Me miró de arriba abajo con el ojo bueno, y su desaprobación al

verme sujetando la mano de una niña negra avanzó hacia mí como las olas que se dirigen a la playa. Cuando iba a llevarme a Imani, la niña se soltó de mí y corrió hacia mi madre.

Sin esperar a que la invitara a hacerlo, se subió en el regazo de mamá, sacó un pañuelo de papel de la caja de la mesa y le secó la baba. Después, alargó la mano y acarició la mejilla izquierda de mamá, con suavidad, con cariño.

—Señora Rondell —susurró—, me llamó Imani, y si me deja, me gustaría ser su amiga. —Sonrió a la cara destrozada de mamá—. He traído un libro para que lo leamos —dijo, y lo sacó de la mochila para enseñárselo—. *El jardín secreto*. Va de una niña que necesita una familia, y de un niño enfermo que se cura porque sus amigos lo quieren.

Imani movió el cuerpecito para adoptar una posición cómoda y recostó la cabeza en el pecho de mi madre de modo que le quedaba la coronilla encajada bajo el mentón de mamá. Contuve el aliento. Mamá vaciló una fracción de segundo y, entonces, rodeó a la niña con el brazo derecho, la sujetó bien, y el lado derecho de su cara esbozó media sonrisa retorcida.

Alargó el pie derecho, lo apoyó en los ladrillos de la veranda y dio un empujón. La mecedora inició de nuevo su movimiento. Y entonces lo oí: un canturreo grave. Tardé un momento en reconocer la melodía, en recuperarla de lo más recóndito de mi memoria.

Era una canción de cuna. La que mamá solía cantarme.

Capítulo 26

Imani venía todos los días. La profecía de Tildy resultó cierta: la niña era filósofa y, además, hacia milagros.

Ahora mamá se pasaba la mayoría del tiempo en la veranda trasera, observando cómo abril sacudía su falda multicolor sobre unas enaguas verde hierba. Todo el universo parecía inclinarse y balancearse siguiendo la danza ancestral de veneración que celebraba la vuelta de la primavera.

Cuando no estaba sentada, meciéndose, sonriendo, tarareando para sí misma, mamá se dedicaba a recuperarse. Fisioterapia, logopedia, terapia ocupacional; lo hacía todo sin una sola palabra de queja. Su cerebro se reeducó para suplir el lenguaje perdido con el ictus. Poco a poco fue recuperando la fuerza, hasta que pudo desplazarse sola con la ayuda de un andador.

Cada tarde, a las dos y media, salía ella sola al porche, se instalaba en la mecedora y esperaba a que las clases se acabaran sujetando el ejemplar de *El jardín secreto* de Imani en la mano. No sé de qué hablaban las dos. Era su secreto, y aunque la tentación era casi insoportable, jamás interferí, jamás escuché a escondidas, jamás pregunté. Una vez oí que Imani llamaba a mi madre AbueDonna, y vi su abrazo tierno cuando se despedían.

Tendría que haber llorado de alegría. Pero, en cambio, algo rugía y se encendía en mi interior; una ira que no sabía que pudiera sentir. No había esperado ver semejante intimidad, no sabía que mi madre fuera capaz de ella. Y mi reacción me asombró y me avergonzó.

¿Por qué?

No puedo obviar la pregunta. Me persigue, me escuece como una erupción de la que no puedo librarme. ¿Cómo puede mi madre, que se ha pasado toda la vida criticándome y haciéndome sentir como si yo tuviera algo malo, entregarse ahora tan gustosa y cariñosamente a una niña que no es hija suya? Una niña negra. Una niña a la que, antes del ictus, habría evitado cruzando la calle. Y ahora mece a Imani en su regazo y le trenza el pelo, le canta, y la abraza como si el calor de su cuerpecito fuera un salvavidas que pudiera impedir que se ahogara.

Tendría que estar contenta; contenta de que mamá esté viva, contenta de que esta querida niña, a la que adoro como si fuera hija mía, pueda ser el catalizador que haga que mi madre se recupere.

¿No es esto lo que quería? ¿No es lo que esperaba cuando traje a Imani a Belladonna el primer día?

Es verdad, intentaba compaginar las cosas, encontrar una forma de pasar tiempo con

Imani sin desatender a mamá. Pero ¿no esperaba que mamá reaccionara ante ella de algún modo, de la misma forma que los pacientes de Alzheimer reaccionan ante los niños pequeños o ante los perros de terapia? ¿No recé para que el resultado fuera éste: si no un milagro, sí por lo menos un rayo de luz en la oscuridad, un destello de luna, el parpadeo de una estrella?

Me avergüenza mi reacción, pero simplemente no puedo evitarla. Me enfurece pensar que a mi propia madre no le nacía quererme y valorarme, y sí, en cambio, a Imani. ¿Qué le da derecho a negarle el amor a su propia hija y dárselo a una desconocida? ¿Por qué es tan difícil quererme?

El viejo idiota canoso seguramente diría que por fin había llegado al meollo de la cuestión, al epicentro de los seísmos interiores de mi ser. Lo consideraría una gran victoria. Pero él no está aferrado con uñas y dientes al borde del precipicio para salvar su preciosa vida (o no tan preciosa). Soy yo quien tiene que contemplar sin hacer nada cómo mi propia madre me traiciona con cada sonrisa asimétrica y cada abrazo manco que da a otra niña.

Cuando era pequeña, me molestaba el espíritu crítico de mi madre y deseaba que fuera cariñosa, comprensiva, alentadora y accesible, como eran algunas de las madres de mis amigas. De mayor, me alejé de ella para intentar protegerme, para impedir que mi corazón sufriera más por su culpa. Creía que había superado el dolor y que lo único que me quedaba era rabia.

Y ahora me doy cuenta de que la rabia es lo que duele. La rabia no es nada más que una cortina de humo para tapar el sufrimiento y el miedo. Mantiene a raya el dolor, contiene el miedo. Pero al final del túnel, siguen ahí. Si estoy siempre que echo chispas, no tengo que admitir mis vulnerabilidades, no tengo que enfrentarme con la realidad de que estoy asustada y herida, y que puede que estas heridas jamás sanen del todo.

¿Y cómo podrían sanarse? Nunca han estado expuestas a la luz y al aire. Han estado vendadas, cubiertas con una costra, con un injerto. Pero el veneno sigue ahí, enconándose bajo la superficie, supurando, extendiendo sus tentáculos a otras relaciones.

¿Podría haber sido mi matrimonio con Robert diferente, mejor, si yo hubiera sido más abierta, más sincera, más consciente de mí misma? ¿Hasta qué punto la rabia que sentía por mamá se había filtrado a esa corriente subterránea y había contaminado las aguas? ¿Hasta qué punto la angustia de mi infancia me impedía sentirme feliz y contenta ahora que era adulta?

Siempre he querido sentirme aceptada, siempre. He querido que me quisieran y me cuidaran; he querido relajarme. Pero nunca ha pasado. Ni siquiera cuando me querían, porque no podía creérmelo, no podía disfrutarlo tranquilamente. Siempre he tenido miedo, siempre me he hurgado las viejas cicatrices. Siempre he buscado una prueba; una prueba que mi madre jamás pudo darme.

Ahora le han dado a un interruptor en su interior y, de repente, se ha convertido en AbueDonna. Tierna. Cariñosa. Afectuosa. Y no puedo evitar preguntarme dónde estará la vaina y qué habrán hecho los alienígenas con mi auténtica madre.

Y acto seguido me pregunto si querría recuperar a mi auténtica madre si la encontrara.

—Se lo dije —comentó el médico—. Había que esperar cambios. La parte de su cerebro que filtra los pensamientos y las emociones ha quedado afectada. Es probable que diga y haga lo que quiere sin tener en cuenta en absoluto cómo afectará a los demás. No tendrá ningún tacto, ni buenos modales.

Me lo quedé mirando.

—Pero es que... bueno, no es ella.

—Sí que lo es —replicó—. Seguramente es más ella de lo que nunca había sido hasta ahora.

—Pero eso no tiene ningún sentido. Esperaba que fuera... —Me detuve—. Bueno, para serle franca, esperaba que fuera mala, gruñona e hiper crítica. Como ha sido siempre.

—Su madre está mejorando, Peach —dijo, encogiéndose de hombros—. Habla de forma más articulada, y aunque seguramente siempre tendrá cierta parálisis del lado izquierdo del cuerpo, su recuperación es notable. Sólo puedo decirle lo que hemos observado en casos como los de su madre: el ictus derriba la fachada. Cambia a las personas.

«Y que lo diga», pensé.

La pregunta era si yo podría sobrellevar el cambio.

Como esperaba, mi psicoterapeuta se puso eufórico por mi gran avance. A mí más bien me parecía un gran bajón, pero no me molesté en rebatirlo. Dejé que delirara sobre lo mucho que estaba aprendiendo y lo lejos que había llegado. Tarde o temprano sabría la verdad. Puede que mucho más tarde. Puede que nunca.

Cuando regresé a Chulahatchie después del divorcio creía que era difícil vivir con la antigua mamá, siempre tan crítica, pero aquello no era nada comparado con vivir con esta nueva mamá mejorada. Había perdido todas las aristas duras y lo único que quedaba era el suave núcleo interior. Cada vez que Imani aparecía, veía que los ojos de mamá se iluminaban con una luz que se reflejaba en el semblante de la niña.

La madre que nunca tuve y la hija que siempre anhelé. Se habían encontrado una a otra y yo las había perdido a ambas.

—Tía Peach —dijo Imani una tarde cuando se iba—, ¿estás bien?

No la miré a los ojos. No pude.

—¿Qué quieres decir?

Me tomó la mano y tiró de ella hacia abajo para que me sentara a su lado en los peldaños delanteros de Belladonna, junto a la obra maestra de Fart: la rampa para la silla de ruedas de mamá. Era última hora de la tarde y el sol se estaba poniendo tras la casa, lo que dejaba la veranda delantera a la sombra durante varias horas. Noté cómo el frío de los ladrillos me atravesaba la tela de los vaqueros y me estremecí.

—¿No te está esperando tu papá en el Heartbreak Cafe? —pregunté.

—Sabe que estoy aquí —respondió Imani—. Si no estoy en la cafetería cuando tenga que irse a casa, vendrá a recogerme.

Lo dijo con una certeza absoluta, segura del amor de su padre y de su capacidad de protegerla. Envidié la falta de miedo que proporcionaba semejante sensación de seguridad. La verdad es que envidiaba muchas cosas a Imani.

—¿Estás bien? —repitió.

—Sí —mentí—. ¿Por qué lo preguntas?

—No sé. Pareces... bueno, distinta de algún modo. Estás aquí, pero es como si estuvieras

muy lejos.

Me mordí el labio y desvié la mirada. Aquella niña brillante y perspicaz carecía del lenguaje de un psicólogo y no podía decirme que estaba emocionalmente ausente, pero de todos modos lo había expresado a la perfección.

—He estado... —Intenté encontrar una palabra—. Ocupada —solté.

—Ya lo sé. AbueDonna me lo ha dicho. Dice que tienes muchas preocupaciones.

—¿Mi madre te ha dicho eso? ¿A ti?

Imani asintió.

—Hablamos de muchas cosas —me explicó—. Te echa de menos. —Y tras una breve pausa, añadió—: Y yo también.

Era una frase muy simple y sincera: la verdad de Imani, tal como la pensaba, sin fingimientos ni astucias.

No podía decir mi propia verdad a esta niña inocente. No podía decirle: «Mamá no puede echar de menos lo que jamás conoció». Así que me limité a decir:

—Yo también te echo de menos.

Captó la diferencia yladeó la cabeza como haría un cachorro inteligente y curioso.

—¿Recuerdas cuando llegué a Chulahatchie? —preguntó—. ¿Cuando papá y mamá volvieron a verse desde hacía tanto tiempo?

—Pues claro que me acuerdo. —Le tomé la mano—. Fue cuando te conocí.

—Tenía miedo de papá, porque era tan corpulento y raro, tenía miedo de la novedad y de no saber qué iba a pasar. Y tú me dijiste que no tenía por qué gustarme papá pero que, por lo menos, debería darle una oportunidad.

Bajé los ojos hacia ella.

—Había olvidado que te había dicho eso.

—Bueno —comentó después de asentir con la cabeza—, a lo mejor eso es lo que tendrías que hacer tú.

Scratch dobló la esquina con su camioneta y tocó el claxon. Imani lo saludó con la mano y, después de ponerse de pie, se volvió para lanzarse a mis brazos.

—Te quiero, tía Peach —me susurró al oído—. Y AbueDonna también.

Se separó de mí, se colgó la mochila rosa de los Power Rangers al hombro y se marchó dando saltitos hasta donde su padre la estaba esperando.

Capítulo 27

—Pis —dijo mamá.

Levanté la vista de mi diario. Después de que Imani se marchara, me había reunido con mi madre en la veranda trasera, donde nos quedamos sentadas, encerradas en nuestras burbujas individuales, sin nada que decirnos una a otra. No era el silencio amigable de dos personas que se amaban y se comprendían mutuamente, sino el silencio rígido de dos estatuas esculpidas en piedra, de dos enemigos que están midiendo de reojo las fuerzas del contrario.

El sol que se ponía se inclinaba sobre el Tombigbee, y sus rayos, cada vez más largos, iluminaban un camino verde y dorado desde el río hasta el césped que tenía a mis pies. Era como una invitación a jugar, a quitarme los zapatos y correr descalza por la hierba hasta la orilla para meterme en el agua que circulaba lentamente.

Pero no lo hice. Los adultos no se lanzaban al río totalmente vestidos por puro capricho.

—Pis —dijo mamá de nuevo.

Iba a llamar a Tildy, pero entonces caí en la cuenta de que eran casi las cinco y media. Hacía rato que Tildy se había ido a casa, y ya no volvería hasta el lunes por la mañana. El fin de semana era yo quien se encargaba de mamá. Sólo yo.

Suspiré y me levanté.

—Muy bien, mamá, vamos; te ayudaré.

Llevé el andador delante de la mecedora y la alcé para que se apoyara en las barras. Entrecerró el ojo bueno y me dirigió una mirada apreciativa.

—Pipi, no. Pis —dijo.

Las palabras me despertaron un recuerdo en algún lugar de mi mente; era lo mismo que me había dicho el día que llegó a casa, después de que yo mandara a freír espárragos a Gladys y a Dymple Dalrymple. Me dio una palmadita en la mano y repitió:

—Pis. No pipi. Pis.

—Sí, sí, mamá —dije—. Venga, vamos.

La conduje al cuarto de baño de la planta baja, la instalé en el retrete y salí para que tuviera algo de privacidad. Mientras escuchaba a través de la puerta entreabierta, se me ocurrió lo ridículo que era que tuviera que ayudarla a ir al cuarto de baño pero siguiera volviéndome para que no se sintiera violenta.

Esperé. No oí el ruido del pipí. Me acerqué más a la puerta.

—¿Mamá? ¿Todo bien?

Me llegó un sonido: un sollozo ahogado, como el grito de un animal herido. Abrí la puerta de

un empujón. Mamá estaba de pie, apoyada en el andador, con las bragas alrededor de las rodillas, intentando subírselas primero por un lado y después por el otro con una sola mano.

El tiempo pareció detenerse. Asimilé la escena como un cuadro vivo: mamá, que siempre iba hecha un pincel, con el peinado impecable y perfectamente maquillada, reducida ahora a llevar un sencillo vestido de estar por casa de algodón abrochado por delante con corchetes automáticos y unas zapatillas deportivas, con la cara lavada y arrugada, gastada como la franela vieja, con la permanente ya deshecha y las raíces desteñidas.

Las lágrimas que ella no podía derramar sirvieron para que se me hiciera a mí un nudo en la garganta, que intenté, en vano, tragar.

—Tranquila, mamá. Ya te ayudo —susurré.

—¡No! —gritó. Sacudió la cabeza de un lado a otro, y el movimiento me recordó un tigre enjaulado que había visto una vez en el zoo.

Levanté las dos manos.

—Muy bien, muy bien. Tómame el tiempo que necesites.

Me cerró la puerta de golpe en las narices y, finalmente, después de lo que me pareció una eternidad, la abrió de nuevo y salió arrastrando los pies. La seguí de regreso a la veranda. El sol ya estaba a punto de tocar el horizonte y confería un destello naranja, rosado y púrpura a las nubes que se veían a través de las ramas de los árboles.

Había refrescado. Entré otra vez en la casa, recogí una manta del salón y se la pasé sobre los hombros. No prestó atención; estaba concentrada, mirándome con el ojo bueno.

—Ose —dijo—. Tenemos que *habad*.

Le dirigí una mirada que le debió de parecer tan vacía como mi cerebro. No tenía ni idea de lo que quería.

Entornó el ojo y se señaló la oreja con la mano derecha:

—¡Ose! —repitió, más fuerte esta vez, tal como le chillarías a una persona que habla otro idioma, como si el mero volumen fuera a salvar el vacío comunicativo.

Parecía el colmo de la ironía. Mamá y yo no habíamos hablado el mismo idioma en años. ¿Para qué empezar ahora?

Se inclinó hacia delante y me sujetó la mano izquierda con su mano derecha.

—Pis —dijo.

Solté el aire con fuerza.

—Acabas de ir a hacer pis.

Me dio una sonora palmada en la mano.

—*Pesta atensón* —me ordenó, y aunque no entendí totalmente las palabras, conocía ese tono de voz. Lo había oído toda mi vida.

—¿Que preste atención? —repetí—. De acuerdo, mamá, te escucho.

Oye. Ose. Tenemos que hablar.

No la había oído. No le había *pestado atensón*. Pero, al parecer, Imani Greer, de nueve años, sí se la había prestado, porque ella y mamá lograban comunicarse la mar de bien.

Mamá me miró fijamente a los ojos.

—Pis —dijo—. No *pipi*.

Me encogí de hombros y sacudí la cabeza.

—*Peeeee-ch*. No *pipiilla* —repitió, esforzándose más aún—. *Gaddie tamó Pipi a Pis* —

prosiguió—. Pero *Pis*, no *Pipi*. *Gaddie* es *tota*.

Cuando era pequeña, me sentaba delante del árbol de Navidad y desenfocaba los ojos para que todo lo que veía se llenara de una centelleante luz multicolor. Ahora la escuché del mismo modo. Observé la cara torcida de mi madre y desenfocué mi mente para poder oír lo que quería decir en lugar de lo que decía.

Gladys Dalrymple. Estaba diciendo que Gladdie era tonta por haberme llamado Priscilla cuando el nombre que me correspondía era Peach.

Mamá jamás me había llamado Peach en toda su vida, y ahora me apretó la mano y me dijo:

—Perdona, *Pis*.

—No tengo nada que perdonarte —dije. Las dos sabíamos que era mentira, pero la frase superó el verdadómetro con una pequeña oscilación de emoción.

—¿Sabes por qué te puse *Pipilla*? —me preguntó mamá.

Negué con la cabeza.

—*Pipilla Oterstreet* —respondió—. Es una *bena* amiga. Como una hermana mayor. Una *metora*.

—¿Una *metora*? —repetí—. ¿Quieres decir una mentora?

Mamá asintió.

—¿Estás hablando de Purdy Overstreet? ¿Esa vieja corista que acaba de casarse con Hoot Everett?

Mamá sonrió, y hasta el lado izquierdo de la cara se le levantó, aunque sólo un poquito.

—Ella me *etendía*, como nunca hizo tu *abela* GiGi.

Estaba empezando a entender con mayor claridad las palabras, pero no podía creer lo que estaba oyendo.

—Espera un minuto. GiGi y tú erais inseparables. Las dos erais iguales.

—Iguales no —aseguró mamá—. Sólo quería *compacerla*. Me esforzaba, pero... —Se encogió de hombros, como si quisiera decir que era imposible complacer a la abuela—. *Pipilla* me *compendia*, y yo la *defaudé*.

Agachó la cabeza y se quedó mirando los ladrillos del suelo de la veranda.

—Menuda *pédida* de *tiepo* —murmuró, en voz tan baja que apenas podía oírla—. Todos esos años *itetando* *haced* lo que ella quería: *concusos* de belleza, *cub* de campo, todo.

No dije nada, con la esperanza de oír la disculpa completa que había anhelado toda mi vida. La admisión de que había sido una mala madre, de que sólo había pensado en sí misma y que había estado siempre emocionalmente ausente, que nunca me había apoyado cuando la había necesitado, que jamás me había aceptado tal como era.

Pero eso no sucedió.

Giró la cara de nuevo hacia el río y se quedó contemplando la luz menguante del anochecer. Y, en ese momento, me di cuenta de lo que ella veía. No el final del día, sino el final de una vida. Una vida llena de expectativas de los demás, guiada por principios y prioridades que no eran los suyos.

Vi a Melanie dándole la espalda y cruzando los brazos en un gesto de desafío adolescente; a Harry de pie, inmóvil, como un canto rodado en el río, dejando que la corriente familiar lo cubriera sin moverse jamás de sitio; a mí misma, tirando de la falda de mamá, reclamando atención. Vi a papá dedicado a sus negocios con clientes importantes; vi a GiGi señalando a

mamá agitando el dedo a modo de advertencia; vi al abuelo Chick dando un trago a una petaca cuando nadie lo estaba mirando.

¿Dónde estaban los sueños de mamá en esta vida que ahora se había perdido? ¿Dónde estaban sus ambiciones, sus esperanzas, sus alegrías y sus relaciones? ¿Dónde estaban sus pesares, sus anhelos insatisfechos, sus perspectivas de futuro?

¿Dónde, en este claustrofóbico envoltorio de otredad, había tenido siquiera la posibilidad de respirar? Apenas atisbaba su realidad, y lo poco que veía bastaba para salir corriendo como alma que lleva el diablo.

Y otra verdad salió fugazmente a la superficie y volvió a hundirse, como en un último esfuerzo por no sumergirse para siempre:

«Lo había hecho lo mejor que había podido».

Puede que no fuera lo que yo hubiera deseado para mí misma, ni para Melanie, ni para Harry. Puede que no fuera lo que hubiera complacido a mi abuela GiGi, ni impresionado a papá, ni apaciguado a Chick, ni lo que le hubiera valido el premio a la Madre del Año. Desde luego, no era lo que hubiera querido grabado en su lápida, pero aun así ésa era la realidad.

«Lo había hecho lo mejor que había podido».

Un sonido me sacó de mi ensueño. Un gemido bajo. Miré a mi madre, convertida ahora en una silueta recortada contra la luz que se apagaba. Estaba llorando. Se balanceaba, se estremecía, se aferraba a la manta que la envolvía con la mano derecha, la buena, y se inclinaba hacia delante como si quisiera seguir los últimos rayos de la puesta de sol hacia el ocaso.

Expresaba su rabia ante la luz agonizante del día.

Capítulo 28

Me gustaría decir que a partir de ese día pensé más en mamá que en mí misma, que tomé en consideración sus sentimientos, que la comprendí mejor, que hice un esfuerzo por avanzar afanosamente por el dificultoso pantano del dolor vivido y me relacioné con ella como un adulto con otro.

Me gustaría decir eso.

Pero la transformación interior es una cuestión de sinceridad, de llegar al núcleo de mis auténticos sentimientos, y si voy a hacer eso, tengo que admitir que no me convertí en la madre Teresa de Calcuta después de haber visto un resplandor camino de Damasco. Y sí, ya sé que estoy mezclando las metáforas, pero como no puedo identificarme completamente con Pablo, el gran apóstol del machismo, ni loca voy a utilizarlo como imagen de mi revelación.

Sólo diré una cosa: cuando empecé a escuchar, lo que oí fue peor de lo que me esperaba.

Alguien (no recuerdo quién; seguramente uno de los múltiples psicoterapeutas que pasaron por mi vida a lo largo de los años) me dijo que cuando exprimes un limón, no obtienes mermelada de uva. Yo entiendo que se refería a que cuando la vida te presiona, sale a la superficie lo que eres realmente por dentro.

El médico me lo había advertido. Me había dicho que debido al ictus, mamá carecería de filtros sociales. Que podría reaccionar como una persona que había tomado una copita de más, cuando los muros se desmoronan y las inhibiciones se liberan.

Yo lo había interpretado del mismo modo que Tildy, en el sentido de que mamá se volvería más crítica, más exigente, más egocéntrica y narcisista.

Pero en cambio, el ictus reveló un aspecto de mamá que jamás habría esperado ver. Y lo que mamá exteriorizó me puso los pelos de punta.

—*Pis* —dijo mamá.

Salí a la veranda trasera secándome las manos en un paño de cocina.

—La comida ya está casi lista —anuncié—. Llegarán en cualquier momento. He preparado jamón con judías de careta, berzas y pan de maíz. Tal como querías.

—Las judías me hacen echar pedos —dijo.

—Creía que te gustaban.

—No he dicho que no me *guten* —aclaró—. He dicho que me hacen echar pedos.

—Muy bien. Mira, mamá, si pudiéramos evitar hablar de pedos en la mesa, sería estupendo. Tendremos compañía, ¿sabes?

Otra de mis brillantes ideas, sugerir a mamá que podríamos invitar a unos cuantos amigos a casa. Me imaginé que tomaríamos un té a media tarde con las chicas del club de campo, una hora como mucho, con emparedados de pepino y rodajas de limón. Nada elaborado, nada que exigiera demasiado trabajo.

Pero terminamos haciendo una cena para ocho personas un sábado por la noche, cuando Tildy no estaba para echarme una mano. Había sido todo idea de mamá, o una idea que ella e Imani habían tramado juntas.

Mamá había dejado muy claro a quién había que invitar: ninguna de las chicas del club de campo ni del grupo de *bridge*. Quería que vinieran, en cambio, Scratch y Alyssa, Dell Haley y Fart Unger y Boone Atkins. E Imani, por supuesto.

Por alguna razón, esto me molestaba sobremanera. ¿Por qué me usurpaba a mis amigos cuando ella tenía los suyos propios? Da igual que fueran unos esnobs y unos idiotas redomados. Seguían siendo sus amigos, personas como Gladys, Dymple y los dos esqueletos teñidos de rubio platino cuyos nombres nunca consigo recordar.

Pero cuando se lo comenté, mamá se mostró inflexible:

—No —dijo—. Ellas no, hija. ¿*Aputas*? —Sonrió al oír el significado que podía darse a sus palabras debido a su mala pronunciación—. Los *pades* de Mani, Dell y su *petendente*... ¿cómo se *tama*?

—¿Fart Unger? —pregunté.

—Sí —asintió—. La *quere*. Lo sé por cómo la mira.

Yo iba anotando la lista.

—Y ese chico que te trajo a casa del baile. —Me hizo un gesto para que lo apuntara—. El marica del traje malo.

Me la quedé mirando un instante.

—¿Boone Atkins? —pregunté, sorprendida.

—Sí —asintió con vehemencia—. Es amigo tuyo, ¿no?

—Pues sí, pero...

—No me porté *ben* con él —dijo.

—Eso fue hace años, mamá. Estoy segura de que ni siquiera lo recuerda.

Estaba segura de que Boone lo recordaba, porque habíamos hablado al respecto, pero no iba a decir eso a mamá.

—Esta vez me portaré *ben*.

—Claro que sí, mamá —la tranquilicé, dándole unas palmaditas en la mano—. Tal vez sea mejor que no uses la palabra «marica». —Seguí elaborando la lista—. Compraré lasaña precocinada y prepararé una ensalada y pan de ajo. No será demasiado complicado.

—No —dijo mamá.

—¿Cómo que no? —Me quedé boquiabierta.

—A *Mani* le gusta el jamón, las *bezas* y el pan de *miz*.

—Imani puede comer jamón, berzas y pan de maíz todos los benditos días de la semana en el Heartbreak Cafe —dije—. No voy a cocer un jamón ni a cocinar yo misma las berzas.

Al final, por supuesto, eso fue exactamente lo que hice. Y, además, preparé un pudín de

plátano casero, que era el postre preferido de Imani.

Puede que fuera yo quien cocinara, pero incluso con una mano atada a la espalda, o en este caso, paralizada en el regazo, mamá fue la anfitriona que da su toque especial a la reunión.

Comimos fuera, en la veranda, y observamos cómo el sol se ponía sobre el río. Mamá contó anécdotas divertidas que habían sucedido cuando yo participaba en los concursos de belleza, y todo el mundo se rió y se lo pasó estupendamente, sin parecer darse cuenta de que pronunciaba mal las palabras y le caía la baba de vez en cuando.

Una vez terminado el pudín de plátano y servido el café, mamá dejó caer la bomba.

—Gracias por venir —dijo—. Cuando *Pis* y yo hablamos de *ivitar* a unos amigos a *senar*, *Pis* creyó que hablaba de mis *vejos* amigos, los que tenía antes. Pero ya no son mis amigos. Cuando tuve el *itus* y estaba *destozada* y *cofudida*, no *feron* ellos los que *vineron* a ayudarme.

Echó un vistazo alrededor de la mesa.

—Fart, tú me *hisiste* una rampa para que entrara y *salera* de casa. *Tenes* un apodo raro —comentó, haciendo referencia, sin duda, a que uno de los significados de *fart* en inglés es «pedo»—, pero Dell te *quere* y estoy segura de que tú *tambén* a ella.

Fart se puso colorado como un tomate hasta la parte superior de la reluciente calva.

—Dell, tú me *tajiste* comida cuando Tildy no *etaba*. Lo sé porque *Pis* no *cosina* demasiado ben. —Me dirigió una sonrisa enorme—. *Anque* hoy lo ha hecho muy *ben*.

Todo el mundo soltó una carcajada.

—*Scatch* y *Lyssa*, vosotros me *hisisteis* el mejor regalo de todos. Me dejasteis ser AbueDonna de esta maravillosa niña, y ella me *devolvó* a la vida. De nuevo.

Mamá se secó una burbuja de baba del lado izquierdo de la boca y prosiguió:

—*Supogo* que no he sido una *pesona* demasiado amable durante mi vida —dijo—. Y no *meresco* que nadie lo sea *comigo* ahora. Pero a veces recibimos más de lo que merecemos. Vosotros habéis sido como de la familia para mi *Pis* y habéis *cudado* de ella como yo no podía o no sabía hacer. —Las lágrimas de emoción la obligaron a detenerse.

¿Era esa mi madre? ¿Aquella mujer que jamás admitía haberse equivocado en nada? ¿Aquella mujer que me había dado a luz y se había pasado después toda la vida intentado rehacerme a su propia imagen y semejanza?

Cuando el médico me había dicho que el ictus podía haberle afectado las inhibiciones, me había preparado para un exceso de mala leche. No para esta personalidad tierna y empalagosa, para esta efusión de emoción, sensiblería y franqueza. Quería detenerla, evitar que se pusiera en evidencia.

Evitar que me pusiera a mí en evidencia.

Pero mamá no había terminado.

—Todo el *mudo* sabe, o por lo menos sospecha que tengo dinero —decía—. No hice nada para ganarlo salvo casarme con el *pade* de *Pis*, y la mayor *pate* de mi vida lo he gastado en mí *mima*. Pero ahora todo ha cambiado. No hay que esperar a morir para decir a las *pesonas* a las que *quieres* que las *quieres*. *Entoces* es demasiado *tade*. Por eso haré lo *siguente*: dividiré mi *patimonio* y daré una *tecerapate* a cada uno de mis hijos. Con una *ecepción*: esta casa y todo lo que *contene* será para *Pis*.

La escena que se proyectaba ante mis ojos empezó a saltar y a moverse después a cámara lenta. ¿Mamá me estaba dando Belladonna? Esa casa, con todos sus muebles de época, tenía que

valer una pequeña fortuna, puede que incluso más que el valor en efectivo del patrimonio.

¿Qué pensarían Melanie y Harry? Y entonces una idea se abrió paso bruscamente hasta ocupar un lugar destacado en mi mente: ¿era aquello una bendición o una maldición?

Mamá seguía hablando.

—Con una condición —dijo—. Que viva aquí y no la venda.

Ahí estaba: la maldición oculta en la bendición.

La impresión me dejó paralizada. No podía moverme ni reaccionar. Y no era la única. Ninguno de los sentados alrededor de la mesa en medio de la oscuridad creciente pestañeó ni emitió un solo sonido.

Y, mientras tanto, la segunda condición se quedó en el aire, suspendida como una soga que se balancea con el viento.

«Con la condición de que viva aquí... conmigo».

Capítulo 29

—¿Se ha vuelto loca o qué? —bramé por teléfono. Pude oír la risa contenida de Melanie al otro lado de la línea—. No tiene gracia —aseguré.

Melanie inspiró hondo y trató de recobrar la compostura.

—Ya lo sé —dijo.

—Harry no sirve para estas cosas. Tú eres la única con quien puedo hablar —aseguré—. Dime, ¿qué harías tú en mi lugar?

—Bueno, para empezar, yo no estaría en tu lugar —respondió Melanie—. ¿Por qué te crees que me fui a vivir a California?

—No te trasladaste al otro lado del país para alejarte de mamá —dije—. Te trasladaste porque tu marido consiguió un puesto de marketing increíble en la Universal.

—Bueno, sí. El motivo principal fue el trabajo de Walton, por así decirlo. Pero que un continente me separara de mamá era un plus considerable.

Se me hizo un nudo en el estómago.

—Melanie, no puedo hacer esto sola.

Un silencio largo y tenso nos envolvió.

—¿Quieres la casa? Porque te aseguro que Harry y yo no nos peharemos contigo por ella, si es eso lo que te preocupa. En lo que a mí respecta, podría derrumbarse y acabar en ruinas, que ni siquiera iría a ver cómo el bulldozer retira los escombros. Mamá siempre quiso más esa casa que a ninguno de nosotros. Cuando mamá ya no esté, puedes hacer lo que quieras: venderla, vivir en ella, lo que quieras.

—Siempre y cuando me quede aquí a cuidar de mamá hasta entonces. Siempre y cuando deje que Harry y tú renunciéis a vuestras responsabilidades familiares.

—No te pases, Peach. No estás obligada a hacer nada. Tienes otras opciones. Tal vez podríamos encontrarle una plaza en Saint Agnes. ¿Tienes el control de las finanzas? Debe de haber dinero de sobra. Y si no lo hay, Walton y yo contribuiremos. Harry también pondrá una parte. Me aseguraré de ello.

Siguió hablando, urdiendo ideas y planes como si las palabras fueran a ayudar de algún modo. Al final, ya no pude soportarlo más.

—Cállate, Mel.

—¿Cómo?

—Que te calles de una puñetera vez. No necesito tu dinero, ni tampoco necesito tus planes. No necesito que tomes las riendas y arregles la situación. Necesito que seas mi hermana.

Estuvo un minuto o dos sin decir nada.

—No entiendo qué quieres decir —soltó después.

—Exacto —repliqué—. Y ése es precisamente el problema.

Después de hablar con Melanie, no me quedaron fuerzas para intentar ponerme en contacto con Harry, que seguramente estaría escalando el Kilimanjaro o algo así. Su casa estaba ahora en Louisville, Kentucky, no a un continente de distancia, pero lo bastante lejos. Era propietario de una agencia de viajes que prestaba sus servicios a las élites de Kentucky que criaban caballos de carreras multimillonarios. Al parecer los miembros del mundillo ecuestre se pasaban mucho tiempo viajando a lugares exóticos, con mi hermano como guía.

Me pregunté, y no era la primera vez, cómo era posible que a mis hermanos les hubiera ido tan bien la vida cuando la mía era un desastre mayúsculo. Y entonces pensé en la crisis nerviosa de Melanie tras la muerte de papá y en que Walton no había regresado a casa con ella para asistir al funeral porque (según dijo Melanie) tenía que reunirse con los mandamases de Hollywood para hablar de un nuevo proyecto. Pensé en Harry, el *playboy* soltero, que lucía su independencia como una medalla, reía demasiado fuerte y bebía demasiado, y que, aun así, parecía ser en el fondo un niño triste y solitario. Podía cerrar los ojos y verlo, aquel día en el porche trasero, cuando me partí la crisma al caer del refrigerador de juguete, de pie a mi lado, gritando: «¡He ganado! ¡He ganado!».

Seguía ganando, ¿pero a qué precio?

«No estás obligada a hacer nada. Tienes otras opciones».

Las palabras de Melanie todavía me retumban en la cabeza, las mismas palabras que he oído a un puñado de psicoterapeutas a lo largo de los años: «Siempre hay opciones. Ejerce tu capacidad de decidir».

Llamé al viejo idiota canoso y lo puse al corriente de esta nueva circunstancia. Soltó una risita y dijo: «¡Vaya, qué interesante!».

Puede que para él. A mí más bien me parece la manipulación del siglo.

Y ése es el meollo de la cuestión, ¿no? Estoy furiosa con mamá, furiosa porque estoy, usando la palabra de Dell Haley, atrapada. Estoy enojada con la situación, con el ictus de mamá, con la renuncia de mis hermanos. Me cabrea enormemente que me dejen colgada y tenga que manejar esto yo sola sin ninguna ayuda ni apoyo.

Lo que siento es rabia. Una furia pura, intensa. Pero si la rabia es la manifestación del miedo o del dolor, tengo que sumergirme bajo la superficie y preguntarme a mí misma de qué tengo miedo y qué me duele tanto.

El miedo es el pánico a que las arenas movedizas tiren de mí hacia abajo de tal forma que jamás pueda liberarme. Esto es bastante fácil de deducir. Lo del dolor es más difícil. ¿Me duele porque es un ejemplo más de cómo mamá intenta controlarme? ¿Me duele porque me siento terriblemente sola?

Melanie y Harry pueden poner todo el dinero del mundo, pero eso no me dará lo que realmente necesito. ¿Cómo voy a enviar a mamá a Saint Agnes, donde un desconocido tendrá que ayudarla a sentarse en el retrete y a subirla después las bragas? Puedo ponerme muy furiosa con ella pero no puedo darle la espalda y quedarme tan tranquila.

Estaba preparada para marcharme, para dejar Chulahatchie y retomar mi vida. Ahora

ha caído un rayo y soy ese árbol solitario, plantado en medio de la nada, que ha quedado partido por la mitad, en llamas.

—¿Por qué? —exclamé. Era la pregunta que no he dejado de hacerme a mí misma desde el momento en que mamá dejó caer la bomba durante la cena el sábado por la noche. Ahora se la estaba haciendo a Dell.

—No lo sé —respondió Dell—. A lo mejor está asustada, Peach. Tu madre ha sido siempre una mujer muy independiente y capaz.

—¿Te parece? —comenté con mi mejor sonrisa sarcástica en los labios.

Dell no picó el anzuelo. Sonrió y siguió hablando:

—Ahora ha tenido el ictus y toda su vida ha cambiado. Ha perdido su identidad. Ha perdido su libertad. Se está ahogando.

—¿Y quiere que yo me ahogue con ella?

—Dudo que tenga ninguna intención malévola en mente. Me imagino que simplemente está asustada.

—Pues mira, ya somos dos.

Dell me miró intensamente.

—¿De qué tienes miedo?

Reflexioné un minuto antes de contestar.

—Toda mi vida he estado enredada en los planes que mi madre tenía para mí, Dell. Estaba resuelta a educarme para que fuera una dama sureña. La Reina de la Soja, *Miss* Universidad de Misisipí, todo lo que serlo conlleva. ¡Pero si ya había pensado dónde pondría mi corona de *Miss* América cuando tenía seis años, por el amor de Dios! Y cuando no lo logré, lo pagué carísimo, como cada vez que la decepcionaba.

Tomé un sorbo de café y jugueteé con el pedazo de tarta de chocolate que tenía delante.

—Y siempre la decepcionaba, Dell. Siempre. Nada era suficiente para ella. Lo único que yo siempre quise fue que estuviera orgullosa de mí. De mí. No de lo que hacía, lograba o ganaba, sino de mí. Simplemente de mí. Que estuviera orgullosa de la persona en la que me había convertido.

—¿Lo estás tú? —preguntó Dell.

—¿Perdona?

—¿Estás tú orgullosa de ti? —repitió—. ¿Te gusta cómo eres, la persona en quien te has convertido? ¿Estás a la altura que tú quieres?

—Bueno, sí —contesté—. Mayormente. Quiero decir que no estoy orgullosa de algunas de las cosas que he hecho, pero este último año he madurado mucho. Me notó más centrada, más cómoda conmigo misma. —Alargué la mano para tocar la de ella, muy ligeramente, y luego la aparté—. Tengo amigos.

—¿Importa realmente entonces lo que crea tu madre?

Nos quedamos en silencio mientras la pregunta quedaba suspendida en el aire. Pasado un instante, Dell se levantó, me dio un beso rápido en la coronilla y me apretó el hombro.

—Si realmente quieres saber por qué tu madre ha hecho esto —dijo—, te sugiero que se lo preguntes a la única persona que lo sabe.

Capítulo 30

Al parecer, el mundo entero florecía el día de la madre.

Levanté a mamá, la peiné, la ayudé a vestirse y fuimos juntas a la iglesia. El pastor predicó, como era de prever, sobre la elevada y sagrada llamada de la maternidad y sobre todos los sacrificios que las madres hacían por sus hijos. El Evangelio según Hallmark.

La vieja rabia se despertó en mí de nuevo. Me pregunté por un momento si la Iglesia tenía que ponerte furioso. Esta vez, sin embargo, la rabia no iba dirigida a mamá, sino a una sociedad que nos llevaba a creer en esta clase de perfección inalcanzable.

Estaba divagando, y lo que surgió en medio de mis pensamientos aleatorios fue el nítido recuerdo de las penosas frasecitas que había visto dos días antes en una tienda de tarjetas de felicitación:

«Mamá, siempre has estado a mi lado».

No.

«El amor de una madre es para siempre».

Más bien no.

«Mamá, espero llegar a ser como tú».

¡Dios me libre!

Miré de soslayo a mamá. Parecía estar escuchando atentamente mientras le caía un poco de baba por el lado izquierdo. Me saqué un pañuelo de papel del bolso y se lo apliqué en la mejilla. Se volvió hacia mí.

No estaba babeando. Estaba llorando.

Al regresar a casa, quité a mamá la ropa de los domingos con que había ido a la iglesia, le puse el vestido de estar por casa y me dirigí a la cocina para calentar unas sobras para almorzar:

—¡Eh! —dijo para detenerme.

Cuando me giré, vi que sostenía en la mano el prendido que la iglesia había regalado a todas las madres. Dejaba mucho que desear, la verdad. Un par de claveles teñidos de azul lavanda, sujetos con una cinta de florista. Pero como quería llevarlo, se lo prendí en el vestido, donde desentonaba enormemente con las rayas azules y rosas.

—Voy a cambiarme de ropa y después prepararé algo de comer —comenté.

—*Tanquilla*, estaré en el *poche* —dijo mamá.

Sonreí para mis adentros. Durante más de treinta años, desde que papá le compró Belladonna y la renovó para ella, mamá se había negado en redondo a emplear la palabra «porche» y corregía al instante a cualquiera que osara pronunciarla en su presencia. «Veranda», decía. Era

una veranda, no un porche.

Supongo que los pobres tenían porche. Sólo los privilegiados tenían verandas.

A raíz del ictus, nuestra veranda trasera había sido rebajada de categoría. Ahora era el porche, la sala de lectura, el lugar donde comíamos, el sitio donde mamá se sentaba y veía pasar el mundo.

Y hoy el mundo le estaba ofreciendo un buen espectáculo.

En el jardín, las azaleas, que seguían en flor, lucían sus colores: rosa fuerte, rosa pálido y fucsia; lavanda, blanco y morado oscuro. Un muestrario curvo de tonalidades, salpicado de vez en cuando por un toque amarillo. Macizos de arbustos de las mariposas, tritomas y pampajaritos.

Salí y me senté a su lado, desde donde seguí su mirada hacia el río y respiré las fragancias mezcladas de la hierba, las flores y la fresca brisa primaveral. Cuando dejé que mis ojos se desenfocaran, los colores se combinaron y flotaron delante de mí como las luces navideñas, como un regalo que se desenvolvía solo poco a poco.

—Bonito, ¿vedá? —dijo mamá.

—Sí —respondí.

Y lo era. Me sentí como si estuviera viendo la primavera por primera vez. La hermosura de Belladonna, la quietud de primera hora de la tarde. Como si hubieran estado siempre ahí, pero ocultas tras un velo de recuerdos dolorosos.

Pensé en el consejo de Dell, cuando me dijo que si quería respuestas tendría que pedírselas a la única persona que las conocía.

—Mamá —dije—, ¿por qué decidiste dejarme a mí Belladonna? ¿Y por qué con la condición de que viviera aquí?

—¿No es *evidete*, *celo*?

—Para mí, no —aseguré, y quise añadir: «A no ser que quieras chantajearme para que me quede aquí en contra de mi voluntad». Pero algo me detuvo. La expresión de sus ojos: una expresión que no le había visto nunca, o si se la había visto, no la había reconocido, o descifrado.

Amor.

—Eres mi hija —dijo—. La menor, mi niña. Traté de educarte *ben*, enseñarte todo lo que sabía. No lo hice demasiado *ben*. Pero saliste muy *ben*, y ahora soy mayor y te toca a ti.

Se mordió el labio y contuvo las lágrimas que ahora casi siempre le afloraban al primer indicio de emoción.

—Nadie *quiere* tener un *itus* —prosiguió—, pero una maldición *sempre* lleva consigo una *bedición*.

Me la quedé mirando mientras esperaba que siguiera hablando. ¿Era mi madre esa mujer que hablaba sobre bendiciones y maldiciones, y que dejaba fluir sus sentimientos para revelarse con semejante vulnerabilidad? No me atreví a hablar ni a moverme. Claro que tampoco tenía nada que decir.

—La bendición es *compende* las cosas. —Se frotó la mano paralizada, la del lado izquierdo, antes de añadir—: *Sempre* me *procupé* demasiado por las *aparencias*, por lo que pensaban los demás. Gente como *Gaddie* y aquella hija tan mentecata que *tene*.

Fui incapaz de contener una sonrisa. Mamá la vio y sonrió a su vez, agachando la cabeza del mismo modo que Imani cuando se mostraba tímida o avergonzada.

—Y mírame ahora. El *itus* me arrebató todo lo *esterno* y esto es lo único que me ha quedado.

—Levantó la garra izquierda y la agitó torpemente.

Abrí la boca para protestar, pero me dirigió una mirada que me hizo callar al instante.

—Tengo ojos —aseguró—. Puedo ver. Y estar atrapada aquí dentro me ha *eseñado* algo: lo *impotante* es lo que hay en el interior. En el corazón. En el alma.

Fijó su ojo bueno en mí.

—¿*Quieres* saber por qué te dejé Belladonna? —preguntó—. Porque no *tego* nada más que pueda darte. Este año te he estado viendo. *Tenes* buen corazón. *Tenes* amigos que te *queren*. Has sido *bena conmigo* cuando Dios sabe que no tenías ningún motivo para serlo. No me abandonaste cuando me puse *eferma*.

—Por Dios, mamá, no habría podido...

Levantó la mano para que guardara silencio y volvió la cabeza hacia el río.

—Mira este *sito* —prosiguió—. Es *traquilo* y bonito, y... —Se detuvo para inspirar hondo—. Es tuyo. Es la clase de *sito* que debe tener una *esquitara*.

—¿Una escritora? —La miré con el ceño fruncido.

—Por *supesto* —respondió—. Todo el *mudo* sabe que eso es lo que *quieres* hacer. *Mani* me lo dijo. *Dell* me lo dijo. Tu amigo *marica*, *Boone*, me lo dijo.

—Gay —la corregí.

Ignoró mi comentario.

—Es lo que haces todo el rato: *esquibir* en ese diario.

No me molesté en explicarle que escribir mi diario era una especie de terapia para mí, que si leía lo que había estado escribiendo sobre ella, se le pondrían los pelos tan de punta que jamás se le volverían a rizar por más permanentes que se hiciera. No le dije lo mucho que me asustaba la idea de vivir en esa casa y cuidar de ella lo que le quedara de vida.

—Pero mamá —dije en cambio—, *Chulahatchie* no es mi casa.

—Tu casa es donde te *queren* —replicó—. Tu casa está donde la gente te *aceta* tal como eres. —Se encogió de un solo hombro—. No es *estraño* que aquí nunca te *sinteras* en casa.

Era lo más cerca que había estado nunca de admitir la realidad de nuestra situación como madre e hija. Antes de que las lágrimas la superaran, se apresuró a terminar:

—Aquí *tenes* amigos, gente que te *quere* y te necesita. Familia, como *Dell*, *Boone* y *Mani*. Si no te *sentes* en casa, *prologa* un poco tu visita. Date *tempo* para *esquibir* ese libro que se está *cocendo* en tu cabeza.

Sabía cuál tenía que ser mi respuesta. Lo había sabido incluso antes de que iniciáramos aquella conversación, pero eso no me facilitaba las cosas. Toda la pesadumbre que sentía en aquel momento me salió contenida en un suspiro.

—Muy bien, mamá. Me quedaré.

Tengo que admitir que mamá tiene razón en algo. Aquí hay gente que me quiere, que me quiere lo suficiente como para perdonarme cuando meto la pata, que me quiere lo bastante como para no reprocharme mi dolor. Es más de lo que podía decirse del sitio que antes llamaba «mi casa». Lo único que tengo allí es un exmarido que me cambió por una modelo más joven y que, si la falta de comunicación sirve de indicación, se quedó con todos nuestros amigos mutuos.

Me he quedado en *Chulahatchie* de momento, no porque mamá me haya traspasado *Belladonna* sino porque es lo correcto. Actualmente, mi motivación está compuesta en un

ochenta por ciento por el deber y en un veinte por ciento por el amor, pero tengo la esperanza de que, con el tiempo, llegaré al punto en que el amor pase ocupar un lugar destacado y el deber quede relegado a un segundo plano.

De todos modos, el deber no es un motivo tan malo en lo que a madres e hijas se refiere. Jamás me lo planteé desde este punto de vista, pero tal vez ser madre también esté a veces compuesto en un ochenta por ciento por el deber y en un veinte por ciento por el amor. Y si mamá lo había hecho lo mejor que había podido conmigo, bueno, pues supongo que yo lo haré lo mejor que pueda con ella.

Se lo conté todo a mi psicoterapeuta, y me hizo una pregunta en la que no había pensado: ¿importa realmente cuál sea el motivo? ¿No importa más hacer lo correcto y dejar que los sentimientos se vayan componiendo a su propio ritmo?

Puede que el viejo idiota se merezca los ochenta pavos la hora.

Sigo trabajando en ello, en esto de dejar que los sentimientos se vayan componiendo. No se me da demasiado bien tener paciencia. No se me da demasiado bien esperar, dejar que la vida siga su curso.

Según me cuenta Boone, es el método budista: centrarme en mi realidad, olvidarme de los resultados, confiar en el universo para que las cosas se solucionen. Un budista católico; bueno, parece un oxímoron bastante elocuente, pero es que Boone siempre ha bailado al son de su propia música.

—¿*Pis*?

Alcé la mirada y vi que mi madre salía a la veranda trasera arrastrando los pies, apoyada en el andador.

—Hola, mamá.

—No quería interrumpirte.

—Tranquila, mamá. Solo estaba escribiendo mi diario.

Se dejó caer en la silla que estaba a mi lado, alargó la mano buena y empezó a acariciarme los dedos.

—He *habado* con Jane Lee Custer, de Saint Anes —anunció—. *Tenen* un estudio disponible; me puedo *tasladar* la semana que *vene*.

Puede que tuviera un ligero ataque isquémico transitorio; sus palabras me pasaron zumbando sin que pareciera poder retenerlas.

—¿De qué estás hablando, mamá? ¿Qué quieres decir con eso de trasladarte?

Me contempló con la expresión más tierna que le había visto jamás en la cara. Aun teniéndola destrozada y torcida, nunca había estado tan hermosa.

—No te di Belladonna para que me cuidaras, cariño. *Tenes* otras cosas que hacer. Cosas *impotantes*. ¿No te imaginarías que iba a vivir aquí *cotigo* y esperarías que te ocuparas de mí?

—Pues sí. Creía que te ibas a quedar —comenté—. Creía que se trataba de eso precisamente.

—¿De eso? —Su expresión de ternura pasó a ser de una tristeza indescriptible—. ¿Creíste que te daba Belladonna a cambio de...?

Sacudió la cabeza.

—Era un regalo, cariño. *Sempre* fue un regalo. No un soborno.

Epílogo

Como le gusta decir al viejo idiota canoso, a veces se avanza a una velocidad glacial y a veces se da un salto espectacular hacia delante. Miré a mi madre a los ojos y en aquel momento el amor se despertó, se apoderó de mí y relegó el deber al olvido.

—Quédate, mamá —pedí—. Quiero que estés aquí conmigo. Lo que tengamos que resolver, lo resolveremos juntas.

Melanie estaba segura de que había sufrido una crisis nerviosa como ella. Pero mi hermana no ve a nuestra madre sentada aquí, con su vestido de estar por casa de rayas azules, sin maquillaje, observando la puesta de sol sobre el río. No sabe cómo la luz del atardecer se refleja en el pelo blanco de mamá y le confiere los tonos entre rojizos y castaños de su juventud ni cómo le ilumina el semblante como la luz de una vela, ni cómo convierte esa burbuja de baba de su labio en un diamante.

No estoy diciendo que vaya a ser siempre así. Estoy segura de que habrá momentos en que querré retorcerle el pescuezo y seguramente otros en los que ella, a su vez, querría matarme si tuviera dos manos buenas. Pero cuando le dije que quería que se quedara, era verdad. Lo dije de todo corazón.

Todavía es verdad.

Como todas las demás personas de este mundo, lo hago lo mejor que puedo.



Penelope Stokes se doctoró en Literatura del Renacimiento y ejerció como profesora universitaria durante doce años. Sin embargo, tras este período, aunque le gustaba la enseñanza, supo que había llegado la hora de cumplir su sueño, ser escritora.

Criada y educada en Mississippi, salió del Sur poco después de la escuela de posgrado y pasó catorce años en Minnesota. Actualmente vive en Asheville, Carolina del Norte, una pequeña ciudad en el corazón de las montañas Blue Ridge.

Ha escrito varias novelas, entre ellas *Circle of Grace*, *The blue bottle club*, *The treasure box*, *The amber photograp* y *The memory book*. Ha sido aclamada por la crítica por su capacidad para crear personajes sólidos y creíbles, y por sus historias hábilmente urdidas en las que explora la condición humana en todo su poder y su fragilidad. «Una escritura que destaca por su calidad. La prosa de Stokes es tersa como la mantequilla», Publishers Weekly.

El café de los corazones rotos es la primera que se traduce al castellano.

Notas

^[1] Heartbreak: expresión formada por las palabras *heart* (corazón) y *break* (romper), que significa pena, desengaño. (N. del T.) <<